

La Necesidad de Reformar la Iglesia

Presentada ante la Dieta del Imperio en Espira por
Juan Calvino

Introducción a la traducción castellana de 2009

Considerando que el año 2009 marcará 500 años del natalicio de Juan Calvino, queremos ofrecer la siguiente traducción del tratado, *La necesidad de reformar la iglesia* por dicho autor. Re-formar se entiende en el sentido de tomar una masa de arcilla y formar de ella un objeto. La iglesia cristiana en el siglo XVI se hallaba deshecha por el paganismo y superstición que se infiltro en ella a través de los siglos. Todo esto la de-formó, de tal manera que ya no parecía ser la esposa de Cristo, sino un conglomerado de supersticiones. En la Reforma del siglo XVI, la iglesia no fue simplemente corregida o remendada aquí y halla, sino que verdaderamente fue Re-formada. Esto significa que fue *formada* de nuevo partiendo no de invenciones humanas sino de la fuente pura de las Sagradas Escrituras; y de esta gran cantera de revelación bíblica se retomó la verdadera doctrina, adoración, gobierno, y disciplina de la iglesia. Hoy en día, la necesidad de re-formar la iglesia es mucho más apremiante en nuestros días ya que el secularismo ha minado y echado al aire los fundamentos de la Reforma del siglo XVI; fundamentos que sostuvieron por siglos los pilares de la civilización Occidental; y sobre todo cuando el ecumenismo ha infiltrado gran parte de denominaciones cristianas; y se cuestiona la causa por la cual centenares de mártires entregaron sus vidas a la hoguera. A la

luz de estos males, este libro los trata como si hubiera sido escrito ayer. Aquí tenemos un programa detallado para confrontar a los males que confrontan la iglesia cristiana como la sociedad moderna.

Es bien sabido que Calvino moldeó el carácter de las naciones modernas que se han despojado de los grilletes de sistemas totalitarios a favor de la libertad civil, y estableciéndose en naciones libres y soberanas. También, cabe señalar que los principios fundamentales del Estado (que es una institución divina) están íntimamente ligados con los fundamentos del orden de la iglesia que Calvino desarrolla de manera ejemplar y que concluye magistralmente el tratado presente con estas palabras, *«cuantas veces oigáis en el futuro, los gritos de mal agüero — «el asunto de reformar la Iglesia debe hacerse a un lado por el momento; ya habrá tiempo suficiente para llevarlo a cabo después de que otros asuntos se hayan concluido» — recordad, potentísimo Emperador, y vosotros ilustrísimos príncipes, que el asunto sobre el cual debéis decidir es, si dejaréis a vuestra posteridad algún Imperio o ninguno. »* Quizás lo que mejor ilustra la conclusión que Calvino aquí saca, es ver el desmoronamiento de naciones del Occidente que están sucumbiendo cada día tanto por sistemas anarquistas como por gobiernos totalitarios. Quiera Dios usar esta obra para ser de bendición no sólo a la generación presente pero también a generaciones venideras.

Joel Chairez, El traductor

Introducción a la edición inglesa de Still Waters Revival Books

En 1544, el emperador Carlos V presidió de principio a fin una dieta imperial en Espira. Teodoro Beza describe los acontecimientos que precedieron a la dieta.

En el año anterior, Carlos V... en vista de dirigir todas sus fuerzas contra los franceses, prometió a los alemanes que, por un período breve, hasta que un concilio general se llevase a cabo, el cual él se comprometió supervisar, ningún partido sufriría daño alguno por motivo de diferencias religiosas, sino que ambos disfrutasen de las leyes por igual. El Pontífice romano, Pablo III, se sintió sumamente ofendido, y dirigió al emperador una protesta muy severa porque, ciertamente con tal acción, el emperador había puesto a herejes a un mismo plano con los católico-romanos y, como si hubiese, metido su hoz en el trigal de otro hombre. El César dio la respuesta que parecía apropiada; pero Calvino, por razón de que la verdad del Evangelio y la inocencia de los creyentes fueron heridas profundamente por esa carta, reprimió la audacia del Pontífice. Una dieta del imperio se llevó a cabo por este tiempo en Espira, y Calvino, aprovechándose de la ocasión, publicó un tratado breve titulado La necesidad de reformar la iglesia. Desconozco si alguna obra sobre el tema, se ha publicado en nuestro tiempo que sea más conmovedora o sólida como ésta. ¹

El valor principal de este tratado es que de una manera concisa manifiesta las disputas principales de la Reforma protestante. ¿Cuáles fueron los principales motivos para quejarse que causaron que los protestantes demandaran la Reforma? ¿Qué asuntos fueron necesarios para separarse completamente de Roma? ¿Qué medidas fueron esenciales para lograr una reforma genuina? Calvino trata estas preguntas, declarando al principio, «Yo sólo deseo mostrar cuán justas y necesarias fueron las causas que nos forzaron a los cambios por los cuales somos acusados».

¹The Life of John Calvin, publicada en The Selected Works of John Calvin: Tracts and Letters (1844; rpt. Grand Rapids: Baker Book House, 1983), Vol. 1, pages xliv -xlv. [↩](#)

Por supuesto, las diferencias entre los papistas y los protestantes produjeron una lucha colosal sobre la doctrina de la justificación. La

respuesta de Calvino a Sadoletto ilustra este conflicto hasta cierto punto recalcada, ²así como en las porciones más importantes de *La necesidad de reformar la iglesia*. No obstante, la batalla sobre la doctrina de la justificación no fue la única lucha entre los Reformadores y Roma. Calvino declara el alcance más amplio de la Reforma: la necesidad de restaurar la doctrina y la práctica bíblica con respecto a los medios apropiados adoración, la correcta administración de los sacramentos, y el gobierno de la iglesia. El escribe:

Si se pregunta, entonces, por qué cosas principalmente la religión cristiana tiene una existencia firme entre nosotros, y mantiene su verdad, se verá que las siguientes dos no sólo ocupan el lugar principal, sino que encierran bajo ellas todas las demás partes, y consecuentemente la sustancia entera del cristianismo: a saber, un conocimiento, primero, del modo en el que Dios debe ser adorado apropiadamente; y, en segundo lugar, el origen de dónde se obtiene nuestra salvación. Cuando estas cosas no se consideran, aunque nos gloriemos con el nombre de cristianos, nuestra profesión es vacía y vana.

El reformador ginebrino menciona luego los sacramentos y el gobierno de la iglesia, que fueron instituidos para la conservación de la doctrina.

²La respuesta de Calvino al cardenal Sadoletto se puede hallar en The Selected Works of John Calvin: Tracts and Letters, Vol. 1, pp. 25-68 [!\[\]\(bc1164625d1e7bc5b8f41cd24fa43ef2_img.jpg\)](#)

Desafortunadamente, en muchas iglesias hoy en día, la fe reformada se identifica únicamente con los «cinco puntos del calvinismo», o con alguna otra representación mutilada de la teología del reformador. En este tratado de Calvino, obtenemos una perspectiva más amplia.

Al exponer la necesidad de reforma, Calvino defiende a los protestantes contra la acusación de dividir la iglesia. Cada vez que los hombres alzan la voz para reforma, líderes religiosos corruptos difaman a los reformadores como cismáticos, y congregaciones corruptas se apropian para sí mismas el nombre de Iglesia. Calvino responde: «No basta, por lo tanto, tomar simplemente el nombre de *Iglesia*, sino que se debe usar discernimiento para cerciorarse de cuál es la verdadera iglesia, y cuál es la naturaleza de su unidad.» Además, «cualquier hombre, que, por su conducta, muestra que él es un enemigo de la sana doctrina, cualquiera que sea el título del cual pueda mientras tanto vanagloriarse, ha perdido todo título de autoridad en la iglesia».

Calvino reprende el espíritu de tolerancia que se disfraza como «moderación». El reformador declara:

En una corrupción tan extrema de sana doctrina, en una corrupción de los sacramentos tan infame, en una condición de la Iglesia tan deplorable, aquellos que mantienen que no deberíamos haber actuado tan enérgicamente, quedarían satisfechos con nada menos que una tolerancia perversa por la cual deberíamos haber traicionado la adoración de Dios, la gloria de Cristo, la salvación de los hombres, la administración completa de los sacramentos, y el gobierno de la Iglesia. Hay algo engañoso en el nombre de moderación, y la tolerancia es una cualidad que tiene una apariencia justa, y parece digna de elogio; pero la regla que debemos observar en todo lo que está en juego es esta: nunca soportar con paciencia que el nombre sagrado de Dios sea atacado con blasfemias impías; que su verdad eterna sea suprimida por las mentiras del Diablo; que Cristo sea insultado, sus misterios sacrosantos contaminados, las infelices almas cruelmente destruidas, y la iglesia se retuerza en agonía bajo los efectos de una herida mortal. Esto sería no mansedumbre, sino indiferencia sobre cosas a las cuales todas las demás deberían posponerse.

El lector perceptivo verá muchas comparaciones entre el clima espiritual de los días de Calvino y el caos religioso en nuestra propia sociedad. Si las corrupciones religiosas demandaron reforma *en ese tiempo*, corrupciones semejantes demandan una reforma seria *hoy en día*. Presenciamos el espectáculo triste de iglesias protestantes fascinadas con ritos e innovaciones litúrgicas en la adoración. Líderes «evangélicos» prominentes han aprobado un pacto de paz con Roma.³ Muchas denominaciones «reformadas» toleran métodos evangelísticos, artimañas, y manipulaciones psicológicas construidas sobre presuposiciones pelagianas. Si este tratado de Calvino demuestra algo, es cuán lejos los protestantes modernos se han alejado de las doctrinas y prácticas de la Reforma. *La necesidad de reformar la iglesia* es más que un simple monumento histórico a la Reforma. Es un manifiesto que nos llama al arrepentimiento en una era de crasa corrupción religiosa.

El Editor

³ La respuesta de Calvino al cardenal Sadoletto se puede hallar en The Selected Works of John Calvin: Tracts and Letters, Vol. 1, pp. 25-68 [!\[\]\(5eb1325dfdc3f1cad8426726c0db51cd_img.jpg\)](#)

Índice

- [Introducción a la traducción castellana de 2009](#)
- [Introducción a la edición inglesa de Still Waters Revival Books](#)
- [Introducción](#)
- [Las Males Que Nos Obligan Buscar Remedios](#)
- [La Verdadera Adoración](#)
- [Ceremonias en la Adoración](#)
- [Origen de la Salvación](#)
- [El gobierno y la administración de los sacramentos](#)
- [Los Remedios Empleados para Corregir los Males](#)
- [Reforma de la adoración publica](#)
- [Reforma de la oración](#)
- [Reforma de la doctrina de salvación](#)

- [Reforma de los sacramentos](#)
- [Reforma del gobierno de la Iglesia](#)
- [Reforma Requerida Sin Dilación Alguna](#)
- [Objeciones contra Reforma](#)
- [Objeciones Adicionales Resueltas](#)

Introducción

**Al Potentísimo Emperador, Carlos V, y a los
Príncipes más
Ilustres y Otras Órdenes, Ahora Reunidos en una
Dieta del Imperio en Spires,
Una Exhortación Humilde
Para Empezar Seriamente
la Tarea de
Restaurar la Iglesia
Presentado en el Nombre de Todos los
Que Desean que Cristo Reine**

Augusto Emperador:

Ha convocado esta dieta, para que, en unanimidad con los príncipes más ilustres y otras órdenes del Imperio, puedan determinar ampliamente y decidir sobre los medios para mejorar la condición presente de la Iglesia, que todos vemos que se halla en un estado tan miserable y desmoralizado. Ahora, por lo tanto, mientras que os halláis sentados en esta reunión, ruego humildemente y suplico, primero a vuestra Cesárea Majestad, y al mismo tiempo también a vosotros, ilustrísimos príncipes y personajes distintivos, que no rehuséis leer, y que reflexionéis diligentemente lo que os presento. La magnitud y el peso de la causa pueden infundir deseo en vosotros para oír. Por tanto pondré el asunto en la manera más sencilla ante vuestra consideración, de modo que no tengáis dificultad para determinar qué curso tomar.

Quienquiera que yo sea, he aquí imploro la defensa a favor de la sana doctrina y de la Iglesia. Con esta designación (sin importar los resultados) espero que no me negaréis audiencia hasta que el tiempo compruebe si usurpo falsamente, o si cumplo fielmente los deberes de lo que profeso. Pero aunque yo me sienta insuficiente para tan gran tarea, no me siento atemorizado en absoluto en que (después de que hayáis oído la naturaleza de mi oficio) seré acusado ya sea de locura o presunción por haberme aventurado en presentarme así ante vosotros. Hay dos circunstancias por las cuales los hombres por costumbre son recomendados, o por lo menos para justificar su conducta. Si una cosa es hecha honestamente y con un celo piadoso, lo tenemos digno de elogio; si se hace bajo la urgencia de una necesidad pública, por lo menos lo tenemos no indigno de disculpa. Ya que estas dos cosas se aplican aquí, confío en vuestra equidad, que obtendré fácilmente vuestra aprobación de mi objetivo. Pues ¿en dónde puedo yo ocuparme a mejor propósito (o más honestamente dónde, también, en un asunto en este momento tan muy necesario) que procurar, según mi habilidad, socorrer la Iglesia de Cristo, cuyos

reclamos es ilegítimo en cualquier caso negar, y que ahora se halla en amargas penas, y en los más grandes peligros?

Pero no hay necesidad para una introducción larga con respecto a mí mismo. Recibid lo que digo como lo haríais si fuese pronunciado por la voz unida de todos los que, o ya han tomado el cuidado para restaurar la Iglesia, o que desean que sea restaurada a un orden verdadero. En esta situación hay varios príncipes, de la clase no más humilde, y no unas pocas comunidades distintas. A favor de todos estos hablo, aunque como un individuo — y sin embargo ellos con una boca hablan por mí más sincera que directamente. A éstos, añado la innumerable multitud de hombres piadosos, que dispersos sobre las varias regiones del mundo cristiano, aun están de acuerdo unánimemente conmigo en estas súplicas. En resumen, considerad esto como la petición común de todos los que así lamentan con gran seriedad la corrupción presente de la Iglesia, que no pueden soportarlo más, y que están determinados en no descansar hasta que vean alguna enmienda. Estoy consciente de los nombres odiosos con que somos señalados; pero, entre tanto, cualquiera que sea el nombre por el que se considere apropiado designarnos, atended a nuestra causa, y después de que hayáis oído, juzgad del lugar que nos corresponde tener.

Primero, entonces, la pregunta no es si la Iglesia trabaja bajo enfermedades graves y numerosas (esto es admitido aún por cualquier juez mediocre), sino, si las enfermedades son de un tipo de curación que ya no admiten ser más demoradas, y en cuanto a que, por consiguiente, no es útil ni apropiado aguardar resultados de remedios lentos. Se nos acusa de innovaciones precipitadas e impías, por habernos aventurado a proponer por lo menos algún cambio en el estado anterior de la Iglesia. ¡Qué! ¿Incluso si no haya sido hecho sin causa o imperfectamente? Oigo que hay personas que, aún en este caso, no vacilan en condenarnos; su opinión es, que ciertamente

teníamos razón en *desear* cambios, pero no razón en *procurarlos*. De tales personas, todo lo que les preguntaría por ahora es, que por un momento suspendan su juicio hasta que yo haya mostrado de los hechos que en nada nos hemos precipitado — no hemos procurado nada temerariamente, nada ajeno a nuestro deber — de hecho, nada hemos emprendido hasta vernos obligados por la más suprema necesidad. Para demostrar esto, es necesario atender a los asuntos en debate.

Mantenemos, entonces, que en el principio (cuando Dios levantó a Lutero y a otros, quienes nos extendieron una antorcha para alumbrarnos en el camino de la salvación, y quienes, por su ministerio, fundaron y levantaron nuestras iglesias) aquellos puntos principales de doctrina en que la verdad de nuestra religión, puntos en que la adoración pura y legítima de Dios, y puntos en que la salvación de hombres se resumen, habían sido casi destruidos. Mantenemos que el uso de los sacramentos fue en muchos sentidos pervertido y contaminado. Y mantenemos que el gobierno de la Iglesia fue convertido en una especie de la más asquerosa e insufrible tiranía. Pero, quizás estas afirmaciones no tienen fuerza suficiente para mover a ciertos individuos hasta que les sean mejor explicados. Esto, por tanto, haré, no como el asunto lo requiere, pero sí en cuanto mi habilidad me lo permita. Aquí, sin embargo, mi intención no es repasar ni discutir todas nuestras controversias. Eso demandaría un discurso largo, y este no es el lugar para ello. Deseo sólo mostrar cuán justas y necesarias fueron las causas que nos forzó a los cambios por los que se nos acusa. Para lograr esto, debo tomar juntos los tres puntos siguientes.

Primero, debo enumerar brevemente los males que nos obligaron a buscar remedios.

Segundo, debo demostrar que los remedios particulares que nuestros reformadores emplearon fueron apropiados y provechosos.

Tercero, debo aclarar que ya no podíamos demorar para poner manos a la obra, puesto que el asunto demandaba cambios inmediatos.

[\[volver\]](#)

Las Males Que Nos Obligan Buscar Remedios

En el primer punto — lo menciono solamente para abrir el camino a los otros dos — intentaré en pocas palabras quitar la grave acusación de sedición audaz y sacrílega, fundada en las alegaciones que con precipitación desconsiderada hemos usurpado un oficio que no nos corresponde. A esto le dedicaré mayor atención.

Si se pregunta, entonces, por qué cosas principalmente la religión cristiana tiene una existencia firme entre nosotros, y mantiene su verdad, se verá que las siguientes dos no sólo ocupan el lugar principal, sino que encierran bajo ellas todas las demás partes, y consecuentemente la sustancia entera del cristianismo: a saber, un conocimiento, primero, del modo en el que Dios debe ser adorado apropiadamente; y, en segundo lugar, el origen de dónde se obtiene nuestra salvación. Cuando estas cosas no se consideran, aunque nos gloriemos con el nombre de cristianos, nuestra profesión es hueca y vana. Después de esto vienen los sacramentos y el gobierno de la Iglesia, siendo instituidos para conservar estas ramas de doctrina, los cuales no deberían ser empleados para cualquier otro propósito; y, verdaderamente, los únicos medios para averiguar si son o no administrados rectamente y en la debida forma, es traerlos a esta prueba. Si alguno desea una ilustración más clara y más sencilla, yo diría, que el gobierno en la Iglesia, en el oficio pastoral, y en todos los demás asuntos de orden [administración], se asemejan al cuerpo

humano, mientras que la doctrina que prescribe la adoración apropiada de Dios y que señala el fundamento en que las conciencias de los hombres deben basar su esperanza de salvación, es el alma que da impulso al cuerpo, le imparte vida y movimiento, y en resumen, no lo hace un cadáver muerto e inútil.

En cuanto a lo que he dicho, no hay controversia entre los piadosos, ni entre hombres de un entendimiento recto y sano.

[\[volver\]](#)

La Verdadera Adoración

Veamos ahora a qué nos referimos por el culto legítimo de Dios. Su fundamento principal es reconocerlo como Él es, la única fuente de toda virtud, justicia, santidad, sabiduría, verdad, poder, bondad, misericordia, vida y salvación; de acuerdo con esto, el atribuirle y rendirle la gloria de todo lo que es bueno, buscar todas cosas sólo en Él, y en cada necesidad recurrir a Él solamente. De aquí nace la oración, de aquí la alabanza y la acción de gracias, que son las pruebas de la gloria que le atribuimos. Esto es aquella santificación genuina de su nombre que Él requiere de nosotros por encima de todas las cosas. A esto se le une la adoración, por la cual le manifestamos la reverencia debida a su grandeza y excelencia; y a esta adoración las ceremonias le están subordinadas, como ayudas o instrumentos, para que, en el desempeño del culto divino, el cuerpo pueda ejercitarse al mismo tiempo con el alma. Después de esto viene la renuncia propia de uno mismo, cuando (renunciando el mundo y la carne) somos transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento: y ya no vivimos más para nosotros mismos, sino que nos sometemos para ser gobernados y movidos por él. Por esta renuncia propia de uno mismo se nos instruye a la

obediencia y lealtad a su voluntad, para que su temor reine en nuestros corazones, y regule todas las acciones de nuestras vidas.

Que en estas cosas consiste la adoración verdadera y sincera que Dios solo aprueba y en la que Él sólo se agrada, lo enseña el Espíritu Santo a través de las Escrituras, y es además – antes de comenzar cualquier discusión – el fundamento más indicado de la piedad. Tampoco ha existido desde del principio otra manera de adorar a Dios; la única diferencia es que esta verdad espiritual (que con nosotros es manifiesta y sencilla) estuvo bajo el Antiguo Pacto envuelta en figuras. Y este es el significado de las palabras de nuestro Salvador, *«Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad ,»* (Juan 4:23). Porque con estas palabras Él no estaba negando que la adoración de los patriarcas era espiritual, sino sólo quería indicar una distinción en la forma externa: quiere decir, que mien tras el Espíritu anunciaba de antemano por medio de muchas figuras, nosotros lo tenemos en una manera clara. Pero siempre se ha reconocido, que Dios, que es Espíritu, debe ser adorado en espíritu y en verdad.

Además, la regla que distingue entre una adoración pura y una adoración corrupta se aplica universalmente, a fin de que no adoptemos ningún artificio o invención que nos parezca apropiada, sino atender a los mandatos de Aquel que solo tiene derecho en prescribir. Por lo tanto, si queremos que Él apruebe nuestra adoración, esta regla (que Él impone por todas partes con una máxima seriedad) debe guardarse con gran diligencia. Porque hay dos razones por las que el Señor — al condenar y prohibir toda adoración falsa — requiere de nosotros al prestar obediencia sólo a su propia voz. Primero, esto establece en gran manera su autoridad para que no sigamos nuestro propio gusto, sino que dependamos enteramente en Su soberanía; y, en segundo lugar, tal es nuestra

necedad, que cuando se nos deja en libertad, todo lo que podemos hacer es extraviarnos. Luego, una vez que nos hemos apartado del sendero correcto, no hay fin a nuestros desvaríos y enredos, hasta que nos hallamos sepultados bajo una multitud de supersticiones. Por lo tanto, el Señor en una manera justa para afirmar su derecho total de dominio, impone estrictamente lo que Él quiere que hagamos, y rechazemos inmediatamente todo artificio o invención humana que están en desacuerdo con su mandato. También, en una manera justa, Él, en términos claros, define nuestros límites para que no — al fabricar maneras perversas de adoración — provoquemos su ira contra nosotros.

Sé cuán difícil es persuadir al mundo que Dios desapruueba toda manera de adoración que Él no ha establecido explícitamente en su Palabra. Antes bien, la posición contraria que se apega a invenciones humanas (que están arraigadas, como si fuese, en sus mismos huesos y médula) es que cualquier cosa que ellos hacen, tienen ellos en sí mismos autoridad suficiente, siempre y cuando exhiban algún tipo de celo a favor del honor de Dios. Pero como Dios no sólo considera como inútil, pero que también abomina abiertamente cualquier cosa que se hace por un celo a Su adoración, si está en desacuerdo con su mandato, ¿qué ganamos haciendo lo contrario? Las palabras de Dios son claras y manifiestas, *«Obedecer es mejor que sacrificio»*. *«Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.»* (1 Sam. 15:22; Mat. 15:9). Cada añadidura a su Palabra, especialmente en este asunto, es una mentira. Un simple *«culto voluntario»* (ἐθελοθρησχεῖα)⁴ (Col. 2:18) es vanidad. Tal es la decisión que el Juez divino ha pronunciado, y una vez que lo ha determinado, ya no queda lugar para debatir.

⁴ Esta palabra griega se traduce en inglés como «will -worship»; las traducciones en español varían, como *«deleitándose en la humillación de sí mismo»* (Biblia de las Américas), *«se ufanan en fingir humildad»* (Nueva Versión Internacional). Los términos humillación, humildad en lenguaje bíblico envuelven la idea de adoración. [N. del. T.] 

¿Se inclinará ahora vuestra Cesárea Majestad a reconocer, y vosotros ilustrísimos Príncipes me concederéis vuestra atención, mientras nuestro cuán en desacuerdo total con este principio están todas las prácticas que a través del mundo cristiano hoy en día se tienen como culto divino? En palabras, ciertamente, ellos le conceden a Dios la gloria de todo lo que es bueno; pero, en los hechos le despojan la mitad, o más de la mitad de sus perfecciones [atributos] al dividir las entre los santos. No importa que clase de maquinaciones nuestros adversarios empleen, y no importa cuanto nos difamen por exagerar lo que ellos alegan que son simple errores triviales, yo indicaré simplemente el hecho como todo hombre lo apercibe. Los oficios divinos son distribuidos entre los santos como si estos hubieran sido designados los colegas del Dios supremo, y, en una multitud de casos, ellos son puestos para hacer su trabajo, mientras que Él es arrinconado. De lo que yo me quejo es simplemente lo que todo el mundo tiene como refrán común. Porque ¿qué significa decir, «el Señor no puede ser conocido antes que los apóstoles,» sino que por la distancia a la cual los apóstoles son elevados, la dignidad de Cristo es rebajada, o es oscurecida por lo menos? El resultado de esta perversidad es que el hombre, abandonando la fuente de aguas vivas, ha aprendido, como Jeremías nos dice, a cavar «*cisternas, cisternas rotas, que no retienen agua*» (Jer. 2:13). Porque, ¿en dónde buscan ellos la salvación y todo otro bien? ¿Sólo en Dios? El curso entero de su vidas proclaman abiertamente lo contrario. Ellos afirman, ciertamente, que buscan la salvación y todo otro bien en Dios; pero es un falso pretexto ya que lo buscan en otra parte.

De este hecho, tenemos pruebas claras en las corrupciones por las cuales la oración fue corrompida al principio, y después en gran medida pervertida y extinguida. Hemos observado que la oración proporciona una prueba de si el que ora rinde o no la gloria debida a Dios. De igual manera, esto nos permitirá descubrir si, después de arrebatarse de su gloria, la transfieren a las criaturas. En la oración

genuina, se requiere algo más que un simple ruego. El que ora debe tener la certeza que Dios es el único a quien él puede acudir, tanto porque sólo Él puede ayudarlo en su necesidad como también porque Él ha prometido hacerlo. Pero ningún hombre puede tener esta convicción a menos que se apegue al mandato por el que Dios nos llama a Él mismo, y a la promesa (que está unida al mandato) de que Él escucha nuestras oraciones. El mandato no fue así considerado cuando los hombres invocaban a los ángeles y a los muertos juntamente con Dios. Y los más sabios — si no los invocaban en el lugar de Dios — por lo menos los consideraban como mediadores, en cuya intercesión Dios les otorgaba sus peticiones.

¿Dónde estaba, pues, la promesa que se fundamenta enteramente en la intercesión de Cristo? Ignorando a Cristo, el único Mediador, cada uno se volvió a su santo patrón que le había despertado su extravío; o si en algún tiempo se le dio un lugar a Cristo, fue uno en que Él permaneció desapercibido como algún individuo ordinario entre una multitud. Entonces, aunque no hay nada más repugnante a la naturaleza de la oración genuina como la duda y la desconfianza, así estas cosas prevalecieron, tanto que casi eran consideradas como necesarias para orar bien. Y ¿por qué fue esto? Simplemente porque el mundo no entendió las declaraciones en las que Dios nos invita a hablar con Él, y en las que se compromete hacer todo lo que pidamos en una dependencia en su mandato y promesa, y nos presenta a Cristo como el Abogado en cuyo nombre nuestras oraciones son oídas. Además, examínense las oraciones públicas que se hacen comúnmente en las iglesias. Se hallará que están manchadas con impurezas innumerables. De ellas, por consiguiente, tenemos el poder para juzgar cuánto de esta parte del culto divino ha sido contaminado. Tampoco había menos corrupción en las expresiones de la acción de gracias. Este hecho es confirmado por los cantos

públicos, en los cuales los santos son alabados por cada bendición, como si ellos fuesen compañeros de Dios.

Y ahora, ¿qué diré de la adoración? ¿Acaso los hombres no rinden a las imágenes y estatuas la mismísima reverencia que le rinden a Dios? Es un error suponer que hay alguna diferencia entre esta locura y la de los paganos. Pues Dios nos prohíbe no sólo adorar imágenes, sino también considerarlas como habitación de su divinidad y adorarlas porque habita en ellas. Los mismísimos pretextos que los patrocinadores de esta abominación emplean hoy en día, fueron empleados anteriormente por los paganos para encubrir su impiedad. Además, es innegable que los santos — aún hasta sus mismos huesos, prendas de vestir, zapatos, e imágenes — son adoradas aún hasta en el lugar de Dios.

Pero algún disputador sutil se opondrá diciendo que hay varios tipos de adoración — que el honor de *dulia* [veneración], como la llaman, se le da a los santos, a sus imágenes, y a sus huesos; y que *latria* [adoración] se reserva para Dios como a Él sólo se le debe, a menos que hagamos una excepción al término *hyperdulia* [alta veneración], algo que conforme al entontecimiento aumentaba, fue inventado para elevar a la virgen María por encima de los demás. Como si estas distinciones sutiles fuesen conocidas o estuviesen presentes en las mentes de los que se postran a sí mismos ante imágenes. Mientras tanto, el mundo está repleto de idolatría no menos enorme (y si se me permite afirmar) no menos capaz de ser sentida de lo que fue la idolatría antigua de los egipcios, la cual todos los profetas por doquiera condenan severamente.

Simplemente observo de paso cada una de estas corrupciones, ya que más adelante expondré con mayor claridad sus daños y perjuicios.

[\[volver\]](#)

Ceremonias en la Adoración

Vengo ahora a las ceremonias, que (en realidad deberían ser confirmaciones solemnes del culto divino) son más bien una mera burla de Dios. Un nuevo judaísmo (como un substituto de aquel que Dios había abrogado claramente) ha surgido de nuevo por medio de numerosas extravagancias pueriles, tomado de diferentes partes. Y con estas extravagancias se han mezclado ciertos ritos impíos, tomados parcialmente del paganismo, y adaptados más para alguna exposición teatral que para la dignidad de nuestra religión. Aqu í, el primer mal radica en que un inmenso número de ceremonias — que Dios por su autoridad abrogó una vez para siempre — de nuevo han sido revividas. El siguiente mal es que (mientras las ceremonias deberían ser ejercicios para la piedad) los hombres se ocupan vanamente con un cierto número de ellas que son tanto frívolas como inútiles. Pero el mal más perjudicial de todos es (después que los hombres se han burlado así de Dios con ceremonias de una clase o de otra) que ellos piensan que han cumplido su deber tan admirablemente como si estas ceremonias incluyesen en sí mismas toda la esencia de la piedad y del culto divino.

Con respecto a la abnegación (sobre lo cual depende la regeneración para la nueva vida) la doctrina en su totalidad fue arrasada totalmente de las mentes de los hombres, o, por lo menos, la mitad enterrada, de manera que fue conocida por pocos y por ellos conocida limitada solamente. Pero el sacrificio espiritual que el Señor demanda en una manera especial, es hacer morir el viejo hombre y ser transformado en un nuevo hombre. Puede ser, quizás, que los predicadores digan algo acerca de estas palabras, pero de que ellos no tienen la menor idea de las cosas que se refieren por tales palabras es aparente aún por esto (que ellos tenazmente se oponen a nuestros esfuerzos para restaurar esta rama del culto divino). Si en

cualquier tiempo ellos hablan del arrepentimiento, sólo miran (como con desprecio) a las cosas principales, y se ocupan enteramente en ciertos ejercicios externos del cuerpo, que (como Pablo nos asegura) no son de gran utilidad (Col. 2:23; 1 Tim. 4:8). Lo que hace esta terquedad lo más intolerable es, que la mayoría (bajo un error pernicioso) va tras la sombra en vez de la sustancia, y — pasando por alto el arrepentimiento verdadero — dedica toda su atención a ayunos, a vigiliass y a otras cosas que Pablo llama los «rudimentos» del mundo (Gal. 4:9).

Habiendo advertido que la Palabra de Dios es la señal que distingue entre Su culto verdadero y aquel que es falso y corrupto, nosotros de allí concluimos fácilmente que todo el aspecto del culto divino que se práctica generalmente hoy en día no es nada mas que corrupción. Pues los hombres no toman en cuenta lo que Dios ha ordenado ni lo que Él aprueba, a fin de que ellos puedan servirle en una manera apropiada, sino que toman para sí mismos una libertad para inventar modos o formas del culto divino, y después imponiéndoselas a la fuerza a Dios como substitutes de obediencia. Si en lo que digo parezca exagerar, que se haga un examen de todas las prácticas por las cuales la mayoría cree que con ellas adora a Dios. Yo me atrevo a decir que ni siquiera una décima parte proviene que no sea de su propio cerebro. ¿Qué más deseáramos? Dios rechaza, condena, abomina todo culto inventado, y emplea su Palabra como un freno para mantenernos en obediencia incondicional. Cuando desechamos este yugo, nos desviamos tras nuestras propias invenciones, y le ofrecemos una adoración (fabricada por el atrevimiento humano) que sin importar cuanto nos agrade, ante Sus ojos es solo una vana ridiculez — antes bien es vileza y corrupción. Los defensores de tradiciones humanas las pintan con hermosas y de atractivos colores; y Pablo ciertamente admite que tienen cierta apariencia de sabiduría [Col. 2:23]; pero como Dios valora la obediencia más que todos los

sacrificios, debía ser razón suficiente para rechazar cualquier tipo de adoración que no es aprobada por el mandato de Dios.

[\[volver\]](#)

Origen de la Salvación

Venimos ahora a lo que hemos establecido como la segunda rama principal de la doctrina cristiana: a saber, el conocimiento del origen de donde procede nuestra salvación. Ahora, el conocimiento de nuestra salvación tiene tres etapas diferentes. Primero, debemos empezar con un sentido de nuestra propia miseria, llenándonos con abatimiento como muertos espiritualmente. Esto se produce cuando la depravación original y hereditaria de nuestra naturaleza es puesta ante nosotros como la fuente de todo mal — una depravación que engendra en nosotros desconfianza, rebelión contra Dios, orgullo, avaricia, lujuria, y toda clase de concupiscencias malignas. Y nos hace enemigos contra toda rectitud y justicia, sujetándonos cautivos bajo el yugo del pecado; y además, cada individuo, al apercibir sus pecados (sintiéndose confundido de su vileza) es forzado para verse insatisfecho consigo mismo, y considerarse a si mismo y todo lo que tiene de si mismo como menos que nada. Luego, por otro lado, la conciencia (siendo traída ante el tribunal de Dios), se vuelve sensible de la maldición en que se encuentra; y, como si hubiera recibido un aviso de la muerte eterna, aprende a temblar ante la ira divina. Esto, digo, es la primera etapa en el camino para la salvación, cuando el pecador agobiado y postrado, abandona toda ayuda carnal, y sin embargo no se endurece contra la justicia de Dios, ni con torpeza se vuelve insensible, sino, temblando y ansioso, gime en agonía y suspira buscando alivio.

De esto, él debe subir a la segunda etapa. Esto él hace cuando, animado por el conocimiento de Cristo, de nuevo comienza a

respirar. Porque, para uno humillado en la manera en la que hemos descrito, no le queda ningún otro camino más que volverse a Cristo, para que por Su interposición él pueda ser librado de tal miseria. Pero el único hombre que así busca la salvación en Cristo es el hombre que hecha mano de Su poder: quiere decir, el que lo reconoce como el único Sacerdote que nos reconcilia con el Padre, y a Su muerte como el único sacrificio por la que el pecado es expiado, la justicia divina satisfecha, y por la cual una justicia verdadera y perfecta es adquirida; es un hombre que no divide la obra entre él mismo y Cristo, sino que reconoce que es por Su pura gracia y mérito que él es justificado ante los ojos de Dios. De esta etapa también él debe subir a la tercera, cuando instruido en la gracia de Cristo, y en el fruto de su muerte y resurrección, él descansa en Él con una confianza firme y sólida, sintiéndose seguro que Cristo es tan completamente suyo que él posee en Él justicia y vida.

Ahora, véase cuán tristemente esta doctrina ha sido pervertida. Sobre el tema del pecado original, preguntas enredadas se han levantado en las escuelas [académicas], que han hecho lo que han podido para descartar sin reflexión esta enfermedad fatal. Pues en sus discusiones la reducen a un simple exceso de apetito y lujuria. Pero, de esa ceguera y vanidad del intelecto (de dónde procede la incredulidad y la superstición), de esa depravación interna del alma, ni una palabra dicen del orgullo, de la ambición, de la terquedad, y de otras fuentes ocultas de maldad. Y los sermones no son mejores en lo mínimo. Luego, en cuanto a la doctrina del libre albedrío — como era predicada antes que Lutero y otros reformadores aparecieran — ¿qué efecto podrían tener sino llenar a los hombres con una opinión arrogante de su propia virtud, hinchándolos con vanidad, y no dejando lugar a la gracia y a la ayuda del Espíritu Santo?

Pero ¿por qué nos detenemos en esto? No hay punto que no sea más debatido tan intensamente — ninguno en que nuestros adversarios sean más implacables en su oposición — que el de la justificación: a saber, si la obtenemos por fe o por obras. De ninguna manera nos concederán rendirle a Cristo el honor de ser llamado nuestra justicia, a menos que las obras de ellos compartan al mismo tiempo los méritos. La disputa no es, si las buenas obras debían ser hechas por los fieles, y si ellos son aceptados por Dios y recompensados por Él; sino que, si por su propio valor, ellas [las obras] nos reconcilian con Dios; si adquirimos la vida eterna como su precio; si ellas son el pago que se hace a la justicia de Dios para quitar la culpa; y si se han de confiar en ellas como un fundamento de la salvación.

Condenamos el error que impone a los hombres tener más en cuenta a sus propias obras que a Cristo, como un medio para hacer a Dios propicio, para merecer su favor, y para obtener la herencia de la vida eterna: en resumen, como un medio para llegar a ser justos ante Sus ojos. Primero, ellos se enorgullecen a sí mismos con los méritos de sus obras, como si ligasen a Dios a ellos mismos. Tal orgullo como éste, ¿qué es sino una embriaguez fatal del alma? Pues en lugar de Cristo, ellos se adoran a sí mismos, y sueñan poseer vida mientras que están sumergidos en el abismo profundo de la muerte. Se puede decir que exagero en este punto, pero ningún hombre puede negar la doctrina trillada de las escuelas e iglesias; que afirma que es por obras que debemos merecer el favor de Dios, y por las obras debemos adquirir la vida eterna; que cualquier esperanza de salvación no apoyada por buenas obras es atrevida y presuntuosa; que somos reconciliados con Dios por la satisfacción de buenas obras, y no por una remisión gratuita de pecados; que las buenas obras son meritorias de la salvación eterna, no porque ellas nos sean imputadas gratuitamente como justicia por los méritos de Cristo, sino por el pacto de la ley; y que los hombres, tan a menudo como ellos pierdan la gracia de Dios, son reconciliados con Él, no por un

perdón libre, sino por lo que ellos llaman obras de satisfacción (estas obras siendo suplementadas por los méritos de Cristo y de los mártires) a condición de que el pecador merezca ser ayudado. Es cierto que, antes que Lutero llegase a ser conocido por el mundo, estos dogmas impíos cautivaban a todo el mundo; e incluso hoy en día, no hay parte de nuestra doctrina que nuestros adversarios ataquen con mayor intensidad y obstinación.

Finalmente, había otro error muy pestilencial, que no sólo ocupó las mentes de los hombres, pero que fue considerado como uno de los artículos principales de la fe, y que era impío dudar: a saber, que los creyentes debían ser mantenidos perpetuamente en suspenso e incertidumbre en cuanto a la obra de la gracia de Dios en ellos. Por esta sugerencia del diablo, el poder de la fe fue extinguido completamente, los beneficios de la redención de Cristo extinguidos, y la salvación de los hombres destruida. Porque, como Pablo declara, esa fe sólo es la fe cristiana que inspira los corazones con confianza, y que nos anima para presentarnos ante la presencia de Dios (Rom. 5:2). En ninguna otra perspectiva la doctrina (que se halla en otro pasaje) del apóstol Pablo podía ser mantenida, sino en que ⁵ «*hemos recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos ¡Abba, Padre!*» (Rom. 8:15).

⁵ «*Habere nos testimonium adoptionis nostræ intus à Spiritu Sancto obsignatum, quo freti Deum Patrem vocamus;*» que tenemos el testimonio de nuestra adopción internamente del Espíritu Santo, confiando en el que, llamamos a Dios nuestro Padre. ↵

Pero ¿cuál es el resultado de esa incertidumbre que nuestros enemigos requieren de sus discípulos, sino aniquilar toda confianza en las promesas de Dios? Pablo razona, que «*...si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa*» (Rom. 4:14). ¿Por qué es así? Simplemente porque la ley mantiene al hombre en dudas, y no le permite albergar una confianza segura y firme. Pero ellos, por otro lado, sueñan de una fe, que (excluyendo y

alejando al hombre de esa confianza que Pablo requiere) lo arroja sobre opiniones probables para ser lanzado como una caña sacudida por el viento. Y no es sorprendente que después de que ellos han fundado una vez su esperanza de la salvación en el mérito de las obras, se hundan en todas estas absurdidades. No podría acontecer otra cosa, sino que de tal precipicio ellos tuviesen tal caída. Porque ¿qué puede encontrar el hombre en sus obras sino herramientas para la duda, y finalmente, para la desesperación? Así pues vemos cómo el error condujo al error.

Aquí, potentísimo Emperador, y vosotros ilustres Príncipes, será necesario recordaros lo que observé anteriormente: a saber, que la seguridad de la Iglesia depende en esta doctrina así como la vida humana depende en el alma. Si la pureza de esta doctrina es en cualquier grado dañada, la Iglesia ha recibido una herida mortal; y, por consiguiente, cuando haya mostrado que fue por la mayor parte extinguida, será lo mismo si hubiese mostrado que la Iglesia había sido traída al mismo borde de la destrucción. Hasta ahora, sólo he aludido a esto de paso, pero más adelante lo expondré más claramente.

[\[volver\]](#)

El gobierno y la administración de los sacramentos

Vengo ahora a aquellas cosas que he comparado con el cuerpo: a saber, el gobierno y la administración de los sacramentos, de los cuales, cuando su doctrina es destruida, su poder y eficacia han desaparecido, aunque su forma externa sea perfecta. ¿Qué pues si no había firmeza en esto externa ni internamente? Y no es difícil de demostrar que así eran las cosas.

Primero, con respecto a los sacramentos, las ceremonias inventadas por hombres fueron puestas en el mismo nivel con los misterios [ordenanzas] instituidos por Cristo. Pues siete sacramentos fueron recibidos sin distinción alguna, aunque Cristo designó sólo dos, mientras que los demás descansan solamente en autoridad humana. Sin embargo la gracia de Dios fue sujeta a estos, tanto como si Cristo estuviese presente en ellos. Además, los dos que Cristo instituyó fueron atrevidamente corrompidos. El Bautismo fue tan desfigurado por añadiduras superfluas, que apenas un vestigio del bautismo puro y genuino podría ser trazado; mientras que la Santa Cena no sólo fue corrompida por ceremonias ajenas, sino que su misma forma fue cambiada totalmente.

Lo que Cristo mandó que se hiciese y en qué manera, está perfectamente claro. Pero en desprecio a Su mandato, una exhibición melodramática [a saber, la misa] fue erigida, y fue sustituida por la Santa Cena. Porque ¿qué semejanza hay entre la misa y la verdadera Cena de nuestro Señor? Mientras que el mandato de Cristo ordena a los creyentes tener comunión unos con otros en los símbolos sagrados de Su cuerpo y sangre, lo que se ve en la misa debería ser mejor llamada apropiadamente excomunión. Pues el sacerdote se separa del resto de la asamblea, y devora aparte lo que debía haber sido traído hacia adelante y puesto en medio para ser distribuido. Luego, como si él fuera algún sucesor del sacerdote Aarón, finge que él ofrece un sacrificio para expiar los pecados del pueblo. Pero ¿dónde menciona Cristo tan sólo una vez «sacrificio»? El nos manda que tomemos, comamos, y bebamos. ¿Quién autoriza a los hombres a convertir la palabra *tomar* en la palabra *ofrecer*? ¿Y cuál es el resultado del cambio sino hacer que el edicto perpetuo e inviolable de Cristo dé lugar a sus invenciones? Esto, ciertamente, es un mal grave. Pero, aún peor es la superstición que aplica esta obra a los vivos y a los muertos, como una causa que otorga la gracia divina. De esta manera la eficacia de la muerte de Cristo ha sido transferida a

una exposición melodramática vana, y la dignidad de un sacerdocio eterno le es arrebatada para ser concedida a los hombres.

Si en algún tiempo, el pueblo es llamado a la comunión, es admitido sólo a la mitad de una parte. ¿Por qué debe ser así? Cristo extiende la copa a todos, y manda a todos que beban de ella. En oposición a esto, los hombres prohíben a la asamblea de los fieles tocar la copa. Así los símbolos (que por la autoridad de Cristo fueron unidos por un lazo indisoluble) son separados por el capricho humano. Además, la consagración, tanto del bautismo como de la misa, en nada difiere de encantamientos mágicos. Porque por las respiraciones y cuchicheos, y por los sonidos incomprensibles, ellos piensan que están obrando misterios. Como si Cristo hubiera deseado que en el ejercicio de ritos religiosos su Palabra fuese hablada entre cuchicheos, y no pronunciada en una voz clara. No hay ninguna sombra de incertidumbre en las palabras por las que el Evangelio expresa el poder, la naturaleza y el uso del bautismo. Y, en la Santa Cena, Cristo no susurra palabras sobre el pan, sino que se dirige a los apóstoles en términos claros, cuando les declara la promesa y añade el mandato, «*Haced esto en memoria de mí*». Pero, en vez de llevar a cabo esta conmemoración pública, ellos cuchichean exorcismos secretos, apropiados (como he observado) más para artes mágicas que para sacramentos.

Lo primero de lo que nos quejamos aquí es, que el pueblo es entretenido con ceremonias melodramáticas, entre tanto que ni una sola palabra se dice sobre su significado y verdad. Pues para nada sirven los sacramentos, a menos que lo que el símbolo representa visiblemente se explique de acuerdo a la Palabra de Dios. Por lo tanto, cuando al pueblo se le presenta nada más que figuras huecas con que alimentar el ojo, mientras que no oigan doctrina que los pueda dirigir al fin apropiado, miran no más lejos que el acto externo. De ahí aquella superstición pestilencial, bajo la cual —

como si los sacramentos fueran por sí solos suficientes para la salvación, sin sentir la menor preocupación de que la fe o el arrepentimiento estén presentes, o aún de Cristo mismo — se apegan más al símbolo en vez de lo que éste representa. Y, ciertamente, no sólo entre los indoctos y simples, pero también en las escuelas, el dogma impío era abrazado por todos: a saber, que los sacramentos eran eficaces en sí mismos, si es que no fuesen estorbados en su operación por algún pecado mortal. ¡Como si los sacramentos hubieran sido dados para otro fin o uso que el dirigirnos por la mano a Cristo!

Luego, además de esto, después de consagrar el pan por un encantamiento perverso más que por un rito piadoso, lo guardan en una caja pequeña, y ocasionalmente lo llevan consigo en una procesión solemne para que sea adorado e invocado en vez de Cristo. Por consiguiente, cuando algún peligro los amenaza, huyen a ese pan como su única protección, lo emplean como un amuleto contra todo accidente, y al pedir perdón a Dios lo emplean como la mejor expiación. Como si Cristo, cuando nos dio su cuerpo en el sacramento, lo hubiera diseñado para ser prostituido con toda clase de desvaríos. Porque, ¿qué encierra la promesa? Simplemente esto: que tan a menudo que recibimos el sacramento, seamos partícipes de su cuerpo y sangre. «Tomad,» dice Él, «comed y bebed; esto es mi cuerpo, esto es mi sangre. Haced esto en conmemoración mía». ¿Acaso no vemos que la promesa está confinada en ambos lados por límites dentro de los cuales se debe mantener el que desea obtener lo que ofrece? Por lo tanto, se engañan aquellos que se imaginan que, aparte del uso legítimo del sacramento, tienen algo más que pan común y corriente. ⁶

⁶ A saber, que el pan que le llaman «hostia» es el cuerpo literal de Cristo. [N. del T.] ↩

De nuevo, hay una profanación común en todos estos ritos religiosos: a saber, en que los vuelven en comercio detestable, como

si no hubieran sido instituidos para otro propósito que servir como objetos de lucro. Tampoco se lleva a cabo este tráfico en secreto ni cohibidamente, sino que se practica abiertamente como en el mercado público. Bien se sabe por cuánto se vende una sola misa en cada distrito. Otros ritos, también, tienen sus precios fijos. En resumen, cualquiera que considere puede ver que los templos [iglesias] no son más que tiendas ordinarias, y que no hay rito sagrado que no esté allí a la venta.

Si procurase repasar los defectos del gobierno eclesiástico con todo detalle, nunca terminaría. Por lo tanto, sólo tocaré las partes más obvias que no pueden ser encubiertas.

Primero, el oficio pastoral mismo, tal como Cristo lo instituyó, por mucho tiempo desapareció. Su propósito al designar obispos y pastores, o cualquier nombre con que quieran ser llamados, ciertamente fue (como Pablo declara) para edificar la Iglesia con sana doctrina. Según este punto de vista, ningún hombre es un pastor verdadero de la Iglesia quien no cumple el oficio de la enseñanza. Pero, hoy en día, casi todos los que tienen el nombre de pastores han dejado ese trabajo a otros. Difícilmente se hallará uno entre cien de los obispos que se suba al púlpito para enseñar. Y no es de extrañarse, pues los obispados se han degenerado en principados seculares. Los pastores de rango inferior, de nuevo, o piensan que ellos cumplen con su oficio por medio de actos frívolos completamente ajenos del mandato de Cristo, o (según el ejemplo de los obispos) aún arrojan esta parte de su deber a los hombros de otros. Por esta razón, el arrendamiento de puestos del sacerdocio no es menos común que el arrendamiento de granjas. ¿Qué más queremos? El gobierno espiritual que Cristo recomendó ha desaparecido totalmente, y un tipo nuevo y mezcolanza de gobierno se ha introducido, el cual (bajo cualquier nombre que se le de en el

presente) no tiene más semejanza al reino de Cristo de lo que el mundo lo tiene.

Si se alega que el error de los que descuidan su deber no debe ser imputado a la orden [eclesiástica], yo contesto, primero, que el mal es tan frecuente, que puede considerarse como la regla común. Y, en segundo lugar, que si asumiésemos que todos los obispos, y todos los presbíteros bajo ellos, residiesen cada uno en su estación particular, e hiciesen lo que hoy en día se considera como su deber profesional, ellos nunca cumplirían la institución verdadera de Cristo. Ellos cantarían o murmurarían en la Iglesia, se exhibirían a sí mismos en vestiduras teatrales, y se ocuparían en numerosas ceremonias, pero raras veces enseñarían, o nunca lo harían. Sin embargo, según el precepto de Cristo ningún hombre puede reclamar para sí mismo ni el oficio de obispo ni de pastor quien no alimente su rebaño con la Palabra del Señor.

Entonces mientras que los que presiden en la Iglesia deberían sobresalir a los demás, y brillar con el ejemplo de una vida más santa, ¡los que tienen ese grado hoy en día cuánto bien harían en corresponder en este sentido a su vocación! En un tiempo cuando la corrupción del mundo está en su cúspide, no hay orden [profesión] más adicta a toda clase de maldad. Desearía yo que por su inocencia refutasen lo que digo. Con mucho gusto me retractaría inmediatamente. Pero su inmoralidad se halla expuesta a los ojos de todos — expuesta su avaricia y rapacidad insaciables — expuesto su orgullo y crueldad intolerables. El ruido de bailes y orgías indecentes, el furor de la caza, y de los entretenimientos, abundando en toda clase de disolución que se hallan en sus casas, sólo ocurre más comúnmente, mientras que se glorían en sus disoluciones de lujuria, como si fuesen manifiestas virtudes.

Pasando por alto otras cosas, ¡qué impureza hay en ese celibato que en sí mismo lo consideran como un título de gran estima! Yo me siento avergonzado en destapar las enormidades que desearía más bien suprimir, si ellos pudiesen ser corregidos con el silencio. Tampoco divulgaré lo que se hace en secreto. Las contaminaciones que aparecen abiertamente son más que suficientes. Pregunto, ¿cuántos sacerdotes son libres de amancebamiento? Antes bien, ¿cuántas de sus casas son de mala fama por los actos diarios de lascivia? ¿Cuántas familias honorables ensucian ellos por sus concupiscencias pervertidas? Por mi parte, yo no tengo placer en exponer sus vicios, ni tampoco es parte de mi intención; pero es importante observar la amplia diferencia que hay entre la conducta del sacerdocio del día presente, y la que los ministros verdaderos de Cristo y su Iglesia tienen que seguir.

No menos importante en la rama del gobierno eclesiástico es la elección y la ordenación apropiadas y regulares de los que deben gobernar. La Palabra de Dios proporciona una norma por la cual todos estos ordenamientos deben ser examinados, y existen muchos decretos de concilios antiguos que proveen sabiamente y con cuidado todo lo que se relaciona con el método apropiado de la elección. Que nuestros adversarios muestren por lo menos un solo ejemplo de elección canónica, y yo les concederé la victoria. Sabemos la clase de examen que el Espíritu Santo, por boca de Pablo (en las epístolas de Timoteo y Tito), requiere de un pastor, y aquello que las leyes antiguas de los antiguos padres imponen. En el día presente, al ordenar obispos, ¿se toma en cuenta algo de esto? Al contrario, ¿cuán pocos de los que son elevados al oficio [pastoral] están adornados aun en lo más mínimo con esas cualidades, sin las cuales no pueden ser ministros aptos de la Iglesia? Vemos el orden que los apóstoles observaron en la ordenación de ministros, y que la Iglesia primitiva siguió después, y finalmente el orden que los cánones antiguos requieren que se observe. Si me quejase que en el presente este

orden es desdeñado y rechazado, ¿no sería una queja justa? ¿Qué si dijera, que todo lo que es de honor es pisoteado, y las promociones a oficios se obtienen por los actos más salvajes y vergonzosos? Estos hechos son notorios universalmente. Pues los honores eclesiásticos son comprados por un precio fijo, o arrebatados a la fuerza, o asegurados por acciones nefastas, o adquiridos por mezquina adulación. Ocasionalmente aun son salarios de ramera y otros servicios semejantes. En resumen, los actos más de scarados se exhiben aquí más de lo que jamás haya ocurrido cuando se adquieren posesiones seculares.

¡Y quien diera que los que presiden en la Iglesia, cuando corrompen su gobierno, pecasen sólo ellos, o por lo menos hiriesen a otros solamente con su mal ejemplo! Pero el mayor de todos los males es que ejercen la tiranía más cruel, y es una tiranía sobre almas. Más bien, ¿cuál es la autoridad de que la Iglesia se jacta hoy en día, sino en un dominio atrevido, sin ley y sin restricción sobre almas inmortales sujetándolas a la más miserable esclavitud? Cristo dio a los apóstoles una autoridad semejante a la que Dios había otorgado a los profetas, una autoridad bien definida: a saber, para actuar como sus embajadores para con los hombres. Ahora bien, la ley inalterable es, que a cualquiera que se le confía una embajada, se debe sujetar religiosa y fielmente a sus instrucciones. Esto se indica en los términos más claros en la comisión apostólica, *« Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.»* De igual manera «predicad» — no lo que les guste — sino el «Evangelio». (Mateo 28:19-20). Si se pregunta, cuál es la autoridad con que sus sucesores fueron investidos, tenemos la definición de Pedro que impone a todos los que hablan en la Iglesia, que hablen «los oráculos [las palabras]» de Dios (1 Pedro 4:11).

Sin embargo, ahora los que quieren ser tenidos por gobernantes de la Iglesia se arrojan a sí mismos una libertad para hablar cualquier cosa que les agrade, e insisten que tan pronto como ellos han hablado deben ser obedecidos sin ninguna consideración. Se afirmará que esto es una calumnia, y que el único derecho que ellos asumen es ratificar por su propia autoridad lo que el Espíritu Santo ha revelado. Por consiguiente, sostendrán que ellos no sujetan las conciencias de los creyentes a sus propias invenciones ni caprichos, sino sólo a los oráculos del Espíritu Santo, los cuales, siendo revelados a ellos, los confirman y los promulgan a otros.

¡Sin duda es un pretexto ingenioso! Ningún hombre duda que cualquier cosa que se recibe del Espíritu Santo por manos de ellos deba ser obedecida sin titubeo. Pero cuando ellos añaden que ellos nada pueden transmitir más que los oráculos genuinos del Espíritu Santo, porque están bajo su guía, y que todas sus decisiones no pueden ser más que la verdad, porque se sientan en cátedras de verdad, ¿acaso no es esto medir su autoridad por su capricho? Porque si todos sus decretos, sin excepción alguna, deben ser recibidos como oráculos, no va a haber límite a su autoridad. ¿Qué tirano jamás abusó tan desenfrenadamente la paciencia de sus súbditos como el insistir que todo lo que él proclamaba debía ser recibido como un mensaje del cielo? Los tiranos, sin duda, se asegurarán que sus edictos sean obedecidos, sin importar qué edictos sean. Pero estos hombres demandan mucho más: que debemos creer que el Espíritu Santo habla cuando nos introducen a la fuerza lo que ellos han soñado.

Vemos, por consiguiente, cuán dura e inicua es la esclavitud en que — cuando armados con esta autoridad — han seducido las almas de los fieles. Leyes sobre más leyes han sido amontonadas, para ser tantos lazos a la conciencia. Pues no han limitado estas leyes a asuntos de orden externo, sino que las han aplicado al gobierno

interior y espiritual del alma. Y no había ningún fin hasta que llegó a esa multitud inmensa, que ahora no se diferencia de un laberinto. Ciertamente, algunas de ellas parecen ser hechas con el propósito de molestar y atormentar las conciencias, mientras que la práctica de ellas se impone no con menos severidad como si en éstas se encerrase toda la sustancia de la piedad. Antes bien, aunque con respecto a la infracción de los mandatos de Dios, no se cuestiona ni se imponen penitencias leves; pero cualquier cosa contraria a los decretos de los hombres se demanda la máxima expiación. Mientras que la Iglesia es oprimida por este yugo tiránico, cualquiera que se atreva a decir una palabra en contra es condenado instantáneamente como un hereje. En resumen, el desahogar nuestra pena es tenido como un delito capital. Y, a fin de asegurar la posesión de este dominio insufrible, ellos, por edictos sangrientos, impiden al pueblo la lectura y la comprensión de las Escrituras, y critican severamente a los que levantan preguntas sobre su autoridad. Este rigor excesivo aumenta de día en día, de tal manera que ahora en asuntos de religión con dificultades se permite hacer indagación alguna.

En un tiempo cuando la verdad divina yacía enterrada bajo esta nube vasta y densa de oscuridad; cuando la religión fue amancillada por tantas supersticiones impías; cuando el culto de Dios fue corrompido por horribles blasfemias, y su gloria yacía postrada; cuando por una multitud de opiniones perversas, el beneficio de la redención fue desecho, y los hombres, embriagados con una confianza fatal en sus obras, buscaron la salvación en otras cosas antes que en Cristo; cuando la administración de los sacramentos fue mutilada en parte y rota en pedazos, en parte adulterada por la mezcla de numerosas invenciones, y profanada en parte por negocios de lucro; cuando el gobierno de la Iglesia se había degenerado en pura confusión y devastación; cuando los que se sentaban en el oficio de pastores fueron los primeros que hicieron el mayor daño a la Iglesia por la disolución de su vidas, y, en segundo lugar, ejercieron una de las

tiranías más crueles y nocivas sobre las almas, por toda clase de errores, llevando a los hombres como ovejas al matadero; entonces se levantó Lutero, y después de él otros, quienes con un común celo buscaron medios y métodos por los cuales la religión pudiese ser limpiada de todas estas corrupciones, restaurar la doctrina de la piedad a su integridad, y sacar a la Iglesia fuera de su calamitosa condición a una más tolerable. Este mismo curso aun seguimos hoy en día.

[\[volver\]](#)

Los Remedios Empleados para Corregir los Males

Vengo ahora, como propuse, a considerar los remedios que hemos empleado para corregir estos males, no procurando aquí describir la manera en que procedimos (esto se verá después), sino sólo poner por manifiesto que no hemos tenido ningún otro propósito que en mejorar en algún grado la miserable condición de la Iglesia. Nuestra doctrina ha sido atacada, y lo es todavía cada día, por muchas calumnias atroces. Algunos vociferan fuertemente contra ella en sus sermones; otros la atacan en sus escritos. Ambos arrastran junto todo aquello con que esperan reducir a una mala reputación entre los ignorantes. Pero la Confesión de nuestra Fe, que presentamos ante vuestra Cesárea Majestad, se halla ante el mundo, y testifica claramente cuán inmerecidamente somos acosados por tantas acusaciones detestables. Y siempre hemos estado preparados en tiempos pasados, como lo estamos en el día presente, para justificar nuestra doctrina. En una palabra, no hay doctrina predicada en nuestras iglesias sino la que profesamos abiertamente.

En cuanto a los puntos controvertidos, estos son clara y honestamente explicados en nuestra Confesión, y no hay nada en ellos que no haya sido tratado abundante y diligentemente expuesto

por nuestros escritores. Por ello, jueces no injustos deberían sentir se satisfechos de ver cuán lejos estamos de toda impiedad. Esto, ciertamente, debe ser claro tanto a justos como a injustos, que nuestros reformadores no han hecho un pequeño servicio a la Iglesia, al despertar el mundo como de una oscuridad profunda de ignorancia para leer las Escrituras, en trabajar diligentemente para darlas a entender mejor, y en aclarar, gracias a Dios, ciertos puntos de doctrina de la más alta importancia práctica. Lo único que se oía en los sermones eran sólo fábulas de viejas, e invenciones igualmente frívolas. Las escuelas resonaban con disputas, pero raras veces la Escritura se mencionaba. Los que tenían el gobierno de la Iglesia hacían su único cuidado de prevenir la reducción de sus ganancias. Por consiguiente, no tenían dificultades en permitir cualquier cosa que tendiese a llenar sus fondos. Aún aquellos que son malignos, sin importar cuanto han abusado nuestra doctrina en otros respectos, admiten que nuestros hombres en cierto grado han reformado estos males.

Estoy dispuesto a conceder, sin embargo, que toda beneficio que la Iglesia pueda haber obtenido de nuestros trabajos no disminuirá nuestra culpa, si en cualquier otro respeto la hemos dañado. Por lo tanto, hágase un examen de toda nuestra doctrina, de nuestra forma de administrar los sacramentos, y de nuestro método de gobernar la Iglesia, y en ninguna de estas tres cosas se hallará que hemos hecho cambios sobre la forma antigua, sin procurar restaurarla a la norma exacta de la Palabra de Dios.

Volviendo a la división que adoptamos anteriormente: todas nuestras controversias con respecto a doctrina se relacionan ya sea al culto legítimo de Dios, o al fundamento de la salvación. En cuanto a la primera, indiscutiblemente exhortamos a que los hombres adoren a Dios no en una manera desapasionada ni en una manera descuidada; y mientras que señalamos el modo, tampoco perdemos

de vista el fin, ni omitimos cosa alguna que se relacione con el asunto. Proclamamos la gloria de Dios en términos mucho más elevados de lo que anteriormente se acostumbraba proclamar, y procuramos con gran diligencia hacer que las perfecciones que en Su gloria resplandecen sean mejor conocidas. Sus beneficios hacia nosotros mismos ensalzamos tan elocuentemente como podemos, mientras que llamamos a los hombres a reverenciar Su Majestad, rendirle el homenaje debido a Su grandeza, sentir la gratitud debida por Sus misericordias, y unirnos para manifestar Su alabanza. De esta manera se infunde en sus corazones esa confianza sólida que después da a luz a la oración; y de esta manera, también, cada uno es enseñado a la abnegación genuina, de manera que cuando su voluntad es traída a la obediencia a Dios, dice adiós a sus propios deseos. En resumen, como Dios requiere que lo adoremos en una manera espiritual, así también exhortamos con mucho celo a los hombres a todo sacrificio espiritual que Él ordena.

Aún nuestros enemigos no pueden negar nuestra perseverancia en exhortar a los hombres a esperar el bien que ellos desean de ningún otro más que de Dios, confiar en Su poder, descansar en Su bondad, depender en Su verdad, y volverse a Él con todo el corazón, reposar en Él con plena esperanza, y acudir a Él en la necesidad, esto es, en cada momento; atribuirle a Él toda cosa buena que disfrutamos, y lo manifestamos así por expresiones abiertas de alabanza. Y para que ninguno sea impedido por la dificultad de entrar, proclamamos que una fuente completa de bendiciones nos es abierta en Cristo, y que de ella podemos tomar para cada necesidad. Nuestros escritos son testigos, y nuestros sermones testifican de cuán frecuentes y diligentes somos en recomendar el arrepentimiento verdadero, instando a los hombres a renunciar su propia razón y deseos carnales, y a sí mismos enteramente, para que puedan ser traídos a la obediencia a Dios solamente, y ya no vivir para sí mismos sino para Él. Tampoco pasamos por alto los deberes externos y obras de

caridad [amor], que se siguen de este tipo de renovación. Esto digo, es la forma segura e infalible del culto, que sabemos que Él aprueba, porque es la forma que Su Palabra prescribe, y estos los únicos sacrificios de la Iglesia cristiana que tienen Su autoridad.

[\[volver\]](#)

Reforma de la adoración publica

Por lo tanto, ya que en nuestras iglesias sólo Dios es adorado en una forma piadosa sin supersticiones; ya que Su bondad, sabiduría, poder, verdad, y otras perfecciones se predicán allí más completamente que en cualquier otro lugar; ya que Él es invocado con una fe verdadera en el nombre de Cristo, Sus misericordias son ensalzadas con corazón y lengua, y los hombres constantemente son exhortados a una obediencia sencilla y sincera; ya que, en fin, nada se oye más que lo que tiende a promover la santificación de Su nombre, ¿qué causa tienen los que se llaman a sí mismos cristianos para combatirnos tan tenazmente? Primero, amando las tinieblas antes que la luz, no pueden tolerar el rigor con que (como el deber nos llama) reprendemos las idolatrías enormes que se ven por todo el mundo. Cuando Dios es adorado por imágenes, cuando un culto inventado es instituido en Su nombre, cuando oraciones se hacen a las imágenes de santos, y honores divinos se ofrecen a huesos de hombres muertos, contra éstas y otras abominaciones semejantes protestamos, describiéndolas en sus colores verdaderos. Por esta causa, los que odian nuestra doctrina nos vituperan, y nos representan como herejes que se han atrevido destruir el culto de Dios tal como fue aprobado antiguamente por la Iglesia. Con respecto a este nombre de *iglesia*, de que siempre ellos hacen alarde como si fuese una clase de escudo, hablaremos en breve. Entre tanto, ¡cuán perverso es, cuando estas corrupciones abominables son manifiestas, no sólo para ser defendidas, sino también para encubrir

su deformidad, fingiendo desvergonzadamente que pertenecen al culto genuino de Dios!

Ambos partidos confiesan, que en la vista de Dios la idolatría es un crimen execrable. Pero cuando atacamos el culto de las imágenes, nuestros adversarios inmediatamente se oponen para apoyar el crimen que con nosotros habían condenado verbalmente. Y aún – lo que es más ridículo – después de concordar con nosotros en cuanto al término en griego, no han tardado en traducirlo al latín cuando su oposición empieza. Pero defienden tenazmente el culto de las imágenes, aunque condenan la idolatría – hombres ingeniosos que niegan que el honor que ellos tributan a las imágenes sea adoración; como si al compararlos con los idólatras antiguos fuera posible ver alguna diferencia entre ellos. Aquellos pretendían que adoraban a los dioses celestiales, aunque por medio de figuras corpóreas los representaban. ¿Qué más quieren pretender estos? Pero, ¿aceptará Dios tales excusas? ¿Dejaron los profetas de reprender la locura de los egipcios, cuando (de los misterios secretos de su teología) hacían distinciones sutiles para escudarse a sí mismos? También, ¿qué suponemos que la serpiente de bronce (quien los judíos adoraron) pudo haber sido sino algo que ellos honraban como una representación de Dios? «Los Gentiles,» dice San Ambrosio (en el Salmo 118), «adoran el leño, porque ellos piensan que es una imagen de Dios, mientras que la imagen invisible de Dios no está en aquello que se ve, sino particularmente en lo que no se ve». Y ¿qué es lo que se hace hoy en día? ¿Acaso ellos mismos no se postran ante las imágenes como si Dios estuviese presente en ellas? ¿Acaso no atan el poder y la gracia de Dios a los cuadros y a las estatuas, y acuden a ellas cuando desean orar?

Todavía no me he referido a las supersticiones más vulgares, aunque estas no se limitan a la gente ignorante, ya que son aprobadas por el consentimiento público. Adornan sus ídolos ahora con flores y

guirnaldas, ahora con mantos, con chalecos, con bolsas, y con frivolidades de toda clase. Encienden velas y queman incienso ante ellas, y las llevan sobre sus hombros en procesión solemne. Cuando ellos oran a la imagen de San Cristóbal o Santa Bárbara, susurran el Padrenuestro y la salutación de los ángeles. Cuanto más hermosas o más tétricas ⁷ son las imágenes, cuanto más grande debe ser su excelencia. A esto se agrega una nueva recomendación de milagros legendarios: por ejemplo, que algunos de estos santos pretenden haber hablado, que otros han extinguido un fuego en la iglesia con los pies, que otros han bajado del cielo. Mientras que el mundo entero está lleno de estos y otros engaños semejantes (y el hecho es perfectamente notorio), nosotros que hemos vuelto el culto de Dios a la regla de Su Palabra, nosotros que somos inocentes en esto, y que hemos purificado nuestras iglesias, no sólo de idolatría sino también de superstición — somos acusados de violar el culto de Dios porque hemos desechado el culto de las imágenes (es decir) *idolatría* como nosotros le llamamos, pero como nuestros adversarios le quieren llamar, *idolodulia*.

⁷ Tenemos aquí un juego de palabras que Calvino hace de las palabras latinas, «*formosae*» y «*fumosae*».

Otra traducción sería, *bonitas o macabras*. [N. del T.] 

Pero, aparte de los testimonios claros que se encuentran a través de toda la Escritura, tenemos también el apoyo de la autoridad de la Iglesia antigua. Todos los escritores de una época más pura describen el abuso de imágenes entre los gentiles como algo no muy diferente de lo que se ve en el mundo hoy día; y sus observaciones sobre el tema no son menos aplicables a la edad presente de lo que lo fue a las personas a quienes en ese entonces condenaban.

En cuanto a la acusación que traen contra nosotros por desechar las imágenes, así como los huesos y las reliquias de los santos, podemos responder fácilmente. Pues ninguna de estas cosas debía ser estimada más que la serpiente de bronce, y las razones para

eliminarlas no fueron menos válidas que las de Ezequías en deshacer la serpiente. Es una cosa cierta que la *idolomania*, con que las mentes ahora son seducidas, no pueden ser curadas de otro modo que al retirar físicamente la fuente de su furor y locura. Y hemos experimentado lo suficiente la verdad absoluta de la opinión de San Agustín (Epístola 49) — «Ningún hombre ora ni adora contemplando una imagen sin estar convencido con la idea que lo está escuchando». Y de igual manera (en referencia al Salmo 115:4) «Las imágenes, porque tienen boca, ojos, oídos, y pies, son más eficaces en engañar un alma infeliz en vez de corregirla, porque ni hablan, ni ven, ni oyen, ni andan». También, «El efecto arrancado a la fuerza por la forma externa es, que el alma que vive en un cuerpo, piensa que un objeto corporal que ve tan parecido al suyo propio debe tener poderes semejantes de percepción».

En cuanto al asunto de reliquias, es casi increíble cuán descaradamente el mundo ha sido engañado. Puedo mencionar tres reliquias de la circuncisión de nuestro Salvador; igualmente catóricamente tres clavos que son exhibidos por los tres con que fue clavado en la cruz; tres mantos por aquél que los soldados echaron suertes; dos inscripciones que fueron colocadas sobre la cruz; tres lanzas con las que el lado de nuestro Salvador fue traspasado, y alrededor de cinco piezas de ropa de lino con que envolvieron su cuerpo en la tumba. Además, ellos muestran todos los artículos usados en la Santa Cena, y un número infinito de necesidades semejantes. No hay santo de ninguna celebridad de quien ni dos ni tres cuerpos no estén en existencia. Puedo nombrar el lugar donde un pedazo de piedra pómez fue tenido en alta veneración por ser el cráneo de Pedro. La decencia no me permitirá que mencione exhibiciones más detestables. Injustamente, por lo tanto, somos culpados por haber procurado purificar la Iglesia de Dios de tales contaminaciones.

Con respecto al culto de Dios, nuestros adversarios luego nos acusan porque (omitendo las prácticas huecas y no menos descabelladas que tienden sólo a la hipocresía) adoramos a Dios en una manera más sencilla. Que en ninguna manera hemos disminuido del culto espiritual de Dios, es atestiguado por los hechos. Al contrario, cuando cayó en gran medida en olvido, nosotros lo hemos restaurado a sus derechos anteriores. Veamos ahora si la queja que se levanta contra nosotros es justa. Con respecto a la doctrina, yo sostengo que nuestra causa es común con los profetas. Porque, después de la idolatría, no hay nada por lo cual ellos reprendan más severamente al pueblo que por imaginarse erróneamente que el culto de Dios consistía en ritos externos. Porque, ¿cuál es la suma de sus declaraciones? Que Dios ni habita en ceremonias, ni pone valor alguno en ellas, si se consideran sólo en sí mismas; sino que Él mira a la fe y a la sinceridad del corazón; y que el único fin por el cual Él las ordenó, y las aprueba, es para que puedan ser ejercicios limpios de la fe, de la oración, y de la alabanza. Los escritos de todos los profetas están repletos de confirmaciones sobre este punto. Como he observado, no había otra cosa en que tanto ellos insistieran más como en ésta.

Ahora bien, no se puede (sin ser acusados de insolencia) negar que cuando nuestros reformadores aparecieron, el mundo nunca había estado, como entonces, herido con esta ceguera. Por lo tanto, fue necesario constreñir a los hombres con estas reprensiones proféticas, y apartarlos, como a la fuerza, de esa locura, para que ya no siguiesen imaginándose que Dios se satisfacía con ceremonias huecas, como con juegos de niños. Había una necesidad semejante para abogar a favor de la doctrina del culto espiritual de Dios – una doctrina que casi había desaparecido de las mentes de los hombres. Que ambas de estas cosas las hemos efectuado fielmente en tiempos atrás, y que todavía lo hacemos, nuestros escritos y nuestros sermones lo demuestran claramente.

Al lanzar invectivas contra las ceremonias mismas, y también en abrogar una gran parte de ellas, confesamos que hay cierta diferencia entre nosotros y los profetas. Ellos lanzaban invectivas contra sus compatriotas porque estos restringían el culto de Dios a ceremonias externas; pero aun contra ceremonias que Dios mismo había instituido; nosotros nos quejamos que el mismo honor se rinde a frivolidades inventadas por hombres. Ellos — mientras que condenaban la superstición — dejaban sin tocar una multitud de las ceremonias que Dios había impuesto, y que eran útiles y apropiadas para una edad de tutela; nuestro trabajo ha sido corregir numerosos ritos que se habían metido por descuido, o vueltos a mal uso, y que, además, sin razón alguna fueron aceptados con el tiempo. Porque (si no deseamos revolver todo en confusión) nunca debemos perder de vista la distinción entre la dispensación [testamentaria] antigua y la nueva, y el hecho que las ceremonias — cuya práctica fue útil bajo la ley — son ahora no sólo superfluas sino también repugnantes y absurdas.

Cuándo Cristo estaba todavía ausente y aun no se había manifestado, las ceremonias (que lo prefijaban de antemano) abrigaban la esperanza de Su venida en el seno de los creyentes; pero ahora que Su gloria está presente y visible, éstas sólo la oscurecen. Y vemos lo que Dios mismo ha hecho. Porque esas ceremonias que Él había ordenado por un tiempo, ahora Él las ha abrogado para siempre. Pablo nos da la razón: primero, que ya que el cuerpo se ha manifestado en Cristo, los tipos, por supuesto, han sido retirados; y en segundo lugar, que Dios ahora se complace en instruir Su Iglesia de una manera diferente (Gal. 4:5; Col. 2:4, 14, 17). Entonces, ya que Dios ha libertado su Iglesia de la servidumbre que Él había impuesto sobre ella, yo pregunto, ¿puede haber algo más perverso como el que los hombres introduzcan una nueva en el lugar de la antigua? Ya que Dios ha prescrito una cierta administración,

¡cuán arrogante sería establecer una que es contraria a ella, y abiertamente repudiada por Él!

Pero lo peor de todo es, que aunque Dios tan a menudo ha prohibido estrictamente todo tipo de culto imaginado por los hombres, el único culto que se le ha rendido ha consistido en invenciones humanas. Entonces, ¿qué fundamento tienen nuestros enemigos para vociferar que en este asunto nosotros hemos arrojado la religión a los vientos? Primero, no hemos puesto ni un dedo en nada que Cristo estime de valor, cuando Él declara que es vano adorar a Dios con tradiciones humanas [Mat. 15:9]. Aquello, quizás, hubiera sido más tolerable si el único resultado hubiera sido que los hombres empleaban sus fuerzas en una adoración infructuosa; pero, como he observado, Dios en muchos pasajes prohíbe cualquier nuevo culto que Su Palabra no ha autorizado; como Él mismo declara que Él se ofende gravemente con el atrevimiento que inventa semejante culto, y lo amenaza con un castigo severo, está claro que la reforma que hemos introducido fue requerida por una grandísima necesidad.

Yo no ignoro lo difícil que es persuadir al mundo que Dios rechaza e incluso que abomina todo lo relacionado a Su culto que es inventado por el razonamiento humano. El engaño sobre este punto se debe a varias causas: «Cada uno estima mejor lo que es suyo propio,» como lo expresa el viejo proverbio. De ahí que lo que nace de nuestro propio cerebro nos da mayor deleite; y además, como Pablo admite, este culto inventado a menudo presenta cierta forma de sabiduría (Col. 2:23). Entonces, como en su mayor parte tiene un esplendor externo que complace al ojo, es más agradable a nuestra naturaleza carnal, que aquel que Dios solo requiere y aprueba, pero que es menos espectacular. Pero no hay nada que ciega tanto los entendimientos de los hombres, y que los engañe en sus juicios en este asunto, como es la hipocresía. Porque —aunque es necesario a los verdaderos adoradores dar su corazón y mente — los hombres

están siempre deseosos de inventar una manera de servir a Dios que es de una descripción totalmente diferente, su intención siendo en ofrecerle ciertas ceremonias externas, y reservar su mente para sí mismos. Además, se imaginan que cuando ellos le imponen ceremonias externas han evadido con esta artimaña la necesidad de entregarse a sí mismos. Y esta es la razón por la que ellos se someten a ceremonias innumerables que miserablemente los fatigan sin medida y sin fin, y porque ellos escogen vagar en un laberinto perpetuo, antes que adorar a Dios simplemente en espíritu y en verdad.

Es una calumnia perversa, entonces, en nuestros enemigos de acusarnos que atraemos a los hombres con simplezas y favores. Pues si se ofreciese la opción, no hay nada que el hombre carnal no preferiría hacer antes que consentir adorar a Dios tal como lo prescribe nuestra doctrina. Es fácil usar las palabras *fe* y *arrepentimiento*, pero las cosas a que se refieren son muy difíciles de efectuar. Por lo tanto, aquel hace que el culto de Dios consista en éstas cosas, de ninguna manera va aflojar las riendas de la disciplina, sino que va obligar a los hombres tomar el curso que ellos tienen mucho temor en tomar. De este tenemos pruebas suficientes de los hechos. Los hombres se van a restringir a sí mismos por numerosas leyes severas, a imponerse numerosas ceremonias penosas, a llevar un yugo inflexible y pesado; en pocas palabras, no va a haber molestia a la que ellos no se sometan, siempre y cuando no haya mención del corazón. De ahí, se ve que no hay nada que la mente humana repudie tanto como aquella verdad espiritual que es el tema constante de nuestros sermones, y nada con que más se fascine que aquellas espléndidas y deslumbrantes ceremonias en que nuestros adversarios insisten tanto. La Majestad misma de Dios nos obliga a decir que no podemos retirarnos completamente de su servicio. Por lo tanto, como no podemos evadir la necesidad de adorarlo, nuestro único rumbo que nos queda es

buscar substitutos indirectos para no ser obligados a venir directamente a Su presencia —o más bien (por medio de ceremonias externas, como máscaras de fingimiento) ocultar la maldad interna del corazón; y para no ser forzados en rendir tal servicio, interponemos prácticas externas como paredes divisorias. Es con el mayor desafecto que el mundo se deja ser alejado de tales subterfugios como éstos; y de ahí nace la protesta contra nosotros por haberlos sacado a la plena luz del día, fuera de sus lugares de escondrijos, donde ellos tranquilamente jugaban con Dios.

[\[volver\]](#)

Reforma de la oración

En la oración, hemos corregido tres cosas. Al desechar la intercesión de los santos, hemos vuelto los hombres a Cristo, para que el los aprendan a invocar al Padre en Su Nombre, y confíen en Él como Mediador; y les hemos enseñado a orar, primero, con una confianza firme y sólida, y en segundo lugar, también con el entendimiento, en vez de seguir como antes, cuchicheando oraciones confusas en una lengua desconocida. Aquí se nos ataca con reproches amargos como si actuásemos desdeñosamente hacia los santos, y como si defraudásemos a los creyentes de un privilegio inapreciable. Ambos cargos negamos.

Pues, ningún daño se hace a los santos el no permitir que se les atribuya el oficio de Cristo, y no hay honor alguno que les privemos, salvo aquel que les fue concedido incorrecta y atrevidamente por el error humano. No mencionaré nada que no pueda ser señalado con el dedo. Primero, cuándo los hombres están a punto de orar, se imaginan que Dios está a una gran distancia, y que ellos no pueden tener acceso a Él sin la guía de algún santo patrón. Pues esta falsa opinión no solo es común entre los ignorantes e indoctos, pero

también la sostienen aun aquellos supuestos líderes de los ciegos. Luego, al buscar estos santos patrones, cada uno sigue su propia imaginación. Uno escoge a María, otro a Miguel, otro a Pedro. Muy raramente es Cristo honrado con un lugar en la lista. Al contrario, es difícil hallar uno entre cien que no se maravillase (como ante algún nuevo prodigio), si oyese que Cristo es llamado como un intercesor. Por lo tanto, pasando por alto a Cristo, todos confían en la ayuda de los santos. Luego la superstición se infiltra aún más y más, hasta el punto de invocar a los santos que los mezclan con Dios. Admito, ciertamente, que cuando quieren hablar más claramente, todo lo que piden de los santos es que los ayuden ante Dios con sus oraciones. Pero con más frecuencia, confundiendo esta distinción, en un tiempo se dirigen y suplican a Dios, y en otro a los santos, según el impulso del momento. Antes bien, a cada santo se le asigna una función especial. Uno da la lluvia, otro da buen tiempo, uno sana de la fiebre, otro del naufragio. Pero, sin mencionar nada de éstos engaños profanos y paganos que prevalecen por todas partes en las iglesias, ésta impiedad puede bastar por todas, tanto que el gran cuerpo de la humanidad, al invitar intercesores de este parte y de aquella, ignoran a Cristo, el único a quien Dios ha presentado, y confían menos en la protección Divina que en la ayuda de los santos.

Pero nuestros acusadores — aún aquellos que tienen más consideración a la equidad — nos condenan exageradamente por haber desechado completamente de nuestras oraciones la mención de santos que han muerto. Pero, ¿me podrían decir ellos en dónde, según su opinión, yace el pecado de cumplir fielmente la regla establecida por Cristo, el Maestro Supremo, y por los Profetas y Apóstoles; y no dejar fuera lo que el Espíritu Santo ha enseñado en las Escrituras, o los siervos de Dios que han hecho desde del principio del mundo hasta los días de los apóstoles? Es difícil encontrar un tema en que el Espíritu Santo prescriba con mayor cuidado que en el método apropiado de la oración; pero no hay ni

una sílaba que nos enseñe acudir a la ayuda de los santos muertos. Muchas de las oraciones ofrecidas los por creyentes aun existen. En ninguna de ellas se halla un solo ejemplo de tal práctica.

Es cierto que a veces los israelitas rogaban a Dios que recordara a Abraham, Isaac, y Jacob, y David igualmente. Pero todo lo que ellos querían dar a entender con tales expresiones era, que Él tuviese en mente el pacto que Él había hecho con ellos, y que bendijese su posteridad según Su promesa. Porque estos santos patriarcas habían recibido en su propio nombre, y en el de su posteridad el pacto de gracia, que al final sería ratificado en Cristo. Por consiguiente, los fieles de la iglesia israelita no buscaban (por la mención de los patriarcas) la intercesión de los muertos, sino que simplemente apelaban a la promesa que había sido depositada con ellos hasta que se ratificase completamente en la mano de Cristo. Entonces, ¿cuán extravagante y obstinado es abandonar la forma de oración que el Señor encomendó, e introducir — sin ningún mandato, y sin ningún ejemplo — en la oración, la intercesión de los santos?

Pero para concluir brevemente este punto, me apoyo en la declaración de Pablo, que ninguna oración es genuina que no proceda de la fe, y que esa fe viene por la Palabra de Dios (Rom. 10:14). En estas palabras, si no me equivoco, él ha indicado claramente que la Palabra de Dios es el único fundamento seguro para la oración. Y mientras él dice en otra parte, que cada acción de nuestras vidas debe ser precedida por la fe — esto es, por una convicción firme, él muestra que esto es particularmente necesario en la oración, mucho más que en cualquier otro ejercicio. Sin embargo, esto es todavía más apropiado cuando declara que la oración depende de la Palabra de Dios. Porque es como si él hubiera prohibido a todo hombre abrir la boca hasta el momento en que Dios pusiese palabras en ellos. Este es nuestro muro de bronce, que todos los poderes del infierno procurarán en vano derribar.

Entonces, ya que existe un mandato claro para invocar solamente a Dios; puesto que se nos propone un Mediador (cuya intercesión debe apoyar nuestras oraciones), puesto que se ha agregado, además, una promesa que cualquier cosa que pidamos en el nombre de Cristo la recibiremos; los hombres nos deben perdonar si seguimos la verdad cierta de Dios en preferencia a sus invenciones frívolas. Ciertamente les corresponde a los que, en sus oraciones, introducen la intercesión de los muertos para ser mejor ayudados en obtener lo que piden, que demuestren una de dos cosas: o que ellos así han sido enseñados por la Palabra de Dios, o que los hombres tienen libertad para orar como a ellos les plazca. Pero con respecto a lo primero, está bien claro que ellos carecen de autoridad de las Escrituras, así como de cualquier ejemplo aprobado [por Dios] de tal intercesión; mientras que en cuanto a lo segundo, Pablo declara que ninguno puede invocar a Dios salvo los que han sido enseñados por Su Palabra a orar. En esto depende la confianza con que las mentes piadosas deben ser provistas y saturadas cuando se acercan a la oración.

El mundo hace ruegos a Dios, pero entre tanto duda si será oído. Pues ni se fía de la promesa, ni se apercibe del poder de lo que significa tener un Mediador por quien podría obtener ciertamente lo que pide. Además, Dios nos manda acercarnos a Él libres de toda duda, (Mat. 21:22). Por consiguiente, la oración que procede de una fe verdadera recibe el favor de Dios; mientras que la oración acompañada con desconfianza más bien lo enajena de nosotros. Pues esta es la marca apropiada que distingue entre una invocación genuina y las oraciones profanas y confusas de los paganos. Y, ciertamente, donde la fe está ausente, la oración deja de ser adoración ofrecida a Dios. Es a esto que Santiago se refiere cuando él dice, *«Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pídale con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la*

onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.» (Sant. 1:5,6). No es sorprendente ver que quien no tiene parte en Cristo, el Mediador verdadero, así fluctúa en incertidumbre y desconfianza. Porque, como Pablo declara, es por Cristo solamente que tenemos seguridad y acceso con confianza al Padre (Rom. 5:2, Efe. 3:12). Por lo tanto, hemos enseñado a los hombres cuando son traídos a Cristo ya no dudar ni titubear en sus oraciones — como estaban acostumbrados hacer — sino descansar seguros en la Palabra del Señor, la cual, cuando penetra una vez en el alma, aparta lejos de ella toda incertidumbre que es contraria a la fe.

Queda por indicar el tercer defecto en la oración, que dije que hemos corregido. Mientras que los hombres oraban generalmente en una lengua desconocida, nosotros les hemos enseñado a orar con el entendimiento. Cada hombre, por consiguiente, es enseñado por nuestra doctrina a conocer, cuando él ora en privado, que es lo que él le pide a Dios, mientras que las oraciones públicas en nuestras iglesias son adaptadas de modo que sean entendidas por todos. Y es el dictado de la razón natural que debe ser así, incluso si Dios no hubiera dado precepto sobre el tema. Porque el propósito de la oración es hacer a Dios el testigo consciente de nuestras necesidades, y como si fuese derramar nuestros corazones ante Él. Pero no hay cosa que esté más en desacuerdo con este propósito, que mover la lengua sin pensamiento y sin inteligencia. Y sin embargo, a tal grado de absurdidad aconteció que el orar en lengua común casi fue considerado como una ofensa contra la religión. Puedo mencionar a un arzobispo que amenazó con encarcelamiento y con los castigos más atroces, aquella persona que repitiese el *Padrenuestro* en voz alta en cualquier idioma que no fuese en latín. Sin embargo, la creencia general era que no importaba en qué idioma un hombre oraba en casa, siempre y cuando él tuviese lo que era llamado como intención final dirigida a la oración; pero que en las iglesias la

dignidad del servicio requería que el latín debía ser el único idioma en el que las oraciones se formularan.

Como ya he observado, es semejante a una monstruosidad en esto al tener comunicación con Dios en sonidos que salen de la lengua sin significado alguno. Aun si Dios no declarara su disgusto, la naturaleza misma, sin ningún guía, la rechaza. Además, es fácil inferir del curso entero de las Escrituras cómo Dios abomina profundamente tal invención. En cuanto a las oraciones públicas de la Iglesia, las palabras de Pablo son claras —el indocto no puede decir «Amén» si la bendición es pronunciada en una lengua desconocida (1 Cor.14:16). Y esto lo hace más extraño, que los que introdujeron primero esta práctica perversa, por último tuvieron el descaro en mantener, que aquella misma cosa que Pablo considera como inefablemente absurda contribuía a la excelencia de la oración. El método por el cual, en nuestras iglesias, todos en común oran en la lengua corriente, y tanto los hombres como las mujeres cantan juntos los Salmos, nuestros adversarios pueden ridiculizarlos si quieren, siempre y cuando el Espíritu Santo nos de testimonio del cielo; mientras que Él repudia los sonidos confusos y sin sentido que son pronunciados en otras partes.

[\[volver\]](#)

Reforma de la doctrina de salvación

En la segunda rama principal de doctrina, que trata con el fundamento de la salvación, y el método de obtenerla, muchas cuestiones se hallan envueltas. Porque, cuando le decimos a un hombre que busque la justicia y la vida fuera de él mismo (es decir, solamente en Cristo, porque él no tiene nada en sí mismo sino pecado y muerte), surge una controversia inmediatamente con referencia a la libertad y facultad de la voluntad. Porque, si el

hombre tiene alguna capacidad propia para servir a Dios, él no obtiene la salvación enteramente por la gracia de Cristo, sino que en parte se la concede a sí mismo. Por otro lado, si toda salvación se atribuye a la gracia de Cristo, al hombre nada le queda, no tiene virtud propia por la cual él pueda ayudarse a sí mismo para conseguir la salvación. Pero aunque nuestros adversarios conceden que el hombre, en cada acción buena, es ayudado por el Espíritu Santo, no obstante ellos reclaman para él una parte en la operación. Esto hacen ellos porque no aperciben cuán profunda es la herida que fue infligida en nuestra naturaleza por la caída de nuestros primeros padres.

Sin duda, ellos concuerdan con nosotros en abrazar la doctrina del pecado original, pero modifican más adelante sus efectos, sosteniendo que las facultades del hombre sólo han sido debilitadas, pero no depravadas enteramente. Su opinión, por consiguiente, es que el hombre contaminado con la corrupción original, como consecuencia de la debilitación de sus facultades ha sido hecho incapaz de actuar bien; pero que (para ser ayudado por la gracia de Dios) él tiene algo propio y de sí mismo que él puede contribuir.

De nuevo — aunque no negamos que el hombre actúa espontáneamente y de su libre voluntad — cuando él es guiado por el Espíritu Santo sostenemos que toda su naturaleza se halla tan depravada que de sí mismo él no posee habilidad alguna para actuar bien. Por lo tanto, hasta aquí disentimos de los que se oponen a nuestra doctrina, que mientras que ellos ni humillan al hombre lo suficiente, ni elevan debidamente la bendición de la regeneración, nosotros lo derribamos completamente para que él puede llegar a estar consciente de su incapacidad total con respecto a la justicia espiritual y aprender a buscarla, no parcialmente, sino completamente en Dios. A algunos jueces irrazonables, les parecemos, quizás, que llevamos el asunto demasiado lejos; pero no

hay nada absurdo en nuestra doctrina, o que esté en oposición con la Escritura o con el consentimiento general de la Iglesia antigua. Aun más, podemos confirmar sin dificultad nuestra doctrina al pie de la letra con lo que dice San Agustín; y, por consiguiente, aquellos que son de otra manera enemigos a nuestra causa pero con un juicio un poco más sano, no se atreven a contradecirnos en este punto. Es cierto, como ya he observado, que diferimos de otros sólo en esto: que al convencer al hombre de su pobreza e impotencia, lo instruimos más eficazmente en la verdadera humildad, dirigiéndolo a renunciar toda confianza en sí mismo, y que se acoja enteramente en Dios; y, en manera semejante, lo instruimos más eficazmente en gratitud, dirigiéndolo a atribuir (como en verdad debería hacerlo) toda cosa buena que él posee a la bondad de Dios. Ellos, por otro lado intoxicándolo con una opinión perversa de su propia virtud precipitan su ruina, hinchándolo con una arrogancia impía contra Dios, a quien le atribuye la gloria de su justificación no en mayor grado que a sí mismo. A estos errores ellos agregan un tercero: esto es, que en todas sus discusiones con respecto a la corrupción de la naturaleza humana, generalmente se detienen en los deseos carnales más vulgares, sin tocar las enfermedades más profundas y mortales; y de ahí es que los que son instruidos en su escuela se excusan a sí mismos fácilmente los pecados más asquerosos, como si no fuesen pecados, siempre y cuando estén ocultos.

La siguiente pregunta trata con el valor y mérito de las obras. Rendimos a las buenas obras su elogio debido, y no negamos que Dios les reserva una recompensa; pero tomamos tres excepciones, en las cuales todo el resto de nuestra controversia gira con respecto a la obra de salvación.

Primero, mantenemos, que cualesquiera que sea la descripción de cualquier obra humana, el hombre es considerado como justo ante Dios simplemente por sostenerse en la misericordia gratuita; porque

Dios (sin ninguna consideración a obra alguna) lo adopta gratuitamente en Cristo, imputándole la justicia de Cristo, como si fuera suya propia. Esto llamamos la justicia de la fe: esto es, cuando un hombre despojado y vaciado de toda confianza en las obras, se siente convencido que el único fundamento para ser aceptado por Dios es una justicia que él mismo carece, y que se obtiene en Cristo.

El punto en que el mundo siempre se extravía (pues este error ha prevalecido casi en toda época) es en imaginarse que el hombre, sin importar lo deficiente que pueda ser parcialmente, aún en algún grado él merece el favor de Dios por sus obras. Pero la Escritura declara, *«Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas»* [Gal. 3:10]. Bajo esta maldición, por necesidad se hallan todos aquellos que son juzgados por sus obras — sin eximir a nadie más que a los que renuncian completamente toda confianza en sus obras, y se revisten de Cristo para que puedan ser justificados en Él por una aceptación gratuita de Dios.

El fundamento de nuestra justificación, por lo tanto, es que Dios nos reconcilia a sí mismo, sin tomar en cuenta nuestras obras sino solamente a Cristo; y por una adopción gratuita, en vez de hijos de ira, nos hace sus propios hijos. Así que mientras Dios mira a nuestras obras, Él no ve razón alguna por la que Él debería amarnos. Por consiguiente, es necesario que nuestros pecados sean sepultados, y que nos impute la obediencia de Cristo (porque Su obediencia es la única que puede sostenerse ante su juicio), y nos adopte como justos por Sus méritos. Esta es la doctrina clara y uniforme de la Escritura, «testificada» como Pablo dice, «por la ley y por los profetas» (Rom. 3:21); y explicada así por el Evangelio, de tal manera que una luz más clara no puede ser deseada. Pablo contrasta la justicia de la ley con la justicia del Evangelio, poniendo la primera bajo las obras, y la segunda bajo la gracia de Cristo (Rom. 10:5, etc.). El no la divide en

dos partes, dándole a las obras una, y a Cristo la otra; sino que la atribuye a Cristo enteramente: que somos juzgados justos ante los ojos de Dios.

Hay aquí dos cuestiones: *primero*, si la gloria de nuestra salvación puede dividirse entre nosotros y Dios: y *segundo*, si ante los ojos de Dios, nuestra conciencia puede poner cualquier confianza con seguridad en las obras. En la primera pregunta, el dictamen de Pablo es: que toda boca «se cierre, y que todo el mundo sea hallado culpable ante Dios». «*Todos han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús;*» y eso «*para declarar su justicia a fin de que Él sea el justo, y el que justifica al que cree en Jesús*» (Rom. 3:19, etc.). Nosotros seguimos simplemente esta definición, mientras que nuestros adversarios sostienen que el hombre no es justificado por la gracia de Dios en ningún sentido que no se retenga lugar para reconocer sus propias obras.

En la segunda cuestión, Pablo razona así: «*Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa.* » De ahí él concluye que «*es por fe,*» «*a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia,*» (Rom. 4:14, 16). Y de nuevo, «*siendo justificados pues por la fe tenemos paz para con Dios,*» (Rom. 5:1) y sin más terror ante su presencia. Y él [Pablo] da a entender que todos sienten en su propia experiencia, que nuestras conciencias estarán en una inquietud e incertidumbre perpetuas, mientras que busquemos la protección de nuestras obras, y que disfrutaremos una tranquilidad serena y plácida sólo entonces cuando hayamos acudido a Cristo como el único refugio de la verdadera confianza. Nosotros no agregamos nada a la doctrina de Pablo; pero aquel titubeo inquieto de conciencia que él considera como absurdo, es puesto por nuestros adversarios entre los axiomas principales de su fe.

La segunda excepción que tomamos trata con la remisión de pecados. Nuestros adversarios —incapaces de negar que los hombres durante toda su vida caminan titubeando y frecuentemente aún caen — son obligados quieran o no a confesar que todos necesitan perdón a fin de proveerles su necesidad de justicia. Pero luego se les ocurren satisfacciones imaginarias por medio de las cuales los que han pecado vuelven a comprar el favor de Dios. En esta clase colocan primero contrición y luego buenas obras las cuales les llaman obras de supererogación, y castigos que Dios inflige sobre pecadores. Pero, como aún están conscientes de que estas compensaciones no llegan a la medida justa que se requiere, invocan la ayuda de una nueva especie de satisfacción de otra parte, a saber «el beneficio de las llaves». Y dicen que por las llaves el tesoro de la Iglesia es abierto, y lo que nosotros mismos carecemos es suministrado por los méritos de Cristo y de los santos.

Nosotros, al contrario, mantenemos que los pecados de los hombres son perdonados gratuitamente, y no reconocemos otra satisfacción que la que Cristo logró cuando por el sacrificio de su muerte Él expió nuestros pecados. Por lo tanto, nosotros predicamos que es solamente la redención de Cristo que nos reconcilia con Dios, y que ninguna otra compensación es tomada en cuenta, porque nuestro Padre celestial satisfecho con la única expiación de Cristo ya nada requiere de nosotros. En las Escrituras tenemos la prueba clara de esta nuestra doctrina, que ciertamente no debía ser llamada nuestra sino de la Iglesia Católica [Universal]. Pues el único método de recobrar el favor divino, declarado por el apóstol es que *«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.»* (2 Cor. 5:21). Y en otro pasaje, donde él habla de la remisión de pecados, declara que por esto la justicia sin obras nos es imputada (Rom. 6:5). Nosotros, por lo tanto, enérgica pero sinceramente sostenemos que la idea de nuestros adversarios en merecer reconciliación con Dios y pagar las penas

debidas a su justicia por medio de satisfacciones, es una blasfemia execrable, puesto que destruye la doctrina que Isaías declara con respecto a Cristo — que «*el castigo de nuestra paz fue sobre él*» (Isaías 53:5).

La absurda invención con respecto a las obras de supererogación desechamos para muchas razones; pero hay dos que tienen más que peso suficiente — la una, que es imposible tolerar la idea de que el hombre puede hacer más para con Dios de lo que él debe hacer; y la otra, que como por el término de supererogación, ellos en la mayor parte entienden actos voluntarios de culto que su propio cerebro ha inventado y que se los imponen a Dios, es trabajo y esfuerzo perdidos en tanto que tales actos están muy lejos de ser tenidos como expiaciones que apacigüen la ira divina. Además, el mezclar la sangre de Cristo con la sangre de los mártires y formar de esto una mezcla diversa de méritos o satisfacciones para pagar el castigo que merece el pecado, son cosas que no hemos tolerado y que no debemos tolerar. Porque como San Agustín dice (*Tratado de Juan* 84), «Ninguna sangre de mártir alguno ha sido derramada para la remisión de pecados. Esto fue la obra de Cristo solamente, y en esta obra Él ha otorgado no algo que debemos imitar, sino una que debemos recibir con gratitud.» Con San Agustín, Leo el Grande concuerda admirablemente cuando él escribe así, (*Epístola* 81, artículo, 97) «Aunque en la vista de Dios ha sido preciosa la muerte de sus muchos santos, sin embargo la muerte de ningún hombre inocente fue la propiciación del mundo; ellos solo recibieron coronas, [pero] no las dieron, y la constancia de los fieles ha proveído ejemplos de paciencia, [pero] no dones de justicia.»

Nuestra tercera y última excepción trata con la recompensa de buenas obras. Nosotros sostenemos que no depende en el valor propio ni en el mérito [de las buenas obras] sino sólo en la benignidad de Dios. Nuestros adversarios, ciertamente, reconocen

que no hay proporción entre el mérito de la buena obra y su recompensa; pero ellos no consideran lo que es de suprema importancia en el asunto: a saber, que de las buenas obras de los creyentes nunca son puras tanto que puedan agradar sin el perdón. Ellos no consideran, digo, que siempre están contaminadas con manchas o imperfecciones, porque ellas nunca proceden de un amor puro y perfecto a Dios que es lo que se demanda por la ley. Nuestra doctrina, por lo tanto, es que las buenas obras de los creyentes están siempre desprovistas de una pureza inmaculada que pueda sostenerse ante el juicio de Dios; al contrario, cuando son juzgadas por la regla estricta de la justicia hasta cierto punto están contaminadas. Pero, cuando una vez Dios por su misericordia ha adoptado a los creyentes, Él no sólo acepta y ama a sus personas, pero también sus obras y se digna de honrarlos con una recompensa.

En una palabra, como dijimos del hombre, así podemos decir de las buenas obras —son justificadas no por su propio mérito sino por los méritos de Cristo solamente, en tanto que los defectos (que de otro modo las harían desagradables) son cubiertos por el sacrificio de Cristo. Esta consideración es de una importancia muy práctica tanto para retener a los hombres en el temor de Dios a fin de que no atribuyan a sus buenas obras aquello que procede de Su bondad paternal; y también para inspirarlos con el mejor consuelo y así prevenirlos de ceder al desánimo cuando consideran la imperfección o la impureza de sus obras recordándoles que Dios de su indulgencia paternal se complace perdonarlas.

[\[volver\]](#)

Reforma de los sacramentos

Habiendo considerado los dos puntos principales de doctrina, venimos ahora a los sacramentos en donde no hemos hecho ninguna

corrección que no podamos defender con autoridad ⁸ segura y aprobada. Mientras que se cree que siete sacramentos fueron instituidos por Cristo, nosotros hemos desechado cinco de su número y hemos demostrado que son ceremonias inventadas por los hombres a excepción del matrimonio que reconocemos haber sido ordenado verdaderamente por Dios pero no para que sea un sacramento. Tampoco es una disputa hueca cuando separamos los ritos que fueron añadidos por parte de los hombres (aunque en otros respectos no serían impíos ni inútiles) de aquellos símbolos que Cristo con sus propios labios nos entrego, y le plació dar testimonios de dones espirituales —dones a los cuales los hombres no tienen derecho de confirmar, por cuanto no están en el poder del hombre. Ciertamente no es un asunto común sellar sobre los corazones el favor sagrado de Dios, ni ofrecer a Cristo, ni dar una representación visible de las bendiciones que disfrutamos en Él. Siendo este el oficio de los sacramentos, el no hacer distinción alguna entre ellos y los ritos que los hombres inventan significa confundir el cielo con la tierra. Aquí, ciertamente, un doble error había prevalecido. Al no hacer distinción entre cosas humanas y divinas, ellos rebajaron en gran manera la Palabra sagrada de Dios sobre la cual todo el poder de los sacramentos depende, entre tanto se imaginaron erróneamente que Cristo es el autor de los ritos que no tuvieron un origen más alto que de los hombres.

⁸ El Texto latino dice «... *Dei autoritate defendere...*» o «defender con autoridad divina». ↵

De la misma manera, del bautismo hemos abrogado muchas añadiduras que fueron en parte inútiles, y en parte nocivas por su tendencia supersticiosa. Conocemos la forma del bautismo que los apóstoles recibieron de Cristo, la cual ellos practicaron durante su vida, y la cual finalmente dejaron a la posteridad. Pero la sencillez que había sido aprobada por la autoridad de Cristo y la práctica de los apóstoles no satisfizo los siglos posteriores. Por el momento no estoy debatiendo si los que agregaron después el aceite, la sal, el

escupitajo, y los lirios fueron inducidos por razones sanas. Yo sólo digo lo que todos deben saber, que a tal altura se elevó la superstición o locura, que más valor fue puesto en estas añadiduras que en la autenticidad del bautismo mismo.

Hemos procurado también desterrar la confianza absurda que se detuvo en el acto externo, y no tomó la más mínima consideración de Cristo. Porque, así en las escuelas como en los sermones, han elevado tanto la eficacia de los símbolos, que en vez de dirigir a los hombres a Cristo los han enseñado a confiar en los elementos visibles. Finalmente, hemos introducido en nuestras iglesias la costumbre antigua de acompañar la administración de los sacramentos con una explicación de la doctrina contenida en ellos, y exponer al mismo tiempo con toda diligencia y fidelidad tanto sus beneficios como su uso legítimo, para que en este sentido aún nuestros adversarios no puedan encontrar ningún fundamento de reproche. Pero no hay nada más ajeno a la naturaleza de un sacramento que poner ante las personas una ceremonia vacía, desprovista de una explicación del rito. Hay un pasaje bien conocido citado por Graciano de San Agustín: «Si la palabra está ausente, el agua no es nada más que un elemento.» El sentido del término *palabra* lo explica inmediatamente cuando dice, «Esto es, la palabra de fe que predicamos.» Nuestros adversarios, por lo tanto, no deberían pensar que es una novedad cuando desaprobamos una simple exhibición del rito. Pues esto es una separación sacrílega que invierte el orden instituido por Cristo. Otro defecto adicional en el modo de la administración, comúnmente usada en otras partes, es que lo que tienen como acto religioso no es entendido, tal como es el caso cuando se hacen conjuraciones mágicas.

Ya he observado que el otro sacramento de la Iglesia cristiana, la Santa Cena de nuestro Señor, no sólo fue corrompida sino casi fue del todo abolida. Por lo cual fue mayor nuestra labor en restaurar su

pureza. Primero, fue necesario desarraigar de las mentes de los hombres esa invención impía de sacrificio que es la fuente de muchos desvaríos. Porque, aparte de introducir un rito de *oblación* [*sacrificio*] en oposición a la institución expresa de Cristo, se había añadido una de las opiniones más pestilenciales, a saber que este acto de oblación era una expiación por el pecado. Así, la dignidad del sacerdocio que pertenecía exclusivamente a Cristo había sido transferida a los hombres mortales, y la virtud de su muerte a sus propias acciones. Y así, también, había venido a ser aplicado a favor de los vivos y de los muertos.

Por lo tanto, hemos abrogado esa expiación inventada y restaurado la comunión que había caído en gran medida en olvido. Porque (con tal que los hombres asistiesen una vez al año a la Santa Cena del Señor) ellos creían que era suficiente ser espectadores para todo el resto de ese período de lo que hacía el sacerdote, bajo pretexto, a la verdad, de administrar la Cena de Señor pero sin tener ningún vestigio de la Cena en ello. Porque ¿cuáles son las palabras del Señor? «Tomad,» dice Él, «y repartidlo entre vosotros mismos.» Pero en la misa, en vez de *tomar*, hay un fingimiento de *ofrecer*, entre tanto que no hay repartición e incluso ninguna invitación. El sacerdote (como un miembro cortado del resto del cuerpo) lo prepara solamente para él mismo. ¡Cuán inmensa es la diferencia entre las dos cosas! Además, hemos restaurado al pueblo el uso de la copa, que no sólo le fue permitida pero también le fue entregada por nuestro Señor, pero que le había sido quitada (sólo podría ser) por la sugerencia de Satanás. En cuanto a ceremonias, hay un número de ellas que hemos desechado, en parte porque habían sido multiplicadas exageradamente, en parte porque algunas se inclinaban demasiado al judaísmo, y otras — inventadas por hombres ignorantes — no concordaban con la solemnidad de misterios tan altos. Pero, concediendo que no había ningún otro mal en ellas que el que se

había metido por descuido, ¿no era razón suficiente para abolirlas viendo que el vulgo las contemplaba con un asombro imbécil?

Al condenar la invención de transubstanciación, e igualmente la costumbre de guardar y transportar el pan, fuimos movidos por una necesidad más poderosa. Primero, esto es contrario a las palabras claras de Cristo; y en segundo lugar, esto es aborrecible a la naturaleza misma de un sacramento. Porque no hay sacramento donde no hay un símbolo visible que corresponda a la verdad espiritual que lo representa. Y con respecto a la Santa Cena, lo que Pablo dice es claro: *«Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.»* (1 Cor. 10:17). ¿Dónde está la analogía o la similitud de un símbolo visible en la Cena que corresponda con el cuerpo y sangre de nuestro Señor, si no es pan que comemos ni vino que bebemos sino sólo un cierto espectro hueco que engaña los ojos? Agréguese a esta invención, una superstición peor a la que se apega perpetuamente: a saber, que los hombres se apegan a ese pedazo de pan como si fuera Dios, y lo adoran como a Dios, en la manera en la que lo hemos visto que se hace. Entre tanto que el sacramento debía haber sido un medio para levantar las mentes piadosas al cielo, los símbolos sagrados de la Santa Cena fueron abusados con un propósito totalmente diferente, y los hombres satisfechos con contemplarlos y adorarlos, nunca pensaban tan sólo una vez en Cristo.

El transportar el pan en una procesión solemne, o poniéndolo en un lugar elevado para ser adorado, son corrupciones completamente contrarias con la institución de Cristo. Pues en la Santa Cena, el Señor pone ante nosotros Su cuerpo y sangre, pero esto es para que comamos y bebamos. Por consiguiente, en primer lugar Él da la orden por la cual nos manda tomar, comer y beber; y luego Él une y entrelaza la promesa con la que testifica que lo que comemos es Su cuerpo y lo que bebemos es Su sangre. Aquellos, por lo tanto, que

mantienen separado el pan, o que lo llevan para ser adorado, viendo que separan la promesa del mandato — en otras palabras, cortan un nudo indisoluble — se imaginan, en efecto, que tienen el cuerpo de Cristo, cuando en realidad no tienen nada mas que un ídolo que ellos han inventado para sí mismos. Porque esta promesa de Cristo, por la cual Él ofrece Su propio cuerpo y sangre bajo los símbolos de pan y vino, pertenece a aquellos que solamente los reciben de Su mano para celebrar el misterio en la manera que Él ordena; por otro lado los que los transforman con su propio mano a un propósito diferente, y por consiguiente no tienen la promesa, nada les queda mas que sus propios sueños.

Finalmente, hemos revivido la práctica de explicar la doctrina y dar a conocer el significado del misterio [símbolo] al pueblo; mientras que, anteriormente, el sacerdote no solamente empleaba una lengua extraña sino que murmuraba en un cuchicheo palabras por las cuales él pretendía consagrar el pan y el vino. Aquí los que nos reprochan no tienen nada que criticar, a menos que sea esto, que hemos seguido simplemente el mandato de Cristo. Pues Él no mandó por un exorcismo implícito que el pan se convirtiese en Su cuerpo, sino que con una voz clara declaró a Sus apóstoles que Él les entregaba Su cuerpo.

Al mismo tiempo, como en el caso del bautismo, así también en el caso de la Cena de Señor, les explicamos a las personas fielmente y con el mejor cuidado que podemos su fin, eficacia, beneficios y uso. Primero, exhortamos que todos vengan con fe, para que por medio de ella puedan discernir interiormente aquello que es representado visiblemente: esto es, el alimento espiritual por el cual sólo sus almas son alimentadas para vida eterna. Sostenemos, que en esta ordenanza el Señor no promete ni representa por símbolos nada que Él no exhiba en realidad concreta. Por lo tanto, nosotros predicamos que el cuerpo y la sangre de Cristo tanto nos son ofrecidos por el

Señor en la Cena, como el que nosotros los recibamos. Tampoco enseñamos que el pan y el vino son símbolos, sin agregar inmediatamente que hay una verdad que está unida con ellos, y que ellos representan. No nos mantenemos callados en proclamar qué y cuán excelente fruto es el que de allí redunda para con nosotros, y cuán noble es la prenda de vida y salvación que nuestras conciencias reciben de esto. Ninguno — en efecto, que tenga algo de honradez — negará que con nosotros esta solemne ordenanza se expone con mucha más claridad, y su dignidad es más plenamente ensalzada de lo que se ha hecho en otra parte.

[\[volver\]](#)

Reforma del gobierno de la Iglesia

En el gobierno de la Iglesia no diferimos de otros en nada que no podamos dar una buena razón. El oficio pastoral hemos restaurado, según la regla apostólica, y según la práctica de la Iglesia primitiva, insistiendo que todos que gobiernan en la Iglesia también deben enseñar. Sostenemos que nadie puede continuar en el oficio pastoral sino los que son diligentes en cumplir con sus deberes. Al seleccionarlos, nuestro consejo ha sido, que más cuidado y espiritualidad deben ejercitarse, y nosotros hemos procurado actuar así. Es bien sabido qué clase de examen los obispos deben ejercer por medio de sus representantes, y nosotros quizás podríamos aun suponer cuál sería su naturaleza por el fruto que produce. Es innecesario observar cuántas personas perezosas e inútiles son elevadas al honor del sacerdocio por todas partes. Entre nosotros, hay algunos ministros que no tienen mucho estudio, aun así nadie es admitido si no es capaz en lo mínimo para enseñar. Que no todos sean más perfectos debe imputarse más a la calamidad de los tiempos que a nosotros. Esto, sin embargo, es y siempre será nuestra jactancia justa, que los ministros de nuestra iglesia no pueden

parecer haber sido escogidos descuidadamente si son comparados con otros. Pero mientras superamos en un grado considerable en el asunto de examen y elección, en esto sobresalimos especialmente: que ningún hombre retiene el oficio pastoral entre nosotros sin ejecutar sus deberes. Por consiguiente, ninguna de nuestras iglesias es vista en donde no está presente la predicación ordinaria de la Palabra.

Como avergonzaría a nuestros adversarios negar estos hechos, (pues en un asunto tan claro, ¿qué podrían ganar ellos con negarlo?) ellos disputan con nosotros, primero con respecto al derecho y autoridad de la ordenación, y en segundo lugar con respecto a su forma. Citan los canones antiguos, que dan la dirección de este asunto a los obispos y al clero. Alegan una sucesión continua por la cual este derecho, aún de los mismos apóstoles, se les ha transmitido. Niegan que pueda ser transferida legítimamente a otra parte. Desearía que, por su mérito, retuviesen derecho a esta posesión jactanciosa. Pero si consideramos, primero el orden en el cual por siglos los obispos han sido elevados a esta dignidad, luego la manera en la que ellos se conducen a sí mismo en ella, y finalmente la clase de personas que tienen la costumbre de ordenar, y a quiénes entregan el gobierno de iglesias, veremos que esta sucesión en que se jactan a sí mismos hace mucho tiempo que desapareció.

Los cánones antiguos requieren que aquel que va a ser recibido al oficio de obispo o presbítero tendrá que pasar previamente por un examen estricto en cuanto a su manera de vida y doctrina. Existe clara evidencia de esto entre las actas del cuarto concilio africano. Además, los magistrados y el pueblo tenían una autoridad discrecional (*arbitrium*) de aprobar o rechazar al individuo que fue nombrado por el clero, a fin de que ningún hombre fuese asignado sobre personas mal dispuestas o renuentes. «Aquel que va a presidir sobre todos,» (dice Leo, *Epístola 90*), «que sea elegido por todos;

porque, quien es designado, mientras que no es conocido ni ha sido examinado, por necesidad será impuesto a la fuerza.» Otra vez (*Epístola 87*), «Tómese en cuenta la confirmación de los dignos de honor, el apoyo del clero, y el consentimiento de los magistrados y del pueblo. La razón misma no permite otro modo de proceder.» Cipriano contiene también por la misma cosa, y verdaderamente, en términos más fuertes, afirmándolo como aprobado por autoridad Divina: que el sacerdote sea elegido en la presencia del pueblo, ante los ojos de todos, para que pueda ser aprobado como apto y digno por el testimonio de todos. Esta regla fue vigente por un corto tiempo mientras que el estado de la Iglesia era tolerable; pues las cartas de San Gregorio están repletas de pasajes que muestran que se observaba con cuidado en sus días.

Así como el Espíritu Santo en la Escritura impone sobre todo obispo la necesidad de enseñar, así también en la Iglesia antigua se habría tenido como algo monstruoso nombrar a un obispo que, por la enseñanza, no demostrase que era también pastor. Tampoco eran recibidos en el oficio pastoral con otra condición. La misma regla prevaleció con respecto a presbíteros, cada uno destinado para una parroquia particular. De ahí estos reglamentos, «Que no se envuelvan a sí mismos en asuntos seculares, que no hagan excursiones lejos de sus iglesias, que no se ausenten por mucho tiempo.» Luego fue impuesto por reglamentos sinodales, que en la ordenación de un obispo todos los demás obispos de la provincia se reuniesen, o si eso no se podría hacer en una manera conveniente, por lo menos que tres estuviesen presentes. Y el propósito de esto fue, para que ningún hombre fuese introducido a la fuerza, ni se entrometiese a escondidas, ni se insinuase por disimulo indirecto. En la ordenación de un presbítero, cada obispo admitía un concilio de sus propios presbíteros. Estas cosas, que podrían ser narradas más abundantemente, y confirmadas más exactamente en un discurso fijo, aquí sólo las menciono de paso, ya que ellas proporcionan

medios fáciles para juzgar cuanta importancia se debe rendir a este humo de sucesión [apostólica] con que nuestros obispos intentan cegarnos.

Ellos sostienen que Cristo dejó como herencia a los apóstoles, el derecho único de designar sobre las iglesias aquellos que quisiesen; y se quejan que nosotros, al ejercer el ministerio sin su autoridad, con temeridad sacrílega hemos invadido su provincia. ¿Cómo lo demuestran? Que porque han seguido en un curso continuo la línea de los apóstoles. Pero ¿será esto suficiente, cuando todo lo demás es diferente? Sería ridículo afirmarlo; sin embargo, lo afirman. En sus elecciones, no se toma en cuenta ni el estilo de vida ni la doctrina de nadie. El derecho de votar ha sido arrebatado del pueblo. Además, aún excluyendo el resto del clero, los dignatarios se han arrogado para sí mismos toda la autoridad. El Pontífice romano, también ha arrebatado esta autoridad del obispo provincial, arrogandosela sólo a él mismo. Entonces (como si ellos hubieran sido designados a un oficio secular) no hay nada en que ellos piensen menos que en el deber episcopal. En resumen, mientras ellos parecen haber entrado en una conspiración para no tener ninguna clase de semejanza ni a los apóstoles ni a los santos Padres de la Iglesia, ellos solamente se cubren a sí mismos con el pretexto de que descienden de ellos en una sucesión continua; como si Cristo lo hubiera promulgado como una ley, que sin importar la conducta de los que presiden sobre la Iglesia, tales deben ser reconocidos como los que ocupan el lugar de los apóstoles, o como si el oficio pastoral fuese alguna posesión hereditaria que se transmite tanto a los dignos como a los indignos.

Y luego, como se dice de los Milesios, han tomado las precauciones para no admitir a una sola persona digna en su sociedad; o quizás, si la han admitido sin darse cuenta, no permiten que se quede. Hablo esto de una manera general. Porque no niego que haya unos pocos hombres buenos entre ellos, que sin embargo, por temor permanecen

callados, o no son escuchados. Entonces, digo, de aquellos que persiguen la doctrina de Cristo con fuego y espada, que no permiten que ningún hombre sin ser castigado hable sinceramente de Cristo, que en toda manera posible detienen el curso de la verdad, que resisten arduamente nuestros esfuerzos para levantar la Iglesia de la condición afligida en que ellos la han reducido, que sospechan de todos los que toman un interés profundo y piadoso por el bienestar de la Iglesia, y si los mantienen fuera del ministerio, o si han sido admitidos, los echan fuera — digo, de tales personas, en verdad, se esperaría que ellos, con sus propias manos acomodasen en el oficio pastoral ministros fieles para instruir al pueblo en la religión pura.

Pero, como el sentir de San Gregorio se ha vuelto en proverbio común, que «los que abusan el privilegio merecen perder el privilegio,» ellos deben o volverse totalmente en otras personas de lo que son, escoger a tales de un tipo distinto para gobernar la iglesia, y adoptar un método diferente de elección, o deben dejar de quejarse que son incorrecta e injuriosamente despojados de lo que en justicia les pertenece. O, si les gustaría que hablase más directamente, deben obtener sus obispados por medios diferentes de los que los han obtenido hasta ahora; deben ordenar otros al oficio pastoral en una manera diferente. Y si desean ser reconocidos como obispos, deben cumplir con su deber alimentando al pueblo. Si desean retener la autoridad para nombrar y ordenar, que restauren ese examen solemne del estilo de vida y doctrina, que por mucho tiempo ha caído en desuso entre ellos. Pero esta razón singular debería ser tan buena como mil: que cualquier hombre, que por su conducta, muestra que es enemigo de la sana doctrina, cualquiera que sea el título del cual pueda mientras tanto vanagloriarse, ha perdido todo título de autoridad en la iglesia. Sabemos qué mandatos los concilios antiguos dan con respecto a herejes, y qué autoridad les dejan. Ellos ciertamente en términos claros prohíben a cualquiera de ellos solicitar ordenación. Nadie, por lo tanto, puede demandar el derecho

de ordenación, que por la pureza de doctrina no preserva la unidad de la Iglesia.

Ahora, sostenemos que los que hoy en día bajo el nombre de obispos presiden sobre iglesias, no solo no son ministros ni guardianes fieles de la sana doctrina sino que son sus enemigos más implacables.

Sostenemos que su único objetivo es desterrar a Cristo y la ver dad de su Evangelio, y dar lugar a la idolatría y a la impiedad —los errores más perniciosos y mortales. Sostenemos que, no sólo con palabras atacan con tenacidad la doctrina verdadera de la piedad sino que se enfurecen contra todo el que quiere rescatarla del olvido. ¡Contra los muchos estorbos que nos ponen en el camino, procuramos con diligencia aplicar nuestros trabajos a favor de la Iglesia; y por hacer esto, ellos protestan contra nosotros como si hiciéramos un asalto indebido a su provincia!

En cuanto a la forma o a la ceremonia de la ordenación, en verdad, es un asunto enorme que nos perturba. Porque, como nosotros no ungimos las manos de los sacerdotes, porque como no soplamos en su rostro, porque como no los vestimos en traje blanco y cosas semejantes, ellos piensan que nuestra ordenación no se lleva a cabo debidamente. Pero la única ceremonia que leemos, tal como se usaba en tiempos antiguos, era la imposición de manos. Esas otras formas son recientes, y nada tienen para ser recomendadas sino solam ente la tanta religiosidad que ahora se practica. Pero ¿qué tiene que ver esto con el asunto? En asuntos tan importantes, una autoridad más alta que una humana se requiere. Por consiguiente (tan a menudo como las circunstancias de los tiempos lo demanden) tenemos el derecho de cambiar tales ritos que los hombres han inventado sin un mandato [divino] claro, mientras que los que han sido introducidos más recientes pueden ser considerados menos. Ponen un cáliz en las manos de aquellos a quienes ordenan para se r sacerdotes. ¿Para qué? Para que ellos puedan inaugurarlos para sacrificar. Pero ¿por cuál

mandamiento? Cristo nunca impartió esta función a los apóstoles, ni jamás deseó que lo hiciesen sus sucesores. Es absurdo, por lo tanto, molestarnos sobre la forma de la ordenación en la cual no diferimos ni de la regla de Cristo, ni de la práctica de los apóstoles, ni de la costumbre de la Iglesia antigua, mientras que esa forma de ellos (la cual nos acusan de descuidar) no pueden defender por la Palabra de Dios ni por buen razonamiento, ni por apoyarse en la antigüedad.

Sobre el tema del régimen eclesiástico, hay leyes que adoptamos fácilmente que no son lazos para la conciencia, o que tienden a preservar el orden civil; pero aquellas que fueron impuestas tiránicamente para ligar las conciencias en esclavitud, o que servían más para la superstición que para la edificación, nos vimos obligados a abrogar. Ahora, nuestros enemigos primero nos acusan de hostilidad y precipitación indebida. En segundo lugar, nos acusan de enfocarnos en el libertinaje carnal, despojando el yugo de la disciplina, para darnos rienda suelta cuanto nos plazca. Pero, como ya he observado, de ninguna manera nos oponemos a guardar con reverencia cualquier regla que sea apta para asegurar que todo se haga decentemente y con orden. Por otro lado, con respecto a toda práctica que hemos abrogado, no rehusamos mostrar la causa por qué nos convino hacer así. Ciertamente no hay dificultad para demostrar que la Iglesia luchó arduamente bajo una carga de tradiciones humanas, que fue necesario (si fuese tomado en cuenta su beneficio) que esta carga debía ser disminuida.

Hay una queja bien conocida por San Agustín de la cual se lamenta como la calamidad de sus tiempos: que la Iglesia (que Dios, en su misericordia, deseaba que fuese libre) aún en ese entonces estaba tan sobrecargada, que la condición de los judíos era más tolerable (Epístola 2, *ad Januarium*). Es probable que desde ese período su número haya aumentado casi diez veces más. Las demandas rigurosas de ellas han aumentado mucho más. ¿Qué pues, si ese

santo varón ahora resucitase y percibiese la multitud innumerable de leyes bajo las cuales miserables conciencias gimen oprimidas? Y ¿qué si, por otro lado, él viese la severidad que se impone para que sean cumplidas?

Nuestros críticos, quizás, se opondrán diciendo que pudiéramos haber lamentado con San Agustín lo que nos desagradaba, pero que no deberíamos haber aplicado la mano al trabajo de corrección. Esta objeción se puede desmentir fácilmente. Pues este error pernicioso de suponer que las leyes humanas era algo que se necesitaba cumplir demanda ser corregido. Como he dicho, no negamos que las leyes decretadas para mantener el orden civil debían ser obedecidas con cuidado, pero con respecto a regir la conciencia, sostenemos que no hay legislador más que Dios. A Él solo, entonces, se le reserva esta autoridad y que Él reclama para sí mismo en muchos pasajes de la Escritura. Sin embargo, en este asunto, primero, el honor de Dios — que es impío rebajar en cualquier grado — fue derribado y luego la libertad genuina de conciencia — una libertad que (como Pablo insiste enfáticamente) no debe sujetarse a la voluntad de los hombres. Por lo tanto, como nuestro deber era librar las conciencias de los fieles de injusta esclavitud en que estaban sujetas, así hemos enseñado que ellas están libres de leyes humanas, y que esta libertad que fue comprada por la sangre de Cristo no puede ser violada. Si cualquiera piensa que tenemos culpa en esto, él debe atribuir la misma culpa a Cristo y a sus apóstoles.

Aún no menciono los otros males que nos obligaron a resistir cara a cara las tradiciones humanas. Mencionaré sólo dos, y confío que después que los haya mencionado, todo lector imparcial quedará satisfecho. El uno es, que como algunas de estas tradiciones demandaron cosas que era imposible cumplir, su único resultado fue dirigir a los hombres a la hipocresía, o a hundirlos en la desesperación; y el otro, que todos se había dado cuenta de manera

práctica lo que nuestro Salvador reprendió en los Fariseos — que habían invalidado los mandamientos de Dios con sus tradiciones.

Aquí mencionaré algunos ejemplos con los cuales esto se verá más claro.

Hay tres cosas, en particular, por las cuales se ofenden contra nosotros. Primero, que hemos dado libertad para comer carne en cualquier día. En segundo lugar, que hemos permitido el casamiento de los sacerdotes. Y tercero, que hemos rechazado la confesión secreta hecha en los oídos de un sacerdote.

Que nuestros adversarios respondan honestamente. ¿Acaso no se castigan más severamente aquellos que han gustado carne el viernes que aquellos que han vivido todo un año en un curso constante de lascivia? ¿Acaso no se tiene como un mayor delito capital en un sacerdote el casarse que ser sorprendido cien veces en adulterio? ¿Acaso no absuelven con términos más fáciles aquel que ha denigrado muchos de los preceptos divinos que aquel que quizás descuidó una vez al año confesar sus pecados en los oídos de un sacerdote? ¿Acaso no es monstruoso, pregunto, que se tenga como algo insignificante o como una ofensa ligera violar la santa ley de Dios, y que se juzgue como un crimen imperdonable transgredir los decretos de los hombres?

Esto, admito, no es nada nuevo. Porque, como ya he observado, la maldad con que nuestro Salvador acusa a los fariseos es esta, «*Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.*» (Mat. 15:6). Además, la arrogancia del Anticristo [el papado romano], de que Pablo habla, es, «*tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.* >» (2 Tes. 2:4). Porque ¿dónde queda la majestad incomparable de Dios, después que el hombre mortal se ha exaltado a tal altura que sus leyes se anteponen a los

eternos decretos de Dios? No mencionaré que un apóstol describe las prohibiciones de comer carne y de casarse como doctrinas de demonios (1 Tim. 4:1-3). Eso ciertamente ya sería suficiente malo; pero la suprema impiedad radica en poner al hombre en un grado más alto que a Dios. Si ellos niegan la verdad de mi declaración, yo apelo a los hechos.

Y ahora, ¿cómo miraremos esas dos leyes del celibato y de la confesión auricular sino como asesinos horribles de las almas? Como todo ministro de una iglesia promete castidad perpetua, llega a ser ilícito (para siempre por los términos en los que el voto se concibe) para él tomar esposa. Y, ¿qué, si uno no ha recibido el don de continencia? «Aquí no debe haber excepción,» es la respuesta. Pero la experiencia muestra cuánto mejor habría sido nunca haber impuesto este yugo sobre los sacerdotes, que el encerrarlos en un horno de lujuria para arder con una llama perpetua. Nuestros adversarios recuerdan los elogios de virginidad; ellos recuerdan también las ventajas del celibato, para demostrar que los sacerdotes no se les han prohibido precipitadamente casarse. Ellos hablan aun de ello como una cosa decente y honrosa. Pero ¿demostrarán por todas estas cosas la legalidad de encadenar conciencias que Cristo no sólo dejó libres y sin cadenas, pero cuya libertad Él ha defendido por su propia autoridad, y por el precio de Su propia sangre? Pablo no presume hacer así (1 Cor. 7:35). Entonces, ¿de dónde viene esta nueva licencia? Y, aunque la virginidad es alabada hasta los cielos, ¿qué tiene que ver esto con el celibato de los sacerdotes, con cuya obscenidad todo el aire está contaminado? Si la castidad que ellos profesan en palabra también la exhibiesen en los hechos, entonces, quizás yo les concedería afirmar que es honroso hacer esto. Pero cuando la prohibición del casamiento es sólo una libertad a los sacerdotes para cometer pecados repugnantes, pregunto, ¿con qué semblante se atreven a mencionar la honradez? En cuanto a aquellos cuya infamia no es tan notoria — en la cual no hay necesidad que yo

insista tanto — lo dejo al tribunal de Dios, para que allí pueden hablar de su castidad.

Se dirá que esta ley no se impone sobre nadie sino sobre los que hacen votos voluntarios. Pero ¿qué mayor necesidad puede haber que imaginar aquella por la cual son forzados a hacer votos? La condición que se anuncia a todo es, que nadie será admitido al sacerdocio que no se haya ligado previamente por un voto a un celibato perpetuo; y que quien ha prometido está obligado a la fuerza, aún contra su voluntad, a cumplir lo que él emprendió una vez — que ninguna excusa para hacer lo contrario debe ser admitida. Aún así, mantienen que un celibato tan preciso es voluntario. Pero, mientras que a los retóricos se les concede discutir las desventajas del casamiento y las ventajas del celibato, que declamando sobre tales temas en las escuelas pueden mejorar su estilo — nada de lo que digan demostrará que es correcto guiar a conciencias miserables a una trampa mortal, en la cual lucharán perpetuamente hasta que sean estrangulados. Y la parte ridícula es que, entre toda esta infamia monstruosa, aún la hipocresía encuentra un lugar. Porque (cualquiera que sea su conducta) ellos se creen mejores que otros, por la sencilla razón que ellos no tienen esposas.

El caso es el mismo con la confesión auricular. Pues enumeran las ventajas que se siguen de ella. Nosotros, al contrario, estamos preparados igualmente para señalar no pocos peligros que deben ser temidos con mucha justicia, y mencionar numerosos males gravísimos que, en efecto, han salido de ella. Estos, digo, son la clase de argumentos que ambos partidos pueden emplear. Pero la regla perpetua de Cristo (que no puede ser cambiada ni torcida a esta ni a aquella dirección, y ni aun puede, sin cometer impiedad, ser contradicha) es, que la conciencia no debe ser reducida a la esclavitud. Además, la ley en que nuestros adversarios insisten es una que sólo puede atormentar las almas y finalmente destruirlas.

Pues requiere que cada individuo confiese todos sus pecados una vez al año a su propio sacerdote. Cuando esto no se hace, no le queda esperanza de obtener perdón. Aquellos que han hecho la prueba seriamente (es decir, con un verdadero temor de Dios) han comprobado, por experiencia, que no es posible confesar así ni aún la centésima parte de nuestros pecados. El resultado fue, que no teniendo ningún modo de ser sacados de allí, fueron llevados a la desesperación. Aquellos que procuraron satisfacer a Dios en una manera más descuidada, encontraron esta confesión ser una capa muy amplia para la hipocresía. Porque, creyendo que habían obtenido perdón ante el juicio de Dios tan pronto como habían vomitado sus pecados en los oídos de un sacerdote, tomaron el atrevimiento para pecar con mayor libertad al verse desligados de su carga. Entonces, teniendo en sus mentes una persuasión fija que habían cumplido lo que la ley impone, pensaron que cualquier lista que fuese, también incluía todos sus pecados, aunque en realidad no incluía ni la milésima parte. Véase, entonces, el fundamento sobre el cual nuestros adversarios vociferan que hemos destruido la disciplina de la Iglesia — simplemente porque hemos procurado socorrer conciencias miserables cuando perecen bajo la presión de una de las tiranías más crueles. Y hemos arrastrado fuera a hipócritas de sus encierros a la claridad del día para que tanto los unos como los otros se examinen a sí mismos más de cerca, y comiencen a tener una mejor idea de la justicia divina que ellos evadieron anteriormente.

Pero alguien dirá, que sin importar los numerosos abusos, y sin importar lo justo de la corrección, leyes en otros aspectos sagradas y útiles, y de cierta manera consagradas por una antigüedad elevada, no deberían haber sido así abolidas instantánea y completamente.

Con respecto al comer carne, mi respuesta sencilla es que la doctrina que sostenemos concuerda con la de la Iglesia antigua, en donde se sabe que era libre comer carne siempre o abstenerse de ella.

La prohibición del matrimonio de los sacerdotes admito que es antigua, así como también lo es el voto de una continencia perpetua tomada por monjas y monjes. Pero si ellos conceden que la voluntad expresa de Dios pesa más que la costumbre humana, ¿por qué (cuando absolutamente conscientes que la voluntad de Dios está con nosotros y claramente apoya nuestro parecer) procuran combatirnos con argumentos de la antigüedad? La doctrina es clara, «*el matrimonio es honroso en todos*» (Heb. 13:4). Pablo habla claramente de los obispos como maridos (1 Tim. 3:2; Tit. 1:6). Por regla general, él aplica el matrimonio a los que no tienen don de continencia (1 Cor. 7:9), y clasifica la prohibición de matrimonio como «doctrinas de demonios» (1 Tim. 4:3). ¿De qué sirve imponer las costumbres humanas en oposición a las declaraciones claras del Espíritu Santo, a menos que queramos reemplazar a Dios con los hombres?

Y esto tiene importancia al observar cuán injustos son aquellos jueces que, en esta materia, alegan contra nosotros la práctica de la Iglesia antigua. ¿Habrá antigüedad de la Iglesia más temprana o de autoridad más alta que los días de los apóstoles? Pero nuestros adversarios no negarán que en ese entonces el matrimonio era permitido a todos los ministros de la Iglesia y usado por ellos. Si los apóstoles fueran de la opinión que los sacerdotes deberían ser refrenados de contraer matrimonio, ¿por qué defraudaron a la Iglesia de una bendición tan grande?

Aún, después de ellos, aproximadamente doscientos cincuenta años pasaron hasta llegar al Concilio de Nicea, cuando (como Sozomeno relata) la cuestión de imponer el celibato sobre ministros fue discutida, pero por la interferencia de Pafnucio todo el asunto

desapareció. Ya que se cuenta, que después que él, siendo soltero, había declarado que una ley de celibato no debía ser tolerada; el concilio entero fácilmente consintió en esta opinión. Pero como la superstición gradualmente aumentara, la ley (que fue rechazada entonces) fue finalmente decretada. Entre aquellos cánones, que tanto de su antigüedad como de la incertidumbre de su autor, sobrellevan el nombre de apostólicos hay uno que no permite a ningún clérigo (excepto cantantes y lectores) casarse después que han sido admitidos al oficio. Pero por un canon anterior se les prohíbe a los sacerdotes y diáconos despedir sus mujeres bajo el pretexto de religión. Y en el cuarto canon del Concilio de Gangra, el anatema es pronunciado contra aquellos que hicieron una diferencia entre un casado y un clérigo soltero para ausentarse ellos mismos cuando él ejercía el oficio. De ahí parece que había todavía en aquellos tiempos más equidad de lo que una edad subsiguiente ha manifestado.

Aquí, sin embargo, no es mi intención discutir este tema en una manera completa. Sólo creí apropiado indicar de paso, que la Iglesia primitiva y más pura no nos es tan contraria en esta materia como nuestros enemigos pretenden. Pero concedamos que a sí lo es, ¿por qué nos acusan ellos tan ferozmente como si confundiésemos cosas sagradas y profanas, o como si no pudiésemos responderles fácilmente que concordamos mucho mejor con la Iglesia antigua que ellos? El matrimonio, que los antiguos negaban a los sacerdotes, ¿nosotros lo permitimos! ¿Qué dicen ellos del libertinaje que se ha esparcido por todas partes entre ellos? Ellos negarán aprobarlo. Pero si tuviesen tanto deseo para obedecer los cánones antiguos les sería necesario castigarlo con mayor severidad. El castigo que el Concilio de Neo-Cesárea infligía a un presbítero que contraía matrimonio era ser degradado del oficio, mientras que a un culpable de adulterio o fornicación lo castigaba con mucho más severidad añadiendo a la degradación la excomunión también. En el día presente, el

matrimonio de un sacerdote es juzgado un delito de pena capital, mientras que por sus cien de actos de impureza e inmoralidad él es multado con una pequeña suma de dinero. Indudablemente, si aquellos que primero pasaron la ley de celibato estuvieran vivos ahora, instruidos por la experiencia presente, ellos serían los primeros en revocarla. Sin embargo, como he dicho ya, esto sería la altura de injusticia ser condenados por la autoridad de hombres en una materia en la cual somos abiertamente absueltos por la voz de Dios.

En cuanto a la confesión, tenemos una defensa más breve y más presta. Nuestros adversarios no pueden demostrar que la necesidad de confesión fue impuesta antes del papa Inocente III. Durante mil doscientos años, esta tiranía (por la cual ellos nos combaten tan agudamente) era desconocida por el mundo cristiano. ¡Pero hay un decreto del Concilio Lateranense! ¡Es cierto! Pero de la misma descripción hay muchos otros. Aquellos que tienen algún conocimiento tolerable de la historia son conscientes de la misma ignorancia y ferocidad de aquellos tiempos. Esto, ciertamente, está de acuerdo con la observación común: que los gobernadores más ignorantes son siempre los más tiranos. Pero todas las almas piadosas me atestiguarán en qué laberinto son enredados aquellos que se consideran atados a aquella ley.

A esta tortura cruel de conciencias se ha añadido la blasfema presunción de hacerla necesaria para obtener remisión de pecados. Pues suponen que nadie obtiene el perdón de Dios sino aquellos que están dispuestos a confesarse. ¿Qué es esto, pregunto, sino que hombres prescriben con su propia mano el modo en el cual un pecador es reconciliado con Dios —entre tanto que Dios ofrece el perdón abiertamente ellos lo retienen hasta que se haya cumplido una condición que ellos han añadido? Por otra parte, la gente se hallaba poseída con esta superstición perniciosísima: es decir, que

tan pronto como se habían desahogado de sus pecados, al echarlos al oído de un sacerdote, se sentían completamente libres de la culpa. Esta opinión muchos la abusaron al transformarla en una libertad más desenfrenada para pecar, mientras que aquellos que eran más influenciados por el temor de Dios rendían un mayor respeto al sacerdote que a Cristo. Aquel reconocimiento público y solemne (*exomologesis*, como San Cipriano lo llama), que los penitentes antiguamente estaban obligados a hacer cuando eran reconciliados con la Iglesia, no hay ningún hombre sensato que no lo elogie y adopte con mucho gusto, siempre y cuando no se extienda a algún otro fin de aquel para el cual fue instituido.

En resumen no tenemos ninguna controversia en esta materia con la Iglesia antigua; sólo deseamos (como deberíamos) poner en libertad el cuello de los creyentes de una tiranía moderna de fecha reciente. Además, cuando cualquier persona, a fin de obtener consuelo y consejo, visita su ministro en privado y deposita íntimamente en su pecho las causas de su ansiedad, de ningún modo nos oponemos, a condición de que sea hecho libremente y no por la fuerza. Que cada hombre, digo, sea dejado en libertad para hacer en este asunto lo que él crea ser oportuno para él; que la conciencia de ningún hombre esté sujeta a leyes precisas.

Espero que vuestra Majestad Imperial, y vosotros ilustrísimos príncipes, con esta defensa, que a la verdad es justa, quedarán satisfechos.

[\[volver\]](#)

Reforma Requerida Sin Dilación Alguna

Pero sin importar que tan justamente nos quejemos que la doctrina de la verdad fue corrompida y todo el cristianismo ensuciado por

numerosos defectos, aún nuestros acusadores niegan que esto fuera causa suficiente para perturbar así a la Iglesia y (en cierta manera) para sacudir el mundo entero.

Ciertamente, no somos tan insensatos como para no apercebir cuán deseable es evitar tumultos públicos, ni tan insensibles como para no ser tocados, aun hasta para estremecernos en lo más íntimo contemplando la condición perturbada en que la Iglesia se encuentra ahora. Pero ¿con qué motivos justos se nos imputa la culpa de los escándalos presentes, cuando no han sido, en el menor grado, levantados por nosotros? Al contrario ¿con qué semblante, las mismas personas que obviamente son los autores de todos estos tumultos, nos acusan con el delito de turbar la Iglesia? Esto, ciertamente, es el caso de cuando los lobos se quejan contra los corderos.

Cuando Lutero apareció al principio, él simplemente señaló ligeramente unos pocos abusos de mayor escándalo que ahora se han vuelto intolerables. Y él lo hizo con una modestia que indicaba que él tenía más deseo de verlos corregidos, que con la determinación de corregirlos él mismo. El partido contrario inmediatamente se levantó en armas; y cuando la contienda se hallaba cada vez más encendida, nuestros enemigos consideraron que el método mejor y más corto de suprimir la verdad era por crueldad y violencia. Y así, cuando nuestros varones los retaban a una discusión amigable y deseaban resolver disputas por medio de argumentos pacíficos, eran cruelmente perseguidos con edictos sangrientos hasta que el asunto ha sido traído a esta miserable ruina.

Sin embargo, esta calumnia contra nosotros tampoco es nueva. Con la misma acusación con que se nos obliga ahora escuchar, el malvado Acab una vez reprendió a Elías acusándolo como el que turbaba a Israel. Pero el santo profeta por su respuesta nos ha absuelto,

diciendo «Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los baáles.» (1 Reyes 18:17-18). Es injusto, por lo tanto, que amontonen odio contra nosotros, debido al combate feroz acerca de cuestiones religiosas que en estos días rugen en la Cristiandad, a menos que, en verdad, sea apropiado primero condenar a Elías con quien tenemos una defensa común. Su única excusa es que él había luchado sólo para vindicar la gloria de Dios y restaurar su adoración pura; y devuelve la acusación de levantar perturbaciones sobre aquellos que instigaban tumultos como un medio para resistir a la verdad.

Y ¿qué es lo que hasta ahora hemos hecho, y qué hacemos ahora mismo, sino procurar que el Dios único pueda ser adorado entre nosotros, y que su verdad simple y pura pueda reinar en la Iglesia? Si nuestros adversarios niegan esto, que por lo menos nos convenzan de que enseñamos doctrinas impías antes que nos lo arrojen como una falta de lo cual disentimos con otros. Porque ¿qué haríamos? La única condición con la cual podríamos comprar la paz sería traicionando la verdad de Dios por el silencio. Aunque, en efecto, esto no sería suficiente para mantenernos callados, a menos que también, por consentimiento claro, hubiéramos aprobado doctrinas impías, abiertas blasfemias contra Dios, y las supersticiones más degradantes. Entonces, por lo menos, ¿qué más podríamos hacer que testificar con una voz clara que no tenemos ningún compañerismo con la impiedad? Hemos procurado, por lo tanto, simplemente hacer lo que era nuestro deber. Que las cosas han estallado en una lucha implacable es un mal cuya culpa debe reposar sobre aquellos que desean más bien revolver el cielo con la tierra que dar lugar a piadosa y sana doctrina, cuyo propósito es, por cualquier medio, retener la posesión de aquella tiranía que ellos habían usurpado.

Debería ser suficiente (y más que suficiente) para nuestra defensa, que la verdad sagrada de Dios — por cuya proclamación sostenemos

tantos combates — está a nuestro lado, mientras que nuestros adversarios, al combatirnos, no luchan tanto contra nosotros como contra Dios mismo. Entonces no es de nuestro propio acuerdo que descendemos a este fervor de contienda. Es su salvajismo que nos ha arrastrado a ello contrariamente a lo que esperábamos. Cualquiera que haya sido el resultado, no hay razón para ser sobrecargados con odio. Porque como no nos pertenece dirigir los acontecimientos, tampoco nos pertenece prevenirlos. Pero hay una práctica antigua a la cual los impíos han recurrido en todos los siglos: a saber, tomar ocasión de la predicación del Evangelio para excitar tumultos, y luego difamar el Evangelio como la causa de disensión — disensión que, aun cuando no hay oportunidad, ellos impíamente y con impaciencia la atraen. Y, como en la Iglesia primitiva, la profecía convenía que se cumpliese: que Cristo debería ser a los de su propia nación una piedra de tropiezo y roca de caída, no es sorprendente si lo mismo acontece también en nuestro tiempo. Aún podría tenerse por extraño que los edificadores rechazasen la piedra que debería ocupar el lugar principal en el fundamento, pero como esto pasó al principio con Cristo, no nos sorprendamos que esto también sea un acontecimiento común en el día presente.

Aquí suplico a vuestra Cesárea Majestad y a vosotros ilustrísimos príncipes — que tan a menudo como este desgarre infeliz de la Iglesia y otros innumerables males que han nacido de las divisiones, vienen a vuestros pensamientos o son sugeridos por otros al mismo tiempo — traigáis a la memoria que Cristo ha sido puesto como señal para ser contradicha, y que su Evangelio, dondequiera que es predicado, al instante enciende el furor de los impíos para resistirlo. Luego del conflicto nace necesariamente un sacudimiento. Por consiguiente, el destino uniforme del Evangelio desde su comienzo ha sido, y siempre será hasta el final, predicado en el mundo entre grandes contiendas. Pero es la parte de los prudentes considerar de qué fuente nace el mal. Quienquiera que hace esto nos librará

fácilmente de toda culpa. Ciertamente nos conviene dar testimonio a la verdad como lo hemos hecho. ¡Ay del mundo si quiere desafiar a Cristo para combatirlo, más bien que en abrazar la paz que Él ofrece! El hombre que no quiere ser corregido será indudablemente aplastado por Él.

[\[volver\]](#)

Objeciones contra Reforma

Pero aquí otra vez se levantan objeciones contra nosotros: que todas las corrupciones de la Iglesia no deben ser corregidas por tales remedios ásperos, ni que deben ser desarraigados tan bruscamente — que ni aun medicina se debería aplicar a todos — sino que unos deben ser tratados suavemente, y otros tolerados si no pueden sin dificultad alguna ser quitados. Contesto que no desconocemos tanto la vida diaria como para no saber que la Iglesia siempre se ha visto y siempre se verá sujeta a defectos que los piadosos en efecto se verán obligados a desaprobar, pero que deben más bien sobrellevar que hacerlos una causa de feroz contienda. Pero nuestros adversarios son injustos cuando nos acusan de ser excesivamente malhumorados, como si nosotros hubiéramos inquietado a la Iglesia por errores pequeños y triviales. Porque, a sus otras calumnias, añaden ésta también de reducir (por cada artimaña que les venga) la importancia de las cosas que hemos hecho el tema de controversia; cuyo propósito es que seamos vistos como los que hemos sido impulsados por amor a las contiendas más que el ser inducidos en ello por una justa causa. Esto que ellos hacen, no es por ignorancia, sino con un designio sutil: a saber, porque ellos saben que no hay cosa más detestable que el atrevimiento descabellado que nos imputan. Y sin embargo, al mismo tiempo se descubre su propia impiedad cuando ellos hablan tan desdeñosamente de asuntos de la mayor importancia. Y ¿tiene que ser así esto, que — cuando nos quejamos

que la adoración de Dios fue profanada — cuando su honor fue totalmente menoscabado — cuando la doctrina de salvación fue envuelta con numerosos y perniciosos errores — cuando la virtud de la muerte de Cristo fue sepultada — y finalmente, cuando todas las cosas sagradas fueron sacrílegamente contaminadas; tiene que ser así, el que seamos mofados y acusados con el delirio de inquietarnos a nosotros mismos y al mundo entero, sin ningún propósito, con disputas sobre preguntas insignificantes?

Pero como un examen superficial de estas cosas no es suficiente, será necesario ahora más diligentemente explicaros la dignidad e importancia de los puntos por los que contendemos, para hacer manifiesto, no sólo que no son indignos de atención, sino que no podemos pasarlos por alto de modo alguno sin vernos envueltos en la mayor culpa y ser acusados con disimulación impía para con Dios. Este es el tercer de los tres puntos principales que al principio me propuse tratar.

Primero, entonces, me gustaría saber, con qué semblante pueden llamarse cristianos aquellos que nos acusan de inquietar desconsideradamente a la Iglesia con disputas sobre asuntos sin importancia. Porque, si ellos ponen tanto valor en nuestra religión como los idólatras antiguos hacían con sus supersticiones no hablarían tan despreciativamente del celo para preservarla, pero en imitación de los idólatras le darían precedencia sobre todo otro cuidado y asunto. Porque, cuando los idólatras hablaban de contender por sus altares y sus hogares, ellos alegaban la causa mejor y más poderosa de todas que creían que les favorecía.

Por el contrario, nuestros adversarios consideran como un combate innecesario que se emprende para la gloria de Dios y para la salvación de los hombres. Pues no es cierto (como se alega) que contendemos por una sombra insignificante; sino que la sustancia

entera de la religión cristiana en cuestión está siendo asaltada. Si ninguna otra cosa más estuviese en cuestión, ¿es acaso la verdad eterna e inviolable de Dios —esa verdad a la cual Él dio tantos testimonios ilustres, siendo confirmada por tantos profetas santos y tantos mártires al encontrarse con su muerte, esa verdad proclamada y testificada por el mismo Hijo de Dios, y por último sellada con su sangre —es acaso esa verdad de valor tan insignificante que puede ser pisoteada bajo los pies mientras miramos y permanecemos callados?

Pero descendiendo a los detalles. Sabemos que la cosa más execrable ante Dios es la idolatría, y la historia abunda en relatos de los castigos terribles con los cuales Él la visitaba, tanto en el pueblo israelita como en otras naciones. De su propia boca oímos la misma venganza denunciada en su contra a través de todos los siglos. Porque ciertamente a nosotros nos habla cuando Él jura por Su santo Nombre, que Él no tolerará que Su gloria sea transferida a los ídolos; y cuando declara que Él es un Dios celoso que se venga hasta la tercera y cuarta generación de otros pecados, pero sobre todos de éste principalmente. Este es el pecado por cuya causa Moisés, que por otra parte era de una disposición mansa, siendo enardecido por el Espíritu de Dios, ordenó que los Levitas «mataran cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente.» (Exo. 32:27). Este es el pecado por cuya causa Dios tan a menudo castigaba a su pueblo elegido, afligiéndolo con espada, pestilencia y hambre, en una palabra con toda clase de calamidades. Este es el pecado por cuya causa, principalmente, primero, el reino de Israel, y luego de Judá fue asolado, Jerusalén la ciudad santa destruida, el templo de Dios (el único templo que entonces existía en el mundo) puesto en ruinas, y el pueblo que Él había escogido de todas las naciones de la tierra para ser su propio pueblo especial, concertando un pacto con ellos para que solo ellos llevasen Su pendón, y viviesen conforme a su gobierno y protección —en una palabra, el pueblo (de quien Cristo

se levantaría) destrozado en todo aspecto, despojado de toda dignidad, llevado al exilio, y traído casi al borde de la destrucción. Sería demasiado largo aquí entrar en detalles completos, pues no hay una página en los profetas que no proclamen en voz alta que no hay nada que más provoque a Dios a indignación como este pecado. Entonces ¿qué hay? Cuando observamos que la idolatría abiertamente acecha por todas partes, ¿deberíamos dejarla pasar por alto? El haber hecho así habría sido como arrullar al mundo en su sueño de muerte para que no despertase.

Acordaos, Cesárea Majestad y vosotros príncipes ilustrísimos, de las muchas corrupciones por las cuales (como ya he demostrado) la adoración de Dios fue contaminada, y hallaréis sin duda que la impiedad se había extendido como un diluvio, bajo la cual toda religión fue sumergida. De esto resultó, que los honores divinos fuesen ofrecidos a imágenes, y les ofreciesen oraciones en todas partes, bajo el pretexto que el poder y la deidad de Dios residían en ellas. De esto también resultó, que los santos muertos fuesen adorados no en una manera muy diferente en que los antiguos israelitas adoraban los báales. Y por artimaña de Satanás, otras numerosas maneras habían sido inventadas por las cuales la gloria de Dios fue disipada. El Señor exclama que Su furor arde con celo cuando se levanta un ídolo, y Pablo manifiesta, por su propio ejemplo, que Sus siervos deben mostrar celo en declarar Su gloria (Hech. 17:16). No es un celo cualquiera aquel que debería consumir los corazones de los creyentes por la casa de Dios. Por lo tanto, cuando la gloria divina fue contaminada, o mejor dicho mutilada, en tantas maneras, ¿no habríamos sido tenidos por traidores si hubiéramos desatendido o ignorado esto? Un perro cuando ve cualquier violencia que se le hace a su amo ladrará al instante. ¿Podríamos, sin decir nada, contemplar que el sagrado nombre de Dios era deshonrado en una manera tan blasfema? En tal caso, ¿cómo

se podría haber dicho, «*Los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí*»? (Psa. 69:9).

Aquella farsa que pretende adorar a Dios con ninguna otra cosa más que con gestos externos e invenciones humanas absurdas ¿cómo podríamos, sin cometer pecado, dejarla pasar en silencio? Sabemos cuánto Él aborrece la hipocresía; y sin embargo en aquella adoración inventada (usada por todas partes) la hipocresía reinaba. Oímos cuan severos son los términos con los cuales los profetas lanzan invectivas contra toda adoración fabricada por el atrevimiento humano. Pero una buena intención, es decir, un capricho feroz de atreverse hacer cualquier cosa que agrade a los hombres, era juzgado como la perfección de la adoración. Está claro que en toda la adoración que se había establecido, difícilmente había cosa alguna que tuviese una aprobación legítima de la Palabra de Dios.

En esto no nos apoyamos ni en nuestro propio ni en ningún otro juicio humano. Debemos atender a la voz de Dios, y escuchar cómo Él estima aquella profanación de la adoración que se exhibe cuando los hombres, sobresaltando los límites de Su Palabra, dan rienda suelta a sus propias invenciones. Los motivos que Él asigna para castigar a los israelitas con ceguera, después de que habían perdido la disciplina piadosa y santa de la Iglesia, son dos: la prevaleciente hipocresía y *unculto voluntario* (εθελοθοσχοιον), lo cual significa una forma de adoración inventada por los hombres [Col. 2:23]. «*Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado; por tanto, he aquí que nuevamente excitaré [despertaré] yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos.*» (Isa. 29:13-14). Cuando Dios nos despertó, una perversidad semejante o peor se extendía

públicamente a través de toda la Iglesia. Y entre tanto que Dios amenazaba desde el cielo ¿deberíamos haber permanecido tranquilos?

Quizás considerarán como un error insignificante la costumbre que prevalecía (en oposición a la prohibición clara de Dios) de repetir las oraciones públicas en una lengua desconocida. Pero como es manifiesto que por tal procedimiento Dios era objeto de burla, ellos no pueden negar que teníamos una causa suficientemente buena para clamar contra esto. Luego, ¿qué diré de las blasfemias que resonaban en los cantos públicos, y qué ningún hombre piadoso es capaz de oír sin sentir el mayor horror? Conocidos son aquellos títulos que le aplicaban a la virgen Maria — llamándola puerta del cielo, esperanza, vida y salvación. ¡Y a tal grado de furia y locura llegaron que aún le concedieron el derecho de mandar a Cristo! Pues todavía se oye en muchas iglesias aquella estrofa execrable e impía, «Ruega al Padre; ordena al Hijo.» En términos que en ninguna manera son más modestos, cantan alabanzas a algunos santos; y éstos, también, son santos de su propia invención: a saber, individuos que en la opinión de ellos, han admitido en la lista de santos. Porque, entre la multitud de alabanzas que cantan a Claudio, lo llaman «la luz de los ciegos», «un guía para los extraviados», «la vida y la resurrección de los muertos». Semejantes blasfemias saturan las formas de oración que se usan a diario. El Señor pronuncia las amenazas más severas contra aquellos que, en juramentos o en oraciones, mezclaban Su nombre con los nombres de los báales. Entonces ¿qué clase de venganza no ha de colgar sobre nuestras cabezas cuando no sólo lo mezclamos con santos como dioses menores, sino que con insultos extraordinarios despojamos a Cristo de sus títulos propios y particulares — con los cuales Él se distingue — a fin de otorgárselos a las criaturas? ¿Deberíamos permanecer también aquí callados, y por un silencio pérfido acarrear sobre nosotros un juicio tan horrendo?

Guardo silencio respecto a que ningún hombre oraba, y a la verdad ningún hombre podía orar a Dios con una fe cierta, es decir con determinación firme. Porque estando Cristo (en cierta manera) sepultado, la conclusión necesaria era que los hombres estaban siempre en dudas si Dios tenía una bondad paternal hacia ellos, si estaba dispuesto para ayudarlos, y si tomaba interés alguno en su salvación. ¡Qué! ¿Acaso esto era un error insignificante o tolerable, cuándo el sacerdocio eterno de Cristo — como si hubiera sido expuesto para ser rapiña — fue entregado, sin diferencia alguna, a cualquier individuo de entre los santos? Recordemos que Cristo, por su muerte, compró para sí mismo el honor de ser el Abogado Eterno y Mediador ⁹ para presentarnos a nosotros y nuestras oraciones al Padre; para obtener las provisiones de gracia para nosotros; y para capacitarnos en esperar que recibamos lo que pedimos. Así como sólo Él murió por nosotros, y nos redimió por su muerte, así también Él no admite ninguna compañía en este honor. Por lo tanto, ¿qué blasfemia más asquerosa es aquella que repetidamente está en la boca de nuestros adversarios: a saber, que Cristo, ciertamente, es el único mediador de *redención*, pero que todos los santos son mediadores de *intercesión*? ¿Acaso no es deshonrado Cristo de esta manera? ¿Como si, después de haber cumplido el oficio de sacerdote en su muerte, luego lo hubiera resignado a los santos!

⁹ Texto latino, *pacificator* ↩

¿Acaso debemos permanecer callados aún cuando la dignidad preeminente de Cristo — que le costó tal precio — le es arrancada con el mayor insulto, y distribuida entre los santos, como si fuera un despojo legítimo? Pero, cuando ellos hablan así, no niegan que Cristo intercede también ahora por nosotros, sólo que debemos entender que Él lo hace junto con los santos — es decir como cualquier otro del montón. ¡Debe haber sido, ciertamente, un gran honor que Cristo compró con Su sangre para sí mismo, si todo lo que obtuvo fue ser hecho compañero de San Hugo, de San Lubinio, o de

alguno de las escorias más bajas de santidad que el Pontífice romano según su propio placer ha creado! Puesto que la pregunta no es, si también los santos oran (siendo esto un tema del cual es mejor no saber, ya que la Escritura no lo menciona), sino que la pregunta es, si — después de pasar por alto a Cristo, o tratarlo con dejadez, o en manera positiva abandonarlo totalmente — tenemos derecho buscar apoyo en los santos. O si quieren que se los pongamos en términos más claros, ¿es Cristo el único sacerdote que nos abre un refugio en el cielo, nos conduce allí con la mano, y, por su intercesión, el Padre se inclina a escuchar nuestras oraciones, de manera que debiéramos depender completamente en su defensa, y presentar nuestras oraciones en Su nombre? O si no es así, ¿acaso sostiene Él este oficio en común con los santos?

He mostrado atrás que Cristo fue privado en gran medida no solamente del honor del sacerdocio, sino también de la gratitud debida a sus beneficios. Es cierto que lo llaman Redentor, pero en una manera que implica que los hombres también (por su propio libre albedrío) se redimen de la esclavitud del pecado y de la muerte. Es cierto que lo llaman justicia y salvación, pero a modo que los hombres obtienen todavía la salvación para sí mismos por el mérito de sus obras. Pues este don inestimable — que ninguna elocuencia de hombres o ángeles es capaz de describir lo suficiente — los académicos ¹⁰ no se avergüenzan en limitarlo, diciéndonos que aunque Él imparte el primer mérito (es decir como ellos lo explican, la ocasión de merecer) sin embargo, después de recibir esta ayuda, merecemos la vida eterna por nuestras propias obras. Es cierto que ellos admiten que somos lavados de nuestros pecados por la sangre de Cristo, pero a modo que cada individuo se limpie por lavamientos obtenidos en otra parte. Es cierto que la muerte de Cristo recibe el nombre de sacrificio, pero a modo que los pecados sean expiados por los sacrificios diarios de los hombres. Es cierto que se dice que Cristo nos ha reconciliado con el Padre, pero con esta reservación, que los

hombres, por sus propias satisfacciones, contrarresten los castigos que ellos deben a la justicia de Dios. Cuando la ayuda (que aun se necesita) se busca del beneficio de las llaves, ¹¹ no se rinde más honor a Cristo de lo que se rinde a San Cipriano o a San Serecio. ¹² Porque para completar el tesoro de la Iglesia, revuelven juntos los méritos de Cristo y de los mártires.

¹⁰ Texto latino, *scholasticos* ¹¹ El *beneficio de las llaves*, se refiere al ministerio del Evangelio; es decir, que un pecador recibe absolución al creer en Cristo, o permanece atado al poder del pecado cuando no cree. Ver Mat. 16:19 [N del T.] ¹² La nota al pie de la letra del texto latino tiene: *a San Jorge o a San Guillermo*. [N del T.]

En todo esto que oímos, ¿acaso no tenemos tantas blasfemias execrables como palabras —blasfemias por las cuales la gloria de Cristo es ultrajada y rasgada en pedazos? Porque siendo en gran medida despojado de su honor, Él retiene el nombre pero carece del poder. ¿Permaneceremos también aquí callados, aunque veamos al Hijo (en quien el Padre ha otorgado toda autoridad, poder y gloria, y en quien nos manda sólo gloriarnos) ser así reducido al nivel de sus siervos, y que difícilmente Él retenga alguna preeminencia por encima de ellos? Cuando vimos Sus beneficios puestos así en el olvido; cuando vimos su virtud sepultada por la ingratitud de los hombres; cuando vimos el precio de su sangre tenido sin ningún valor, y el fruto de su muerte casi aniquilado; cuando, en fin, lo vimos tan deformado por opiniones falsas y profanas de los hombres, que tenía más la semejanza de un espectro sin vida de lo que Él es, ¿nos convenía tolerarlo en una manera tranquila y callada? ¡O paciencia maldita, que —cuándo el honor de Dios es rebajado, no digo destruido— permanezcamos tan débilmente afectados, que podamos disimularlo y seguir nuestro camino! ¡O beneficios de Cristo mal recibidos, si permitimos que la memoria de ellos sea así suprimida por blasfemias impías!

Otra vez regreso a la segunda parte de la doctrina cristiana. ¿Quién puede negar que los hombres deliren aquí y allá cuando creen que ellos obtienen la vida eterna por el mérito de sus obras? Concedo que ellos unen la gracia de Dios con sus obras; pero en vista de que su confianza para ser aceptados dependa en su propio mérito, está claro que el fundamento de su confianza y jactancia yace en sus obras. Esta doctrina trillada y muy favorita de las escuelas — una opinión profundamente arraigada en casi todas las mentes — es que Dios ama a cada individuo en la proporción que corresponde a sus méritos. Cuando se alberga esta opinión, ¿acaso no son las almas — por medio de una confianza diabólica — alzadas a una altura de la cual, como de un precipicio elevado, son sumergidas después en el abismo de la desesperación?

Otra vez, cuando pretenden merecer el favor de Dios, no es simplemente por una obediencia verdadera, sino por cumplir ritos frívolos de ningún valor. Las obras meritorias a las cuales les conceden el primer lugar son éstas: susurrar muchas oracioncillas, erigir altares y poner allí estatuas o cuadros, frecuentar iglesias, ¹³ y correr de arriba abajo de una iglesia a otra, oír muchas misas y comprar otras tantas; desgastar sus cuerpos, por no sé qué clase de abstinencias — abstinencias que no tienen nada en común con el ayuno cristiano; y, en particular, tener más cuidado en cumplir con las tradiciones de los hombres.

¹³ Texto latino, *templa* ↩

En materia de hacer satisfacciones [a Dios], ¿no es mayor locura que los inclina (según la manera de los paganos) a buscar expiaciones, por las cuales ellos pueden reconciliarse con Dios? Después que se fatigan con todos estos intentos, ¿qué han ganado? Haciendo todo con una conciencia insegura y temerosa, siempre estaban expuestos a aquella ansiedad horrible, o mejor dicho aquel tormento aterrador, del cual he hablado ya, porque se les ordenaba poner en duda si sus

personas y sus obras eran aborrecibles a Dios o no. La confianza derrocada de esta manera, resulta por necesidad (como Pablo declara) que la promesa de la herencia eterna es anulada [Rom. 4:14]. En tales circunstancias, ¿dónde quedaría la salvación de los hombres? Si hubiéramos guardado silencio (donde había tal necesidad de hablar) no sólo hubiéramos sido desagradecidos y traidores para con Dios, sino también crueles para con los hombres — sobre los cuales veríamos una destrucción eterna amenazante, a menos que fuesen vueltos al camino apropiado.

Si un perro ve que se le hace daño a su amo — tanto igual al insulto que se le hace a Dios en los sacramentos — ladra al instante, y expone su propia vida al peligro cuanto antes, que permitir silenciosamente que su amo sea así maltratado. ¿Deberíamos nosotros mostrar menos fidelidad a Dios que una bestia suele mostrar al hombre? No digo nada del hecho que ritos (fundados simplemente en la autoridad de los hombres) han sido puestos sobre un mismo nivel con los misterios instituidos por Cristo y delegados por su autoridad divina, aunque esto merece la reprensión más severa. Pero cuándo los misterios mismos fueron así corrompidos, por muchas supersticiones, y prostituidos por muchas falsas opiniones — a las cuales ya nos hemos referido — haciendo de ellos negocio vil y repugnante, ¿deberíamos nosotros haberlo disimulado y tolerado?

Cristo con un azote de cuerdas hecho fuera a los cambistas del Templo, derribó sus mesas y dispersó su mercadería. Admito que no le es lícito a todo hombre tomar el azote en su propia mano, pero les corresponde a todos aquellos que profesan ser de Cristo arder con aquel celo con el cual Cristo fue animado, cuando Él vindicó la gloria de Su Padre. Por lo tanto, aquella profanación del Templo — en la cual Él expresó tan señaladamente su fuerte disgusto — nos conviene por lo menos condenar con una voz franca, firme y decidida. ¿Quién ignora que los sacramentos por mucho tiempo se han vendido en las

iglesias, tan abiertamente como la mercancía que se exhibe en el mercado público? Otros ritos, también, tienen su precio fijo, mientras que en cuanto a algunos no hay negocio sino después de un largo regateo.

Pero ya que los ejemplos que se exhiben en la Cena del Señor son manifiestos, y son de una naturaleza más atroz que en el caso de otros ritos, vengamos y preguntemos ¿con qué conciencia podríamos haber pasado por alto las profanaciones de ella, tan numerosas y tan blasfemas? Viendo que ahora mismo me faltan palabras para expresarlas, ¿con qué justicia somos acusados de rigor excesivo al condenarlas? He aquí suplico a vuestra Cesárea Majestad y a vosotros, ilustrísimos príncipes, por el cuerpo sagrado de Cristo, que fue expuesto para ser inmolado por nosotros, por la sangre sacrosanta que Él derramó para nuestra purificación, que os plazca considerar seriamente cuán grande debe ser el misterio en el cual Aquel cuerpo nos es exhibido como comida, y Aquella sangre como bebida. Considerad con cuidado y cuán piadosamente debería ser guardado sin contaminación alguna. ¿Qué ingratitud, entonces, debe ser para un hombre mirar y permanecer callado cuando este misterio celestial — que Cristo nos ha confiado como la joya más preciosa — es pisoteado bajo pies de cerdos? Pero lo vemos no sólo ser pisoteado, sino también profanado con toda clase de contaminaciones. ¿Qué clase de burla se hizo, cuando la eficacia de la muerte de Cristo fue transpuesta a un espectáculo teatral de hombres; cuando algún sacerdote, como si éste hubiera sido el sucesor de Cristo, se interponía como un Mediador entre Dios y el hombre; cuando (después de destruir la virtud del único sacrificio) mil sacrificios para expiar el pecado se ofrecían diariamente en una sola ciudad; cuándo Cristo era sacrificado mil veces por día, como si no fuese suficiente que haya muerto una sola vez por nosotros? Al amontonar todos esos ultrajes sobre Cristo abusaron la dignidad de la Santa Cena; pues todo esto está incluido en la idea única de sacrificio.

Tampoco ignoro las interpretaciones que nuestros adversarios emplean hoy día, a fin de ocultar sus absurdidades y desatinos. Hasta ahora (sin vergüenza alguna) han practicado todas las abominaciones a las cuales me he referido. Pero siendo ahora descubiertos, se escarban nuevas madrigueras sin poder esconder su vileza. Enseñaban que la misa era un sacrificio por la cual los pecados no sólo de los vivos, sino también de los muertos, eran expiados. ¿Qué ganan ahora buscando pretextos, excepto poner en manifiesto su desvergüenza? También ¿cuánto han contaminado los sacramentos, cuando — en vez de tener la predicación manifiesta de la Palabra, que establece su consagración legítima — un encantamiento se hace con el pan por medio de soplos y susurros? ¿Cuando, en vez de ser distribuido entre la asamblea de los creyentes, es devorado aparte por un solo hombre, o reservado para el uso de otro? ¿Y cuando, aún en el caso donde se distribuye algo, el pueblo, contrariamente al mandato claro de nuestro Señor, se le priva de la mitad, quiero decir de la copa? ¿Qué locura imaginarse que por sus exorcismos la sustancia del pan es transformada en Cristo? ¡Cuán vergonzoso es ver multitudes ocupadas sin ningún pudor en un comercio como si fuera un comercio de zapatos! Porque si es verdad (como ellos dicen) que lo que ellos venden es el mérito de la muerte de Cristo, el insulto que le hacen a Cristo no es menos insignificante que si lo escupieran en su rostro.

Os ruego, potentísimo Emperador, y vosotros ilustrísimos príncipes, que traigáis a vuestra memoria el desastre que en otros tiempos les sobrevino a los corintios por causa de (y eso no a primera vista) un solo abuso tan atroz de este sacramento. Cada uno traía de su casa su propia cena, no para compartirla con otros, sino para que el rico pudiera banquetear lujosamente mientras el pobre padecía hambre. Por esta causa el Señor los castigó con una pestilencia severa y mortal. Tal es el relato de Pablo, quien, al mismo tiempo, nos amonesta que lo consideremos como un azote paternal, por el cual el

Señor los llamó al arrepentimiento. De esto podéis concluir cuales serán los resultados que en este día debemos esperar para con aquellos que no se han alejado simplemente en un pequeño detalle de la institución genuina de Cristo, sino que se han extraviado a una distancia tan inmensurable de ella; quienes no sólo han corrompido su pureza en un caso, sino que la han desfigurado en muchos, y éstos, también de una descripción horrenda; quienes no solo han interferido con su uso legítimo, por medio de un solo abuso, sino que han pervertido su administración entera. Tampoco se puede dudar, que ahora por algún tiempo, Dios ha comenzado a tomar venganza de esta impiedad. Ahora bien, por muchos años seguidos el mundo ha sido oprimido por una variedad innumerable de penas y calamidades, que ha llegado hasta casi al mismo borde de la desgracia. Ciertamente, o ya sea que nos hallamos estupefactos por nuestras plagas, o sugeridnos otros motivos por los cuales Dios nos aflige tanto. Pero si reflexionamos de cuán leve fue el error por el cual los corintios habían corrompido la Sagrada Cena — si lo contrastamos con todas las profanaciones por las cuales, en el día presente, es ensuciada y contaminada entre nosotros, debería extrañarnos no percibir que Dios (que los castigó tan severamente) esté mucho más airado justamente contra nosotros.

Si me propusiera ir tras todas las corrupciones atroces del gobierno eclesiástico, entraría yo en un bosque interminable. De las vidas de los sacerdotes, por muchas razones, me abstengo de hablar. Pero hay tres corrupciones de una descripción intolerable, sobre las cuales cada uno puede reflexionar por sí mismo. *Primero*, ignorando el carácter de una vocación santa, el sacerdocio [oficio ministerial] en todas partes se adquiere ya sea por violencia, o por simonía, ¹⁴ o por otras maquinaciones deshonestas e impías. En *segundo* lugar, los gobernantes de la Iglesia, en tanto que se refiere al cumplimiento de sus deberes, son más bien sombras vacías o imágenes sin vida que ministros verdaderos. Y en *tercer* lugar, cuando deberían gobernar

las conciencias de acuerdo con la Palabra de Dios, las oprimen con una tiranía inicua, y las mantienen en esclavitud por grillos de muchas leyes impías.

¹⁴ *Simonía, «Compra o venta deliberada de cosas espirituales, como los sacramentos... beneficios*

eclesiásticos.» Dic. de la RAE. ↩

¿No es cierto, que —no sólo en desprecio de las leyes de Dios y de los hombres, sino en ausencia de todo sentido de pudor— el desorden asqueroso reina en el nombramiento de obispos y presbíteros? ¿No es cierto que el capricho prevalezca contra la justicia, que la simonía esté raramente ausente, y como si éstos males fuesen tan insignificantes, que su corrección es postergada a un tiempo futuro? ¿Dónde está el cuidado y celo por la enseñanza —la característica apropiada del ministerio? En cuanto a la libertad verdadera de la conciencia, sabemos cuantas luchas Pablo sostuvo, y con qué solicitud combatió por su defensa; pero cada persona que juzga imparcialmente podrá percibir con claridad que en este momento tenemos más razones para combatir por ello.

En una corrupción tan extrema de sana doctrina, en una corrupción de los sacramentos tan infame, en una condición de la Iglesia tan deplorable, aquellos que mantienen que no deberíamos haber actuado tan enérgicamente, quedarían satisfechos con nada menos que una tolerancia perversa por la cual deberíamos haber traicionado la adoración de Dios, la gloria de Cristo, la salvación de los hombres, la administración completa de los sacramentos, y el gobierno de la Iglesia. Hay algo engañoso en el nombre de *moderación*, y la tolerancia es una cualidad que tiene una apariencia justa, y parece digna de elogio; pero la regla que debemos observar en todo lo que está en juego es esta: nunca soportar con paciencia que el nombre sagrado de Dios sea atacado con blasfemias impías; que su verdad eterna sea suprimida por las mentiras del Diablo; que Cristo sea insultado, sus misterios sacrosantos contaminados, las infelices

almas cruelmente destruidas, y la iglesia se retuerza en agonía bajo los efectos de una herida mortal. Esto sería no mansedumbre, sino indiferencia sobre cosas a las cuales todas las demás deberían posponerse.

[\[volver\]](#)

Objeciones Adicionales Resueltas

Confío en que hasta ahora he demostrado claramente, como me propuse, que en la corrección de la corrupción de la Iglesia, de ningún modo hemos sido más impulsivos de lo que el caso requiere. Incluso aquellos que nos acusan están conscientes de esto. Por consiguiente han acudido a otra calumnia, a saber, que por nuestra interferencia no hemos ganado nada mas que llenar el mundo cristiano — que antes se hallaba en paz — con conflictos civiles; que lejos de ver enmienda alguna, las cosas han ido de mal en peor; que aquellos que han abrazado nuestra doctrina, pocos han sido hechos mejor, y al contrario que unos se han reanimado, si no al mayor, por lo menos a un libertinaje más desenfrenado. Ellos objetan, además, que en nuestras iglesias no hay ninguna disciplina, ninguna ley de abstinencia, ningún ejercicio de humildad; que la gente, despojada de todo yugo, se da rienda suelta al libertinaje sin castigo alguno. Finalmente, nos lanzan el oprobio de cometer pillaje de la propiedad de los eclesiásticos [clero], afirmando que nuestros príncipes se han arrojado sobre ella como si fuesen despojos legítimos; que de esta manera la Iglesia ha sido violenta y vergonzosamente saqueada, y que ahora el patrimonio de la Iglesia lo poseen sin distinción aquellos que, entre alborotos de contiendas, lo han arrebatado sin ley o sin justo título.

Por mi parte, no niego que cuando la impiedad reinaba, su reino fue perturbado por nosotros. Pero si en el momento cuando la luz de la

piadosa y sana doctrina alumbró sobre el mundo todos (como el deber lo demanda) espontáneamente y con ánimo pronto hubies en prestado su ayuda, no habría hoy día menos paz y tranquilidad en todas las iglesias, (floreciendo el reino de Cristo), que en los días cuando la tiranía del Anticristo dominaba. Por tanto, que aquellos que impiden el curso de la verdad desistan de emprender guerra contra Cristo, y al instante habrá perfecta concordia; o que desistan de lanzar sobre nosotros la culpa de disensiones que ellos mismos levantan. Porque ciertamente es muy inicuo entre tanto que rechazan todo término de paz a menos que se le permita al Anticristo (después de poner fin a la doctrina de la piedad, y como si fuese encerrar otra vez a Cristo en la tumba) esclavizar la Iglesia. Es muy inicuo no sólo jactarse como si ellos mismos fueran inocentes, sino también insultarnos (que no deseamos nada más que la unidad, y cuyo único vínculo de unión es la verdad eterna de Dios) y hacer que nosotros sobrellevemos toda culpa e ignominia, tanto como si nosotros mismos fuéramos los autores de contiendas.

En cuanto a la acusación, que ningún fruto ha producido nuestra doctrina, estoy bien consciente como hombres profanos se mofan de nosotros, y alegan que al sondear llagas que son incurables, sólo las empeoramos más. Pues su opinión es, que la condición destrozada de la Iglesia hace inútiles los intentos de remediarla, no habiendo ninguna esperanza de ser sanada; y de ahí concluyen que el mejor curso es no envolverse en un mal irremediable. Aquellos que hablan de esta manera no entienden que la restauración de la Iglesia es obra de Dios, y que no depende más en las esperanzas y opiniones de los hombres, que el resucitar muertos, o cualquier otro milagro de semejante tipo. Aquí, por lo tanto, no debemos esperar tácticas más fáciles ya sea de voluntad humana, o de la corriente de los tiempos, sino que debemos precipitarnos y avanzar a través de la desesperanza y el desánimo. La voluntad de nuestro Maestro es que Su Evangelio sea predicado. Obedezcamos su mandato y sigamos a

todo lo que Él nos llama. Cuál vaya a ser el resultado, a nosotros no nos corresponde inquirir. Nuestro único deber es desear lo que es lo mejor, y suplicárselo al Señor en oración; procurar con todo celo, solicitud y diligencia para obtener el resultado deseado, pero al mismo tiempo someternos con paciencia a cualesquiera que el resultado pueda ser.

Injusta, por consiguiente, es la acusación que se nos arroja de no haber hecho todo el bien que anhelamos, y que se deseaba. Dios nos manda plantar y regar. Lo hemos hecho. Sólo Él da el crecimiento [1 Cor. 3:6-7]. Y ¿qué si Él no quiere conceder nuestro deseo? Si está claro que hemos hecho fielmente nuestra parte, que nuestros adversarios no demanden más de nosotros; si el resultado no es tan próspero, protesten contra Dios.

Pero el pretexto de que ningún fruto ha resultado de nuestra doctrina es muy falso. No diré nada de la corrección de la idolatría externa y de numerosas supersticiones y errores; aunque eso no debe considerarse sin importancia. Pero ¿acaso no hay ningún fruto en esto, cuando hay muchos piadosos que nos dan gracias? Pues finalmente han aprendido adorar a Dios con un corazón puro y a invocarlo con una conciencia tranquila; han sido librados de tormentos interminables y a deleitarse verdaderamente en Cristo para reposar confiadamente en él. Pero si nos piden pruebas (que se hallan claramente manifiestas ante los hombres) de hecho no nos ha ido tan desafortunadamente que no podamos señalar numerosos motivos para regocijarnos. ¿Cuántos (que antes llevaban un curso vicioso de vida) no se han reformado de tal manera que se han convertido en nuevos hombres? ¿Cuántos, cuyas vidas anteriores eran libres de reproche (mas bien eran tenidos en la más alta estima) en vez de retroceder han podido declarar por su conducta que nuestro ministerio no ha demostrado ser estéril ni infructuoso? Nuestros enemigos, sin duda, por sus calumnias nos pueden afrentar

y destrozar, sobre todo entre los ignorantes; pero esto, ellos jamás podrán arrancar de nosotros, a saber, que en aquellos que han abrazado nuestra doctrina, mayor inocencia, integridad y verdadera santidad se encuentran, que en todos aquellos quienes entre ellos son tenidos como los más excelentísimos.

Pero si hay algunos (y admitimos que el número es demasiado grande) que pervierten el Evangelio, dando rienda suelta a sus pasiones, sin duda esto no es nuevo; y si fuera, ¿cómo se nos puede atribuir la culpa de ello? Es bien sabido que el Evangelio es la única regla de una vida buena y santa; pero en el hecho de que no todos se dejan ser gobernados por ello, y que otros (como si fuesen sueltos de todo yugo) pecan con mayor insolencia, reconocemos la verdad del refrán de Simeón, que Cristo «está puesto... para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.» (Luc. 2:34 -35). Si a Dios le place encender la luz del Evangelio, a fin de que la iniquidad oculta de los malos pueda ser expuesta, y que de esto ellos levanten calumnias contra los ministros del Evangelio y contra su predicación, es la máxima malicia y atrevimiento. Pero no les hago ningún agravio cuando replico contra ellos lo mismo de lo cual ellos procuran levantar acusación contra nosotros. Porque ¿de dónde aprenden los despreciadores de Dios su atrevido libertinaje, excepto de imaginarse, entre el alboroto de disensiones, que no hay nada que ellos no tengan libertad para hacer? Que reconozcan, por lo tanto, en esto como su propio delito: a saber, que retardando el curso de la verdad, alimentan a los impíos con esperanzas de escapar el castigo divino.

En cuanto a la acusación infame, de que carecemos disciplina y leyes diseñadas para mantener a la gente bajo un orden debido, les tenemos una respuesta doble. Si yo dijera que la disciplina se ha establecido lo suficiente entre nosotros, sería refutado por los discursos diarios, en los cuales nuestros maestros se lamentan de que

ésta todavía se halla desatendida. Pero, aunque no niego que carecemos la bendición de una buena disciplina, aún así, digo que se debería considerar quiénes son las personas por cuya causa hasta ahora no la disfrutamos, para asignarles a ellos mismos la culpa. Que nuestros enemigos nieguen, si pueden, que ellos mismos emplean toda maquinación para, no sólo estorbar nuestros esfuerzos en formar y constituir nuestras iglesias, pero también para deshacer y derribar cualquier cosa que comenzamos. Trabajamos diligentemente en edificar la Iglesia. Y cuando nos hallamos ocupados trabajando en esto, ellos a menudo entran agresivamente para perturbar nuestras operaciones sin permitirnos ningún descanso que podríamos emplear para arreglar los asuntos domésticos de la Iglesia. Después de esto nos acusan con la destrucción de la cual ellos son los causantes. ¿Qué clase de necesidad es ésta, el molestarnos constantemente y luego acusarnos que (como resultado de aquella molestia) no tenemos la libertad para establecer todas las funciones de la Iglesia? De cuán lejos aún estamos de la perfección, Dios es testigo por nuestros gemidos, y los hombres pueden testificar por nuestras quejas.

Pero entonces se dirá, que hay algunas cosas relacionadas a la disciplina que hemos descartado. Es cierto. Pero como cuando los hombres suelen — al reconstruir un edificio caído — recoger y juntar los pedazos que se hallan en montones o dispersos, a fin de que cada uno de estos pueda encajar en su lugar apropiado, así pues se nos ha obligado hacer. Porque si alguna parte de la disciplina antigua había sobrevivido, se hallaba tan mezclada y sepultada en un escombros de ruinas; había perdido tanto su forma original que ningún uso podría hacerse de ella antes de ser sacada fuera de entre la confusión.

Deseo, en todo caso, que nuestros contendientes nos estimulen con su ejemplo. Pero ¿cómo? La disciplina que ellos nos vociferan que no tenemos ¿la tienen ellos mismos? ¿No sería mejor que ellos se

uniesen con nosotros en reconocer y confesar sus faltas ante Dios, que reprendernos con aquello que puede devolverseles al instante sobre sus propias cabezas?

La disciplina consiste en dos partes: una, la que se relaciona con el clero, la otra, la que pertenece al pueblo. Ahora, deseo saber qué rigor emplean para mantener a su clero bajo una conducta honesta y casta. Aquella santidad más pura y más refinada a la cual los cánones antiguos ligaban al clero, no la voy a demandar de ellos. Pues yo sé como se burlan en sus adentros cuando alguien levanta del olvido aquellas leyes que hasta ahora han estado muertas por tantos siglos. Todo lo que pido de su clero es la decencia común, de manera que, aunque no se distinguen por pureza de vida, al menos no se vuelvan infames por la vileza.

Cuando alguno (por medio de regalos, o favores, o repugnante adulación, o recomendaciones ocultas) se introduce sutilmente al sacerdocio, los cánones lo declaran ser simonía, y ordenan que como tal sea castigado. ¿Cuántos, hoy en día, entran al sacerdocio de otra manera? Pero dejo, como he dicho, aquel rigor. De todos modos, aunque no hubiese leyes prescritas sobre el asunto, ¿cuán vergonzoso es que las casas de los obispos sean talleres de abierta y prostituta simonía? ¿Qué diré de la sede romana, donde ahora esto se ve como una cosa común que los sacerdotes están sujetos a la mejor oferta, o donde éstos son el alquiler pagado por alcahueterías, hechicerías y los delitos más obscenos? Si por lo menos el sentido común tiene alguna influencia entre nosotros, ¿qué tan monstruoso ha de ser que muchachos de doce años de edad sean hechos arzobispos? Cuando Cristo fue abofeteado, ¿acaso fue más insultado que por esto? ¿Podrá haber mayor burla hecha a Dios y a los hombres, que cuando un pueblo cristiano es regido por un muchacho y es instalado en el oficio de un padre y pastor?

Los estatutos de los cánones acerca de obispos y presbíteros son: que todos deben mantenerse alertas en sus oficios, y no ausentarse por mucho tiempo de su iglesia. Pero, supongamos que no hubiese tal precepto, ¿quién no ve que aún los turcos hacen escarnio del nombre *cristiano*, cuando alguno es llamado para ser pastor de una iglesia, a la cual no visita ni una sola vez durante su vida entera? Porque, en cuanto a residir permanentemente en el lugar donde él ha sido designado como pastor, ya hace mucho tiempo que este ejemplo se ha vuelto raro. Los obispos y los clérigos sostienen sus propios palacios, o moran comúnmente en las cortes de príncipes. Cada uno, según su gusto, elige el lugar donde él pueda vivir en lujos y placeres. ¡Aquellos que toman más placer en su madriguera, ciertamente puede decirse que residen en su propiedades eclesiásticas, pues son vientres ociosos, y que todo conocen menos su deber!

También los cánones antiguos prohíben asignar dos iglesias a un individuo. Bien, tengamos esta prohibición como si nunca hubiese existido. De cualquier modo, ¿con qué pretexto excusarán la absurdidad de amontonar cinco sacerdocios, o más, a un hombre? ¿De que uno, y a veces un muchacho, tome tres obispados establecidos a tal distancia el uno del otro que él apenas podría hacer el recorrido entre ellos en un año, si es que no hiciese otra cosa más?

Los cánones requieren, que en la promoción de sacerdotes, se haga un examen estricto de sus vidas y de su doctrina. Concedamos a los tiempos actuales, que no pueden ser ligados a una regla tan severa. Pero vemos cómo los ignorantes, y aquellos que carecen completamente tanto de estudios como de prudencia, son instalados sin ninguna discriminación. Aún cuando se contrata alguien para conducir mulas, más se toma en cuenta su vida pasada que en la elección de un sacerdote. Esto no es ninguna invención ni exageración. La verdad es que llevan a cabo el procedimiento como si

fueran actores en un escenario, a fin de presentar una imagen de la práctica antigua. Los obispos, o sus representantes ¹⁵ preguntan, si aquellos a quienes ellos han determinado en ordenar sean dignos. Entre los que están presentes uno contesta: que son dignos. No hay necesidad de ir lejos para buscar un testigo, o para sobornar su testimonio. La ceremonia simplemente sirve como respuesta; todos los sacristanes, peluqueros y porteros la saben de memoria.

¹⁵ Texto latino, *suffraganei* ↩

Luego, después de la ordenación, la menor sospecha de lascivia en el clero debería ser (según los cánones antiguos) corregida; y si fuere hallado culpable que sea castigado con deposición y excomunión. Remitamos algo de este rigor antiguo. Sin embargo, ¿quién se dirá de la lascivia que se tolera a diario, tanto como si se entendiese que se tiene derecho para cometerla? Los cánones declaran, que por ninguna razón le será permitido a un clérigo entregarse a la caza, al juego, al libertinaje, o a los bailes. Más bien, aún hasta expulsan del ministerio a todo hombre que se halle conectado con cualquier clase de infamia. De igual manera todos aquellos que se involucran en asuntos profanos, o a tal grado se enredan en oficios civiles que distraen su atención del ministerio —en una palabra, todos aquellos que no son diligentes en cumplir con sus deberes, ordenan ser corregidos rigurosamente, y si no se arrepienten, que sean depuestos. Se objetará que estos remedios ásperos, que cortan con todo vicio en lo más profundo, la presente época no puede sobrellevar. Que sea así, yo no demando de ellos tanta pureza. Pero cuando un libertinaje desenfrenado reina en el clero, un libertinaje tan desenfrenado que (más que cualquier otro estado) añade a la corrupción al mundo que ya está tan corrompido, ¿quién puede ignorarlos?

Con respecto a la disciplina que se ejerce sobre el pueblo, el asunto se halla así: —Mientras que el dominio del clero permanezca intacto, mientras que nada se despoje de su tributo o su rapiña, casi

cualquier cosa se puede hacer sin castigo alguno o se puede pasar por alto. Por dondequiera vemos toda clase de maldad en las costumbres de la sociedad. Como prueba de esto, no llamaré a ningún otro testigo más que a su Majestad Imperial y a vosotros ilustrísimos príncipes. Confieso que el hecho se puede atribuir a muchas causas, pero entre muchas, la causa primaria es, que los sacerdotes, ya sea por permisividad o por descuido, han permitido que los impíos den rienda suelta a sus concupiscencias. ¿Cómo actúan hoy en día? ¿Qué cuidado emplean para erradicar los vicios o al menos para reprimirlos? ¿Dónde están sus reprensiones? ¿Dónde están sus censuras? Omitiendo otras cosas ¿qué uso se hace de la excomunión, aquella excelente fibra de disciplina? Es cierto que bajo el nombre de excomunión, tienen un relámpago de tiranía que lanzan contra aquellos que ellos llaman contumaces. Pero, ¿qué contumacia castigan, a menos que sea la de personas que, cuando citadas ante su tribunal por asuntos de dinero, no han comparecido o no han podido satisfacer sus demandas por causa de la pobreza? Y así, el remedio de más provecho para castigar al culpable ha sido, simplemente, cometer abusos contra los pobres e inocentes. Tienen, además, la ridícula costumbre de castigar delitos ocultos con un anatema, como en el caso donde un robo se ha cometido y el ladrón se desconoce. Esta práctica está totalmente en desacuerdo con la institución de Cristo.

Pero, aunque muchas cosas vergonzosas ocurren abiertamente ante los ojos de todos, en cuanto a ellos la excomunión yace dormida. ¡Y sin embargo las mismas personas entre quienes todos estos desenfrenos prevalecen tienen el atrevimiento de reprendernos por falta de orden! Sin duda, si somos igualmente culpables, no ganamos nada acusándolos. Pero en lo que he dicho hasta ahora, mi propósito no ha sido evadir por recriminación la acusación que traen contra nosotros, sino mostrar el verdadero valor de aquella disciplina de que ellos se quejan que hemos derrocado. Si se cree que es

apropiado comparar las dos, confiamos que nuestro desorden, tal como es, será hallado en todo caso algo más ordenado que la clase de orden en la cual ellos se glorían. No trato de disimular nuestros defectos cuando así hablo. Sé cuánto necesitamos que sea mejorado. Indudablemente, si Dios nos pidiese cuentas, difícil sería justificarnos; pero cuando se nos llama a responder a nuestros enemigos tenemos una mejor causa, y una victoria más fácil de la que podríamos desear.

Con semejante descaro, vociferan que nos hemos apropiado de los bienes de la Iglesia, y que los hemos aplicado a usos profanos. Si dijese que no hemos pecado en este respecto, mentiría. En efecto, los cambios de tal magnitud rara vez se hacen sin que no traigan inconvenientes juntamente con ellos. Si en esto se ha pecado no lo justifico. Pero, ¿con qué semblante nos acusan nuestros adversarios de este crimen? Ellos dicen que es sacrilegio convertir los bienes de la Iglesia a usos ajenos. Lo admito. Añaden que nosotros hacemos esto. Respondo, que no rehuimos en lo mínimo en responder a nuestro favor, a condición de que ellos también, a cambio, estén listos para abogar su causa. Atenderemos inmediatamente a nuestro propio caso; entre tanto, veamos lo que ellos hacen.

De obispos no digo nada, excepto lo que todos ven, que no sólo compiten con príncipes en el esplendor de sus vestidos en la sobreabundancia en sus mesas, en el número de sus criados, en la magnificencia de sus palacios — en una palabra, en toda clase de disipaciones; pero que también derrochan y malgastan las rentas eclesiásticas en gastos de lo más vergonzoso. No diré nada de la cacería, nada de la montería, no diré nada de otros placeres que absorben no una pequeña parte de sus ingresos. Pero, tomar de la Iglesia a fin de gastarlo en rufianes y alcahuetas, es ciertamente ignominioso al máximo grado. Entonces, cuán absurdo es que se

ensoberbezcan no sólo en pompa y vanidad, pero que la lleven a una exageración sin límites.

Hubo un tiempo, cuando la pobreza en los sacerdotes era elogiada como algo glorioso. Así se consideró en el Concilio de *Aquila*. En cierta ocasión, también se decretó que un obispo debería residir dentro de una distancia corta de su iglesia en una vivienda humilde, con una provisión escasa y de simples accesorios (*Concilio de Cartago* iv. cap. iv. Can. 14) ¹⁶. Pero, sin tener que acudir a aquel rigor antiguo (después que numerosas corrupciones se habían introducido silenciosamente con el aumento de riquezas y lujos) aún entonces la ley antigua fue otra vez confirmada en que los ingresos eclesiásticos eran divididos en cuatro partes: uno para que el obispo lo usase para la hospitalidad y para ayudar aquellos en necesidad, otro para el clero, el tercero para los pobres, y el cuarto para la reparación de iglesias. San Gregorio confirma que esta regla se observaba plenamente aún en su época. Además, así como no había ley sobre este asunto, así también por un tiempo no ha habido alguna ¹⁷ (pues lo que he mencionado, como en el caso de otras leyes, se hizo necesario por la corrupción de las costumbres). Aun así no hay hombre que no admita la verdad de lo que San Jerónimo dice, (*ad Nepotianum*), que la gloria de un obispo consiste en proveer para las necesidades de los pobres, y que la vergüenza de todo sacerdote es andar codiciando las riquezas de otros. Se creará, quizás, que otra regla que él prescribe allí mismo es demasiado severa: a saber, que se mantenga una mesa disponible para los pobres y para los forasteros. Sin embargo, también es igualmente justa.

¹⁶ Texto latino tiene por referencia, *Concil. Carthag. IV. cap. 14.* ¹⁷ Esta frase es algo oscura, el texto inglés dice: «Besides, where there no laws on the subject, and at one time there were none». El texto latino dice: «*Praeterea, ut nullae sint leges, sicut aliquando nullae fuerunt.* » [N. del T.]

Los clérigos cuanto más se acercan a los obispos en el grado de ingresos, tanto más se parecen a ellos. Los canónigos y los párrocos,

cuando no sacan lo suficiente de un sacerdocio para la glotonería, lujos y pompas, pronto averiguan el mejor método para remediar tal inconveniencia. Pues no hay nada que detenga aquel que sostiene cuatro o cinco sacerdocios en que devore en un mes mucho más de lo que recibe en un año. La obligación que tiene no se toma en cuenta. Pues hay vicarios prestos para tomarlos con gusto sobre sus hombros, a condición de que se les permita lamer alguna pequeña porción de los beneficios. Al contrario, pocos hay que estén contentos con un obispado o una rectoría. Aquellos del clero que viven al gasto público de la Iglesia (aunque pueden vivir de sus bienes) Jerónimo los señala como sacrílegos, (*Contra Clericos I, Quaestio 2.*) Por consiguiente, ¿qué debería pensarse de aquellos que absorben tres obispados en una sola vez: es decir, de cincuenta a cien ingresos razonables? Y, para que no se quejen que se les atribuye injustamente la falta de unos cuantos, ¿qué deberíamos pensar de aquellos que no sólo se recrean de los ingresos públicos de la Iglesia, pero que abusan de ellos para alquilar rufianes y rameras? Hablo sólo de lo que es notorio.

Entonces, si se pregunta (no digo de la orden entera sino de los pocos que residen en sus sacerdocios) ¿con qué derecho reciben por lo menos un sueldo frugal y moderado? Ni aún semejante pregunta ellos pueden contestar. Pues ¿qué deberes cumplen a cambio de ello? Del mismo modo como en la antigüedad (bajo la Ley) aquellos que servían en el altar vivían del altar, «*Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.*» (1 Cor. 9:14). Éstas son palabras de Pablo. Bien, entonces que nos muestren que son ministros del Evangelio, y no tendré ninguna dificultad en concederles su derecho a recibir sueldo. No se debe poner bozal al buey que trilla [1 Cor. 9:9]. Pero ¿acaso no es contrariamente a la razón que a los bueyes que aran se les deje pasar hambre y que los asnos perezosos sean alimentados? Sin embargo, dirán que ellos sirven en el altar. Respondo que los sacerdotes bajo la Ley merecían

ser mantenidos al ministrar en el altar, pero (como Pablo declara) la situación bajo el Nuevo Testamento es diferente. ¿Y cuáles son aquellos servicios del altar por los cuales ellos alegan que se les debe mantener? Es verdad que pueden efectuar sus misas y cantar en los templos; quiero decir, que en parte trabajan sin ningún propósito, y en parte perpetran el sacrilegio, provocando así la ira de Dios. ¡Mirad para qué son alimentados tales con los gastos públicos!

Hay quiénes acusan a nuestros príncipes de sacrilegio imperdonable, en que con violencia y con la mayor injusticia han arrebatado los bienes de la Iglesia que habían sido consagrados a Dios, y que ahora derrochan en usos profanos.

Ya he declarado que no estoy dispuesto en justificar todo lo que se hace entre nosotros; al contrario, declaro abiertamente mi insatisfacción en que no se rinde un mayor respeto a la aplicación debida de los ingresos eclesiásticos para aquellos usos para los cuales solamente fueron destinados. Esto deploro en común con toda persona honesta. Pero el único punto en la presente discusión es, ¿si nuestros príncipes han arrebatado sacrílegamente los ingresos de la Iglesia, cuando estos tomaron lo que se pudo rescatar de las manos de los sacerdotes y monjes? ¿Acaso se comete profanación al emplearlos más bien de otra manera, que en engordar vientres perezosos? Pues es su propia causa que nuestros adversarios defienden, no la causa de Cristo ni de su Iglesia. Indudablemente, juicios severos se denuncian contra aquellos que despojan a la Iglesia, y que arrebatan para su propio uso lo que a ella le pertenece. Pero al mismo tiempo se da la razón: que estos privan a los verdaderos ministros de su sostén, y que, al hacer morir de hambre a los pobres, son culpables de su sangre. Pero ¿qué tienen que ver con esto nuestros adversarios? Porque ¿quién de entre toda su compañía puede hacer la declaración que Ambrosio hizo una vez: que cualquier cosa que él poseía era el sueldo de los necesitados; y de

nuevo, que todo lo que un obispo tiene le pertenece al pobre? (*Ambrosio, Epistolae*, Lib. 5. Ep. 31 et 33.) Al contrario, ¿cuán pocos de ellos no abusan de lo que poseen con tanta libertad como si se les hubiera sido dado para ser pródigamente malgastado como se les antoje? Por tanto, les resultará vano protestar que se les priva de aquello que obtuvieron sin ningún derecho, y que derrocharon con la mayor abominación.

Y no sólo era lícito, pero también necesario que nuestros príncipes los privasen de esta manera. Cuando vieron a la Iglesia destituida de ministros verdaderos, y que los ingresos destinados para su sostén eran absorbidos por hombres ociosos y perezosos; cuando vieron el patrimonio de Cristo y de los pobres consumido por unos cuantos, o disolutamente derrochado en lujos costosos, ¿acaso no deberían ellos intervenir? Al contrario, cuando veían a los enemigos contumaces de la verdad acechar el patrimonio de la Iglesia, y aprovecharse de ello para atacar a Cristo, oprimir la sana doctrina, y perseguir a sus ministros, ¿no era correcto que inmediatamente lo arrancaran de sus manos, para que (en todo caso) tales no se vieses armados y proveídos con los recursos de la Iglesia para oprimir a la Iglesia? El rey Josías es elogiado por la autoridad del Espíritu Santo, porque al apercibir que los sacrificios sagrados eran consumidos incorrectamente por los sacerdotes, él designó a un oficial para pedirles cuentas (2 Cron. 24:14). Y sin embargo, estos eran sacerdotes a quienes Dios les había encargado la administración ordinaria. ¿Qué, pues, se debe hacer con aquellos que no ejercen ningún ministerio legítimo, y que no sólo (como estos) descuidan la reparación del templo, sino que emplean todo su vigor y recursos para derribar la Iglesia?

Pero alguien preguntará, ¿cómo se administran los ingresos asignados? Seguramente no en una manera totalmente libre de culpa, pero sí en una manera mucho mejor y más santa que como lo

hacen nuestros enemigos. Por este lado (en todo caso) los ministros verdaderos son apoyados, que alimentan sus rebaños con la doctrina de salvación; mientras que por otro lado, anteriormente, las iglesias destituidas completamente de pastores eran agraviadas con el sueldo de ellos. Dondequiera que había escuelas ú hospitales para los pobres, permanecen; en algunos casos sus ingresos han sido aumentados; en ningunos han sido disminuidos. En muchos sitios, también, en lugar de monasterios, hospitales han sido establecidos donde antes no había ninguno; en otros, nuevas escuelas han sido erigidas, en las cuales no sólo se han dado salarios regulares a los maestros, pero también los jóvenes son educados con la esperanza que después sean de servicio a la Iglesia.

En resumen, las iglesias obtienen en común muchas ventajas de estos ingresos, con los cuales, anteriormente, sólo los monjes y los sacerdotes se engordaban. Tampoco es una parte pequeña que se dedica a gastos particulares, aunque éstos tengan mucho derecho para tomarse en cuenta. Es cierto que mucho más se consume cuando las cosas se hallan en desorden, de lo que se haría si se hiciesen arreglos apropiados entre las iglesias. Pero nada podría ser más injusto que negar a nuestros príncipes y magistrados el derecho de hacer gastos de este tipo, no para su beneficio personal, sino para suplir las necesidades públicas de la Iglesia. Además, nuestros adversarios olvidan descontar su pillaje y sus demandas injustas, con las cuales comunidades fueron despojadas para sacrificios, de lo cual han sido ahora aliviadas. Pero hay una razón que (en gran medida) hace toda esta discusión innecesaria. Hace más de tres años nuestros príncipes declararon su deseo de hacer restitución, a condición de que se llevase el mismo curso contra aquellos que retienen una cantidad mucho más grande por una causa menos honorable, y que son culpables de mayor corrupción en su administración. Nuestros príncipes, por tanto, se hallan obligados en apoyar a su Majestad Imperial por la promesa de ellos. El documento

también está ante el mundo, para que esto no sea obstáculo para la uniformidad de doctrina.

La última y principal acusación que traen contra nosotros es que hemos hecho una división en la Iglesia. Y aquí alegan atrevidamente contra nosotros, que en ningún caso es lícito romper la unidad de la Iglesia. Hasta dónde nos injurian, los libros de nuestros autores lo atestiguan. Ahora bien, sin embargo, que tomen esta breve respuesta: que ni estamos en desacuerdo con la Iglesia, ni procuramos enajenarnos de su comunión. Pero, como por este título engañoso de *iglesia* suelen arrojar polvo en los ojos aún de personas por otra parte piadosas y prudentes, suplico a vuestra Majestad Imperial, y a vosotros ilustrísimos Príncipes: *primero*, a despojaros de todo prejuicio para que podáis prestar oído imparcial a nuestra defensa; en *segundo* lugar, que no os aterroricéis al instante cuando oigáis el nombre de Iglesia, sino recordad que los profetas y los apóstoles tenían (con la supuesta Iglesia de sus días) un combate semejante aquel que veis que tenemos en el día presente con el Pontífice romano y toda su tropa. Cuando ellos (por el mandato de Dios) lanzaban invectivas libremente contra la idolatría, la superstición y la profanación del templo y de sus ritos sagrados, contra el descuido y pereza de los sacerdotes, y contra la avaricia, crueldad y libertinaje común, se encontraban constantemente con la queja que siempre tienen nuestros adversarios en sus bocas: que al alejarse de la opinión común, ellos violaban la unidad de la Iglesia. El gobierno ordinario de la Iglesia en ese tiempo reposaba en los sacerdotes. Ellos no se lo habían apropiado para sí mismos con arrogancia, sino que Dios se los había conferido conforme a su Ley. Se tomaría demasiado tiempo para señalar todos los casos. Por lo tanto, tengámonos por satisfechos con un solo caso, el del profeta Jeremías.

Él tuvo que confrontarse con todo el grupo de sacerdotes, y las armas con que lo atacaban eran estas, «*Venid y maquinemos contra Jeremías; porque la ley no faltará al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta,*» (Jer. 18:18). Entre ellos tenían un sumo sacerdote, que al rechazar su juicio era tenido como un delito de pena capital. Además, éste [sumo sacerdote] tenía todo el orden (a quien Dios mismo le había entregado el gobierno de la Iglesia judaica) en común acuerdo con ellos [sacerdotes]. Si la unidad de la Iglesia es violada por aquel quien (instruido únicamente por la verdad divina) se opone a las autoridades ordinarias, tal profeta debe ser un cismático, porque, en nada subyugado por tales amenazas de combatir contra la impiedad de los sacerdotes, él perseveró constantemente.

Que la verdad eterna de Dios, predicada por los profetas y apóstoles, está en nuestro lado, estamos listos para demostrarlo, y en efecto es fácil para que lo aperciba cualquier hombre. Pero todo lo que se hace es atacarnos con este mazo¹⁸, «Nada puede justificar el alejarse de la Iglesia.» Negamos rotundamente que así sea. ¿Con qué, pues, nos importunan? Con nada más que esto, que a ellos les pertenece el gobierno ordinario de la Iglesia. Pero ¿cuánto mejor derecho tenían los enemigos de Jeremías para usar este argumento? A ellos, en todo caso, todavía les quedaba el sacerdocio legítimo, instituido por Dios; de manera que su vocación era incuestionable. Aquellos que en el día presente tienen el nombre de prelados, no pueden demostrar su vocación por ninguna ley humana o divina. Que estos dos casos, sin embargo, sean semejantes, aún así (a menos que antes condenen al santo profeta de cismático) no demostrarán nada contra nosotros con aquel título engañoso de *Iglesia*.

¹⁸ Texto latino, ariete 

He mencionado un solo profeta como un ejemplo. Pero todos los demás declaran que ellos tenían la misma batalla que luchar —

cuando aquellos sacerdotes impíos procuraban abrumarlos por una perversión de este título de *Iglesia*. ¿Y cómo actuaron los apóstoles? ¿No les era necesario al profesar ser siervos de Cristo, declarar guerra contra la sinagoga? Pero aun así no se perdió el oficio y dignidad del sacerdocio. Pero se dirá, que aunque los profetas y los apóstoles no estaban de acuerdo con los sacerdotes impíos en la doctrina, sin embargo mantenían aún la comunión con ellos en los sacrificios y en las oraciones. Admito que lo hacían, siempre que ellos no fuesen forzados a participar en la idolatría. Pero ¿cuál de los profetas leemos que haya ofrecido sacrificios alguna vez en Betel? ¿Cuáles de los fieles, suponemos que participó en sacrificios impuros, cuando el templo fue contaminado por Antioco y los ritos profanos fueron introducidos en él?

En resumen, concluimos que los siervos de Dios nunca se sintieron estorbados por este título hueco de *Iglesia*, cuando se alegaba para apoyar el régimen de la impiedad. No basta, por tanto, simplemente tomar el nombre de *Iglesia*, sino que se debe usar discernimiento para cerciorarse de cuál es la verdadera iglesia, y cuál es la naturaleza de su unidad. Y lo que se necesita atender, en primer lugar, es precaverse de separar la Iglesia de Cristo su Cabeza. Cuando digo Cristo, incluyo la doctrina de su Evangelio, que él selló con su sangre. Nuestros adversarios, por lo tanto, si quieren persuadirnos que ellos son la Iglesia verdadera, deben demostrar, en primer lugar, que la doctrina verdadera de Dios está entre ellos. Y este es el sentido de lo que a menudo repetimos: que las características uniformes de una Iglesia bien establecida son la predicación de la sana doctrina, y la administración pura de los sacramentos. Porque, como Pablo declara (Efe. 2:20) que la Iglesia está «edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas,» se sigue por necesidad que cualquier iglesia que no descansa sobre este fundamento debe caer inmediatamente. Vengo ahora a nuestros adversarios.

Ellos, sin duda, se jactan con arrogancia que Cristo está de su lado. Tan pronto como ellos lo manifiesten en su hablar sólo entonces lo creeremos. Del mismo modo, insisten en el término de *iglesia*. Pero preguntamos, ¿de dónde proviene aquella doctrina que Pablo declara ser el único fundamento de la Iglesia? Indudablemente, Cesárea Majestad, ahora puede ver que hay una enorme diferencia al abrumarnos con la realidad y al abrumarnos sólo con el nombre de «iglesia». Estamos preparados a declarar que aquellos que abandonan la Iglesia, la madre común de los fieles, «columna y baluarte de la verdad», de Cristo también se separan; pero cuando hablamos de Iglesia nos referimos a una que, de una semilla incorruptible, procrea hijos para la inmortalidad; y cuando los ha procreado, los alimenta con alimento espiritual (aquella semiente y alimento que es la Palabra de Dios); y que, por su ministerio, conserva en su pureza y totalidad aquella verdad que Dios depositó en su seno. Esta señal no es de ningún modo incierta, ni ilusoria; y esta es la señal que Dios mismo imprimió sobre su Iglesia, para que con ella pudiese ser diferenciada así. ¿Por ventura parecemos injustos en exigir ver esta señal? Dondequiera que esto no exista, ninguna forma de Iglesia relucirá. Si se alega simplemente el nombre, sólo tenemos que señalar aquel pasaje conocido de Jeremías, «*No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este.*» (Jer. 7:4). «*¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre?*» (Jer. 7:11).

De igual manera, la unidad de la Iglesia (como Pablo la describe) declaramos que la sostenemos como algo sacrosanto, y pronunciamos el anatema contra todos los que de cualquier modo la violan. El principio del cual Pablo toma la unidad es que hay «*un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos,*» quien nos llamó en una misma esperanza (Efe. 4:4-5). Por tanto, somos un cuerpo y un espíritu, como aquí se prescribe, si nos apegamos a Dios

solamente, esto es, estar ligados los unos a los otros por el lazo de la fe. Deberíamos, además, recordar lo que se dice en otro pasaje, « *que la fe viene por la palabra de Dios* » (Rom. 10:17). Por lo tanto, que quede establecido, que una unidad santa existe entre nosotros, cuando, consintiendo en la doctrina pura, estamos unidos en Cristo solamente. Y, en verdad, si el estar de acuerdo en cualquier tipo de doctrina fuese suficiente, ¿en qué podría distinguirse la Iglesia de Dios de las sectas profanas de los impíos? Por que, el apóstol poco después añade, que el ministerio fue instituido « *para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios... para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina... sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo aquel que es la cabeza, esto es, Cristo* » (Efe. 4:12-15). ¿Podría encerrar el apóstol más claramente toda la unidad de la Iglesia en un acuerdo sacrosanto en la doctrina verdadera, que cuando nos llama a Cristo y a la fe que se halla incluida en el conocimiento de Él, y en la obediencia a la verdad? Tampoco se necesita una demostración larga de esto por aquellos que creen que la Iglesia es aquel redil del cual sólo Cristo es el Pastor, y donde sólo su voz es oída y distinguida de la voz de los extraños. Y esto Pablo lo confirma, cuando ora a Dios por los Romanos « *para que les dé entre ellos un mismo sentir según Cristo Jesús; para que unánimes, a una voz glorifiquen a Dios* » (Rom. 15:5-6).

Por consiguiente que nuestros adversarios, en primer lugar, vengán a Cristo, y luego que nos condenen de cismáticos por atrevernos a disentir de ellos en doctrina. Pero, como ya he aclarado que Cristo ha sido desterrado de su compañía, y la doctrina de su Evangelio aniquilada, su acusación contra nosotros simplemente se reduce a esto, que nos apegamos a Cristo antes que a ellos. Por que ¿qué hombre, pregunto, creerá que aquellos que rehúsan ser alejados de Cristo y de su verdad a fin de rendirse al poder de los hombres, son de esta manera cismáticos y desertores de la comunión de la Iglesia?

Ciertamente confieso que se debe respetar a los sacerdotes, y que hay gran peligro al despreciar las autoridades ordinarias. Por lo cual, si dijeran que no se debe resistir sin razón las autoridades ordinarias, no tendríamos ninguna dificultad en acceder a esto. Pues no somos tan ignorantes como para no ver qué confusión se levanta cuando la autoridad de los gobernantes no se respeta. Por tanto, que los pastores mantengan su honor debido; un honor, sin embargo, que no se eleve por encima de la autoridad suprema de Cristo, a quien conviene que ellos y todo hombre le estén sujetos. Porque Dios declara por Malaquías, que el gobierno de la iglesia israelita fue entregado a los sacerdotes, con la condición que ellos cumpliesen fielmente el pacto hecho con ellos, es decir que sus «*labios han de guardar el conocimiento,*» y exponer la ley al pueblo (Mal. 2:7). Cuando los sacerdotes fracasaron completamente con esta condición, Él declara, que por su deslealtad, el pacto fue revocado y anulado. Los pastores se equivocan si piensan que se les delega el gobierno de la Iglesia en otros términos que en los de ser ministros y testigos de la verdad de Dios. De manera que entre tanto (en oposición a la ley y a la naturaleza de su oficio) se apresuran hacer guerra contra la verdad de Dios, cuídense de arrebatarse un poder que Dios nunca les otorgó, ni antes a los sacerdotes, ni ahora a los obispos, sobre otros términos que aquellos que se han mencionado.

Pero, porque ellos mantienen que la comunión de la Iglesia está limitada a un cierto régimen que ellos mismos han inventado, piensan que la victoria está a su favor, cuando señalan nuestra separación del primado de la sede romana. Pero no es difícil responder a esta primacía de la sede romana de que tanto se jactan. Este es un tema, sin embargo, que no trataré aquí, ya que esto ocuparía demasiado tiempo, y porque ya ha sido ampliamente tratado por nuestros escritores. Sólo pediré a vuestra Cesárea Majestad, y a vosotros ilustrísimos príncipes, que escuchéis a San Cipriano, cuando él menciona un mejor método para averiguar la

comunidad verdadera de la Iglesia, que aquel de someternos solamente al Pontífice romano, como lo hacen nuestros adversarios. Porque después de establecer la fuente de concordia eclesiástica sólo en la autoridad pastoral ¹⁹ de Cristo, cuya autoridad pastoral él afirma que todo obispo [o pastor] sostiene en totalidad al grado que se le ha comunicado, procede así: «Hay una iglesia, que, por el aumento de su fecundidad, se extiende en una multitud, así como los rayos del sol son muchos, pero es sólo una luz; hay muchas ramas en un árbol, pero es un solo tronco, sostenido por su fuerte raíz; y cuando muchos ríos fluyen de una fuente, aunque por mucho que se desborden por la abundancia, parezca haber una división en partes, aún así, en cuanto al origen, su unidad se conserva. Un rayo separado del cuerpo del sol no divide la unidad de la luz. Una rama quebrada de un árbol no puede germinar. Un río cortado de su fuente se seca. De este modo, también, la Iglesia de Dios, inundada con la luz, envía sus rayos por el mundo entero. No obstante es una sola luz que se difunde en todas partes. La unidad del cuerpo no es violada.» (San Cipriano, *De Unitate Ecclesiae*).

¹⁹ Esta es la mejor traducción del texto latino que dice, *Christi episcopatu* [literalmente, el episcopado o supervisión de Cristo]». 

Las herejías y las divisiones, por lo tanto, se levantan cuando no se regresa al origen de la verdad, cuando, ni se toma en cuenta la Cabeza, ni se guarda la doctrina del Divino Maestro. Si nos muestran una jerarquía en la cual los obispos se distinguen por no rehusar someterse a Cristo, en quien dependen como su única cabeza, y a quien todo lo que hacen lo refieren a Él, en quien cultivan el compañerismo fraternal los unos con los otros, y ligados por ningún otro lazo que su verdad; entonces, en efecto, admitiré que ningún anatema será demasiado fuerte contra aquellos que no cuidan rendirles reverencia y completa obediencia. Pero ¿hay algo parecido como esto en aquel espectro falso de jerarquía del cual ellos se ensoberbecen? El Pontífice romano como el sólo vicario de Cristo se

eleva, y domina sin ley y sin medida, a la manera de un tirano; más bien domina con el más desenfrenado descaro de cualquier tirano. El resto del cuerpo es formado más según su propia norma que la de Cristo. La luz de que San Cipriano habla, con esto es extinguida, la abundante fuente es cortada; lo único que se exhibe es la altura del árbol, pero un árbol cortado de su raíz.

No ignoro que para defender el primado de la sede romana nuestros adversarios tienen buena razón para trabajar tan tenazmente. Ellos reconocen que tanto ellos como su todo depende en ello. Pero lo que resta de vuestra parte, potentísimo Emperador y vosotros ilustrísimos Príncipes, es en estar alertas a fin de que ellos no os engañen con explicaciones huecas, como suelen engañar a los incautos. Y, en primer lugar, este supuesto primado, aun ellos mismos se ven obligados en admitir que fue establecido no por ninguna autoridad divina, sino por la simple voluntad de los hombres. Al menos, cuando damos prueba de este hecho, aunque ellos no lo admiten abiertamente, no obstante al combatirlo, en cierto modo se ven avergonzados. En efecto, hubo un tiempo cuando ellos audazmente pervirtieron ciertos pasajes de la Escritura para confirmar esta falsedad palpable; pero tan pronto como vino cerca a nuestra consideración, fue fácil arrancar de sus manos los pedazos de caña, que a cierta distancia habían dado el aspecto de ser espadas. Privados, por tanto, de la Palabra de Dios, se refugian buscando ayuda en la antigüedad. Pero aquí, también, sin gran dificultad los deshacemos. Pues tanto los escritos de los santos padres, las actas de los concilios, como toda la historia, ponen en claro que este punto culminante de poder, que los pontífices romanos han poseído ahora durante aproximadamente cuatrocientos años, se obtuvo gradualmente, o mejor dicho se introdujo en parte clandestinamente y en parte se arrebató violentamente.

Pero perdonémosles esto, y concedámosles que el primado fue divinamente otorgado a la sede romana, y que ha sido ratificado por el consentimiento uniforme de la Iglesia antigua; con todo, sólo puede haber lugar para este primado bajo la suposición de que Roma tiene tanto una verdadera Iglesia como un verdadero obispo. Porque el honor de la sede no puede permanecer después de que la sede misma ha dejado de existir. Pregunto ¿en qué respeto el Pontífice romano cumple el deber de obispo, para obligarnos a reconocerlo como un obispo? Hay un famoso dicho de San Agustín, «el obispado es el nombre de un oficio, y no un simple título de honor.» Y los sínodos antiguos definen los deberes de un obispo: en alimentar al pueblo por la predicación de la Palabra, en administrar los sacramentos, en regular el clero y el pueblo por una sacrosanta disciplina, y en apartarse (a fin de no ser distraído de estos deberes) de todos los cuidados ordinarios de la vida presente. En todos estos deberes, los presbíteros deben ser los colaboradores del obispo. ¿Cuáles de estas cosas el Papa y su cardenales creen que están haciendo? Que digan, entonces, sobre qué fundamento quieren ser reconocidos como pastores legítimos, entre tanto que ni con su dedo meñique, ni aun de apariencia, tocan parte alguna del deber.

Pero concedámosles todo esto — es decir que es obispo aquel que ignora completamente cada parte de su deber, y que es iglesia aquella que carece, tanto del ministerio de la Palabra como la administración pura de los sacramentos; de cualquier modo, ¿qué respuesta dan cuando añadimos no sólo que esto carece, sino que todo lo que existe es contrariamente opuesto? Por varios siglos aquella sede ha mantenido supersticiones impías, abierta idolatría y doctrinas perversas, mientras que aquellas grandes verdades (en las cuales la religión cristiana principalmente consiste) han sido suprimidas. Por la prostitución de los sacramentos al lucro asqueroso, y a otras abominaciones, Cristo ha sido puesto a tal escarnio extremo, que en cierto modo ha sido crucificado de nuevo.

¿Podrá ser la madre de todas las iglesias, aquella que no retiene, no digo sólo la forma, pero ni aún un sólo rasgo de la Iglesia verdadera, y que ha roto todo vínculo de sagrada comunión que une a los creyentes?

El Pontífice romano se opone ahora a las doctrinas del Evangelio que están resurgiendo, tal como si su propia cabeza corriera peligro.

¿Acaso no demuestra este mismo hecho que no habrá ninguna seguridad para su sede a menos que él extermine totalmente el reino de Cristo? Vuestra Cesárea Majestad sabe cuan amplio campo de discusión se me abre aquí. Pero para concluir este punto en pocas palabras, yo niego que la sede romana sea *apostólica*, en la cual no se ve mas que una horrenda *apostasía*; niego que él sea el vicario de Cristo, quien al perseguir furiosamente el Evangelio, por su conducta manifiesta ser el Anticristo; niego que él sea el sucesor de Pedro, quien hace todo lo posible para demoler todo lo que Pedro construyó; y niego que él sea la Cabeza de la Iglesia, quien por su tiranía desgarrar y destroza la Iglesia, después separarla de Cristo su verdadera y única Cabeza. Que me desmientan todo esto aquellos que están resueltos a sujetar la jerarquía de la Iglesia a la sede romana, quienes no vacilan en subyugar las doctrinas firmes y manifiestas del Evangelio a la autoridad del Papa. Sí, digo, que desmientan esto; pero entre tanto, potentísimo Emperador y vosotros ilustrísimos Príncipes, sólo considerad, si al pedir esto es justo o injusto.

Por lo que se ha dicho, sin duda alguna os será fácil apercibir cuán poca atención merece la calumnia de nuestros adversarios, cuando nos acusan de impío atrevimiento (y en cierta manera de implacable audacia) por haber procurado purificar la Iglesia de corrupción, tanto en doctrina como en ceremonias, sin esperar las órdenes del Pontífice romano. Ellos dicen que hemos hecho lo que personas individuales no tienen ningún derecho hacer. Pero, en cuanto a

mejorar la condición de la Iglesia, ¿qué podría esperar se de aquel que demanda que nos sometamos a él ²⁰? Cualquiera que considera cómo Lutero y los otros reformadores actuaron en el principio, y cómo procedieron después, juzgará innecesario pedir defensa a nuestro favor. Cuando las cosas se hallaban todavía intactas, Lutero mismo suplicó humildemente al Pontífice que fuese persuadido en curar los gravísimos males de la Iglesia. ¿Cuál fue el resultado? Los males habiendo aun aumentado, la necesidad del caso (aun cuando Lutero hubiera permanecido callado) debería haber sido suficiente motivo para impulsar al Papa a no demorar más. El mundo cristiano entero claramente demandaba esto de él, y él mismo tenía en sus manos los medios de satisfacer los deseos de todos los piadosos. ¿Hizo él así? Ahora, él sólo habla de impedimentos. Pero si se averigua la fuente de la causa, se verá que desde el principio él ha sido, tanto para él como para otros, el único impedimento.

²⁰ Texto latino, *loco cedere oportebat*, literalmente «ceder lugar a alguien». ↩

Pero, ¿por qué insistir en estos argumentos insignificantes? ¿Acaso no es en sí mismo un argumento de claridad y peso suficiente, que (desde el principio hasta ahora) él no da esperanza alguna de ponernos de acuerdo con él hasta que otra vez sepultemos a Cristo, y volvamos a toda la impiedad que antes existía, a fin de que él la establezca en una base más firme que antes? Esta, indudablemente, es la razón por la cual aún, en el día presente nuestros adversarios prohíben tenazmente que no teníamos ningún derecho de entremeternos con la restauración de la Iglesia —no que no era necesario (esto sería un descaro infame en negarlo), sino porque están deseosos que también la seguridad como la ruina de la Iglesia dependa en el simple mandato y placer del Pontífice romano.

Atendamos ahora al único remedio que nos dejan aquellos que piensan que es impío mover tan sólo un dedo, sin importar que tan grandes sean los males por los cuales la Iglesia es oprimida. Ellos

nos difieren o aplazan a un concilio universal. ¿Qué? Si la mayor parte, por su obstinación, se apresura sobre su propia destrucción, ¿debemos por esa causa perecer juntamente con ellos, cuando tenemos los medios para tomar consejo para nuestra propia seguridad? Pero ellos dicen que es una cosa horrenda violar la unidad de la Iglesia, y que la unidad se viola si algún partido determina un artículo de fe por sí mismo sin llamar a los demás. Luego, de allí agrandan las inconveniencias a las cuales tal curso podría conducir: que nada podría esperarse, sino una horrenda devastación y una confusión caótica, si cada individuo y nación adoptase para sí mismo su propia forma de creencia. Cosas como estas podrían mencionarse con justicia, y aún apropiadamente para la ocasión, si cualquier miembro de la Iglesia (en desprecio de la unidad) por su propia cuenta se separase a sí mismo de los demás. Pero eso no es ahora el punto en controversia.

Desearía, en efecto, si fuese posible que todos los soberanos y estados del mundo cristiano se uniesen en una liga sacrosanta, y que procurasen una enmienda concurrente de los males presentes. Pero como vemos que algunos se muestran contrarios a una condición mejor, y que otros (envueltos con guerras u ocupados con otros cuidados) no pueden prestar su atención al asunto, ¿cuánto tendremos (mientras que esperamos a otros) que demorar en tomar consejo para nosotros mismos? Y para explicar más libremente la fuente de todos nuestros males, vemos que el Pontífice romano (si él puede impedirlo) nunca permitirá en absoluto a todas las iglesias a unirse, no digo en un asesoramiento debido [para buscar reforma], pero en reunir un concilio. Él, ciertamente (tan a menudo como se le pide) va a dar promesas abundantes, siempre y cuando él vea todas las avenidas cerradas, y todas las entradas impedidas, mientras que él tenga en su mano obstáculos que pueda arrojar de vez en cuando, sin faltarle pretextos para enredar y confundir. Con unas pocas excepciones, todos los cardenales, obispos y superiores están de

acuerdo entre ellos mismos en esto, ya que su único pensamiento es cómo retener la posesión de su usurpada tiranía. En cuanto al bienestar o la destrucción de la Iglesia, no les da el menor cuidado.

No tengo miedo, potentísimo Emperador é ilustrísimos príncipes, que mi declaración parecerá increíble, o que será difícil persuadiros de su verdad. No, antes bien apelo a las conciencias de todos vosotros, si he declarado algo que vuestra propia experiencia no confirma. Mientras tanto, la Iglesia yace en la situación crítica mas baja: un número infinito de almas, sin saber qué dirección tomar, se hallan miserablemente perplejas; muchos aún (a quienes la muerte se les adelanta, si el Señor no los salva milagrosamente) perecen; diferentes sectas se levantan; muchos — cuya impiedad yacía antes oculta — asumen, por las disensiones presentes, una libertad para no creer nada en absoluto; por otra parte, muchas mentes no inclinadas a la malicia, comienzan a abandonar sus convicciones religiosas. No hay ninguna disciplina para detener estos males; entre nosotros que nos gloriamos solamente en el nombre de Cristo, y que tenemos el mismo bautismo, no hay más acuerdo que si profesáramos religiones completamente diferentes. Y la cosa más miserable de todas es, que a la vuelta (más bien casi a la vista) se ve un desmoronamiento de toda la Iglesia, para la cual, después de que esto haya ocurrido, será en vano buscar remedios.

Por lo tanto, ya que al traer ayuda a la Iglesia en su gran angustia y peligro extremo, ninguna prontitud puede ser demasiado rápida, ¿qué hacen aquellos que nos remiten a un concilio general (del cual no se ve ninguna posibilidad) sino insultar tanto a Dios como a los hombres? Los alemanes deben por lo tanto someterse a este juicio: o que deseen mejor ver tranquilamente a la Iglesia de Dios perecer de su nación, cuando ellos pueden remediar sus desórdenes, o que se despierten al instante a sí mismos para la tarea. Aunque no adoptarán esta segunda alternativa tan rápido que el que ahora

mismo sean condenados por haber tardado tanto. Pero aquellas personas (quienquiera que sean) que bajo pretexto de demandar un concilio general, interponen retrasos, claramente no tienen ningún otro fin en mente, que por este artificio alargar el tiempo. Por consiguiente no deben ser más escuchados que si confesasen con palabras lo que en realidad con hechos demuestran —a saber, que están dispuestos en procurar su propio beneficio a cambio de la destrucción de la Iglesia.

Pero se dice que sería algo sin precedentes para los alemanes emprender por sí solos esta reforma; que en ningún caso, cuando controversias han surgido sobre doctrinas de religión, se ha oído alguna vez que una sola provincia haya emprendido su investigación y decisión. ¿Qué es lo que oigo? ¿Acaso piensan que por esta simple afirmación persuadirán al mundo en creer lo que las historias de todos los tiempos refutan? Tan a menudo como una nueva herejía surgía, o la Iglesia era abrumada por alguna disputa, ¿no era la costumbre común de convocar inmediatamente un sínodo provincial para poner fin al disturbio? Nunca fue la costumbre de recurrir a un concilio general sin antes haber tratado aquel otro remedio. Antes de que los obispos de toda la comunidad cristiana se reuniesen en Nicea para refutar a Arrio, ya varios sínodos se habían llevado a cabo en el Oriente con aquel propósito. Por razón a la brevedad, dejo a un lado otros ejemplos. Pero lo que nuestros enemigos rechazan como extraño es comprobado por los escritos de los antiguos, que ésta era la práctica común. Déjese, pues, este pretexto mentiroso de novedad.

Si los obispos africanos hubieran alimentado esta idea supersticiosa, hubiera sido demasiado tarde haber confrontado a los donatistas y pelagianos. Los donatistas ya habían arrastrado a su partido una gran parte de África, y ni siquiera un lugar se hallaba del todo libre del contagio. Esto fue una controversia de la mayor importancia que trataba de la unidad de la Iglesia y de la administración correcta del

bautismo. Según la nueva sabiduría de nuestros adversarios, los obispos ortodoxos deberían haber mandado el asunto a un concilio general, a fin de no separarse de los demás miembros de la Iglesia. ¿Es esto lo que hicieron? Al contrario, sabiendo que para apagar un incendio actual ningún tiempo debe perderse, ellos importunaban y seguían de cerca a los donatistas, ahora convocándolos a un sínodo, ahora, como si fuese, entrar en combate con ellos en argumentación.

Que nuestros enemigos condenen de separación impía de la Iglesia a San Agustín y a los otros santos varones de aquella época que concurrieron con él. Pues, por autoridad imperial obligaron a los donatistas a entrar en debate con ellos sin reunir un concilio general, y no titubearon tratar en un sínodo provincial la controversia más difícil y peligrosa. Allí, también, Pelagio levantó su cresta [most ró su soberbia]; al instante un sínodo se llevó a cabo para reprimir su atrevimiento. Cuando (después de fingir arrepentimiento durante un corto tiempo) había vuelto a su vómito, con el estigma que se le había fijado por su impiedad en África se dirigió él mismo a Roma, donde fue recibido con abundante generosidad. ¿Qué curso tomaron los piadosos obispos? ¿Alegaron que se consideraban tan solo miembros particulares de la Iglesia, y que deberían aguardar la ayuda de un concilio general? Al contrario, ellos mismos se reunieron en la primera oportunidad; y una y otra vez anatematizaron el dogma impío por el cual ya muchos habían sido infectados, pronunciando y definiendo libremente el parecer que se debería sostener en cuanto al pecado original y a la gracia regeneradora. Después, ciertamente, enviaron a Roma una copia de sus procedimientos: en parte, para que por medio de una autoridad y consentimiento común, ellos pudiesen aplastar más eficazmente la contumacia de los herejes, y en parte para que pudiesen amonestar a otros de un peligro, contra el cual todos deberían estar de pie en guardia.

Los aduladores del Pontífice romano distorsionan esto en otra dirección, como si los obispos hubieran suspendido su decisión hasta que los procedimientos fuesen ratificados por Inocente V, quién entonces presidía sobre la Iglesia de Roma. Pero esta desvergüenza más que suficiente es refutada por las palabras de los santos padres. Ya que ellos no pidieron consejo de Inocente V en lo que deberían hacer, o se lo enviaron para su decisión, o aguardaron sus órdenes o su autoridad; sino que ellos relatan que ya se habían informado de la causa y habían llegado a una decisión, condenando tanto al hombre [Pelagio] como a la doctrina, a fin de que Inocente V, también imitase su ejemplo, si él deseara no faltar en su deber. Estas cosas se hicieron entre tanto que las iglesias estaban de acuerdo unas con las otras en la sana doctrina. Ahora bien, cuando todo amenaza con la ruina, a menos que se halle socorro rápido, ¿por qué esperar el consentimiento de aquellos que no dejan ni una piedra sin voltear para estorbar la verdad (que ellos mismos han derrocado) de Dios, y que vuelva otra vez a levantarse?

Ambrosio, en su día, tuvo una controversia con Auxencio [obispo arriano] sobre el artículo principal de nuestra fe, es decir, sobre la deidad de Cristo. El emperador dio apoyo a la opinión de Auxencio. Sin embargo, Ambrosio no apela a un concilio general, como si una causa tan importante fuese decidida de otra manera. Él sólo exige que, siendo un asunto de fe, se tratase en la Iglesia en presencia del pueblo. Y ¿cuál era el propósito de los sínodos provinciales, que se llevaban a cabo con regularidad dos veces al año, sino para que los obispos consultasen juntos en circunstancias urgentes? Así lo explica el canon diecinueve del Concilio de Calcedonia. Una promulgación antigua manda que los obispos de cada provincia se reúnan dos veces al año. El Concilio de Calcedonia nos da la razón: para que se pueda corregir cualquier error que haya surgido.

Nuestros adversarios (contrario a lo que todos saben) niegan lo legítimo de tratar la corrupción de doctrina o conducta, hasta que se haya presentado delante de un concilio general. Antes bien, por esta misma escapatoria los arrianos, Paladio y Secundiniano, repudiaron el Concilio de Aquilea, porque no era un concilio entero ni general, estando ausentes todos los obispos del Oriente, y pocos aun del Occidente se presentaron. Y ciertamente apenas la mitad de los italianos se habían reunido. El obispo romano no había venido en persona, o enviado a alguno de sus presbíteros para representarlo. A todas estas objeciones Ambrosio responde: que no era una cosa nueva para los obispos occidentales tener un sínodo, ya que la práctica era común entre los orientales. Los emperadores piadosos que convocaron el concilio habían actuado sabiamente en dar a todos la libertad de venir, sin obligación alguna; y, como resultado, todos lo que creían conveniente venir, vinieron, sin que nadie se le prohibiese. Aunque los herejes continuaban con sus objeciones evasivas, no por eso los santos padres abandonaron su objetivo. Después de tales ejemplos, sin duda, vuestra Cesárea Majestad no debe verse impedido para usar los medios dentro de su alcance para devolver el cuerpo del Imperio a una concordia sacrosanta.

Aunque (como ya se ha observado) nuestros enemigos, que aconsejan dilación, en fin, lo hacen no con el propósito de considerar más tarde el bienestar de la Iglesia sino sólo para ganar tiempo con la tardanza. Creen que, si ellos logran relegarnos a un concilio general, la dilación será lo suficientemente larga. Bien, sin embargo, supongamos que no hay ningún obstáculo para convocar inmediatamente un concilio general; también supongamos que ha sido convocado en serio, que el día de reunión está a la mano, y que todo está preparado. El Pontífice romano presidirá, por supuesto; o si él rehúsa venir, enviará a uno de sus cardenales, como embajador para presidir en su lugar, y seleccionará indudablemente aquél que él cree ser más fiel a sus intereses. El resto de los cardenales tomarán

sus asientos, y a un lado de ellos los obispos y abades. Los asientos de más abajo serán ocupados por miembros ordinarios que (en su mayor parte) serán seleccionados como vasallos para vociferar las opiniones de aquellos de más arriba. En efecto, resultará que algunos pocos hombres honestos tendrán asientos entre ellos, pero serán despreciados por la pequeñez de su número; y debilitados por el miedo, o desanimados por la desesperanza de hacer algún bien, serán callados. Si por ventura, alguno de ellos intenta hablar, al instante será anegado por el ruido y el clamor. Pero la multitud estará más presta a sufrir cualquier cosa antes que permitir que la Iglesia sea restaurada a una mejor condición. En cuanto a la doctrina no diré nada. ¡Ojala se acercasen a la causa con un ánimo honesto y dócil! Pero es tan cierto como la misma certeza, que la única determinación de todas será no escuchar nada que se diga, o razones que respalden, sin importar lo que sea. Al contrario, no sólo llenarán sus oídos con terquedad y obstinación (para no obedecer la verdad), pero también se armarán con ferocidad para resistirla. Y ¿por qué? ¿Es posible que aquellos que no admiten ninguna mención en sus oídos de la sana doctrina, retiren espontáneamente su oposición, tan pronto como cuando venga a ser una materia para poner en práctica de inmediato? ¿Podemos esperar que aquellos que conspiran constantemente para prevenir que el reino de Cristo que se halla derribado vuelva a elevarse otra vez en el mundo, echen mano para levantarlo y extenderlo? ¿Por ventura aquellos que ahora, con fuego y espada, proceden con furor contra la verdad, y hacen todo lo que pueden para excitar e inflamar la crueldad de otros, se mostrarán moderados y clementes? De hecho si no hubiese más, lo dejo a vuestra prudencia, potentísimo Emperador e ilustrísimos Príncipes, de considerar si es para el interés propio del Pontífice romano y de todo su partido, que la Iglesia se restaure a un verdadero orden, y que su condición más corrupta sea reformada según la norma estricta del Evangelio. ¡Cuánto acontece generalmente olvidar el bienestar

propio y disponer el corazón y el alma para promover el bienestar común, lo habréis descubierto por experiencia cierta!

Vuestra Majestad, ¿abandonará la Iglesia en las manos de ellos, para que la reformen según su propia voluntad, o mejor dicho según su propio capricho? ¿Permanecerá indeciso aguardando las órdenes de ellos, determinado a nunca consultar por el bien de la Iglesia hasta que ellos consientan? Si ellos saben que ésta es su intención, ellos se desenredarán por un proceso fácil. Ellos decidirán que las cosas deben permanecer como están. Pero supongamos que de tal manera serán vencidos, ya sea por un sentido de vergüenza, o por la autoridad de vuestra Majestad y de los demás Príncipes, como para poner algún aspecto de moderación y ceder un poco de su poder, ¿van aceptar, de su propia voluntad, el ser obligadamente reducidos a un orden para que el reino de Cristo pueda ser levantado? Pero si no lo hacen, ¿con qué fin se les confía el cuidado de reformar la Iglesia, si no es para exponer las ovejas a los lobos? Si no hay ninguna otra alternativa, sería preferible abandonar la Iglesia y perder toda esperanza de ayuda alguna, que dejarla caer en manos de tales médicos.

Ciertamente, hubiera sido digno de aquellos que tienen el nombre y que sostienen el oficio de pastores ser los primeros para acudir a su ayuda. Confieso que les hubiera sido digno el presentarse como líderes, y unir a los príncipes con ellos, como compañeros y colaboradores en este sagrado trabajo. Pero, ¿qué si ellos mismos rehúsan hacerlo? ¿Qué si no están dispuestos que sea hecho por otros? ¿Qué si no dejan piedra sin voltear a fin de prevenirlo? ¿Acaso debemos seguir tomándolos en cuenta? ¿Acaso ningún hombre debe moverse hasta que ellos den la señal? ¿Debemos seguir escuchando su solemne cantinela, «Nada debe procurarse hasta que el Papa lo haya aprobado»?

Por consiguiente, vuestra Majestad, y también vosotros ilustrísimos príncipes y varones distinguidos, tened en mente, como un hecho cierto, que la Iglesia (no sólo traicionada, abandonada, y desahuciada por sus pastores, pero también afligida, abrumada con calamidades, y condenada a la destrucción) recurre a vuestra clemencia y protección. Antes bien, miradlo de esta manera: Dios ahora os ha proporcionado con una ocasión propicia para dar una prueba segura e incuestionable de vuestra fidelidad hacia Él. No hay nada en que todos los hombres deberían sentir el más profundo interés; nada en que Dios desea que manifestemos un celo más intenso, que en procurar que la gloria de Su nombre permanezca inmaculada, que su reino sea avanzado, y que aquella doctrina pura (que solo puede dirigirnos a la adoración verdadera) prospere en un vigor pleno. Cuánto más, por consiguiente, los príncipes deben cuidar en atender, desempeñar y llevar a una culminación estas cosas, viendo que Dios se ha dignado de comunicarles de Su nombre, para que ellos puedan ser en la tierra los guardianes y defensores de su gloria.

Os suplico que no prestéis oído a hombres impíos, ya sea que os lisonjeeen con una apariencia falsa de ofrecer consejo, a fin de que la Iglesia no reciba ningún alivio de vuestra mano, o ya sea que debiliten la causa — aunque sea la mayor de todas las causas — para que vosotros seáis más negligentes en asumir el cargo de ella, o a impulsaros a métodos violentos para proceder en ella. Hasta ahora han perdido su trabajo, vuestra Cesárea Majestad, al procurar encender vuestro furor, y en cierto modo, vestiros con las armas. Ciertamente, vuestra Majestad, transmitirá a la posteridad la alabanza distinguida, tanto de magnanimidad como de prudencia, en no haberse dejado ser movido de la moderación por consejos turbulentos con que habéis sido hostigados tan fuertemente y tan a menudo. Guardaos siempre que esta alabanza no os sea arrancada por la importunidad de nuestros enemigos.

Agustín reconoce ser mala la disciplina que aterroriza a los herejes, pero no los instruye. Si los herejes, que (por su furor y sin causa justa) perturban la Iglesia, deben ser tratados con apacibilidad, procurando que la instrucción preceda siempre al castigo, ¿cuánto más debe emplearse humanidad en esta causa, en la cual testificamos a Dios y a los hombres que buscamos solamente un consentimiento sincero de ambos lados a la doctrina pura de Dios? Que el Pontífice romano y sus seguidores respiren solamente sangre y matanza, vuestra Majestad es el mejor testigo. Si hubieseis cedido a su furia, ya desde mucho tiempo Alemania se hallara inundada con su propia sangre. Vosotros, también, ilustrísimos príncipes, sabéis bien el hecho. ¿Acaso es el Espíritu de Dios quien los guía precipitadamente a tanta crueldad? Pero así es; el desenfreno, que por mucho tiempo ha andado acechando sin impedimento alguno, apenas se siente refrenado cuando estalla en locura.

Si hay algunos (además de aquellos que desean vernos aplastados por violencia y armas) que se ven agitados por el aliento de otros, o instigados por sí mismos de un celo desconsiderado, aborrecen una causa que desconocen. Porque de aquello que Tertuliano se queja en su *Apología* (como le aconteció a la Iglesia cuando al principio se levantó) también nos ha sobrevenido en el día presente: pues somos condenados simplemente por la repugnancia que sienten de nuestro nombre, sin inquirir sobre nuestra causa. Y ¿para qué contendemos ahora, sino es por nuestra causa, que después de obtener un conocimiento legítimo de ella, finalmente pueda ser decidida, según la verdad y equidad, y no según alguna opinión falsamente preconcebida?

Vuestra Majestad, ciertamente es una prueba noble de vuestra humanidad y de sabiduría única que habéis resistido hasta ahora el furor con que nuestros enemigos han procurado arrastraros a una severidad injusta. En segundo lugar, la mejor cosa es no ceder a los

consejos perniciosos de aquellos que (bajo pretextos engañosos por la dilación) por mucho tiempo han estorbado este trabajo sacrosanto (quiero decir la reforma de la Iglesia); y lo que es peor, procuran prevenirlo totalmente.

Tal vez, hay una dificultad restante que os impida comenzar el trabajo. Muchos, no por que estén indispuestos, se desaniman en emprender esta tarea sacrosanta, simplemente porque (previamente a sus intentos) perdieron la esperanza de su éxito. Pero hay dos cosas que deberían ser consideradas: la una, que la dificultad no es tan grande como pareciera ser; y la otra, que (sin importar tan grande que sea) no hay nada en ello que debiera abatirlos, si consideráis que la causa es de Dios; y que mientras que Él la gobierne, nuestras esperanzas pueden ser superadas y nuestras opiniones ser halladas erróneas. La primera de éstas no es mi intención presente explicar; ya habrá lugar para una oportunidad más adecuada, una vez que el asunto se haya tomado en una consideración seria. Esto sólo diré, que su ejecución será más rápida, y de menos dificultad de lo que comúnmente se supone, a condición de que haya suficiente valor para llevarlo a cabo. Sin embargo, considerando, según el sentir del bien conocido y viejo proverbio, que no hay nada ilustre que también no sea difícil y arduo, ¿nos sorprendemos si en la mayor y en la más excelente de todas las causas debemos abrir nuestro camino por medio de muchas dificultades? Como ya he dicho, si no queremos gravemente ofender a Dios, conviene que nuestro ánimo se eleve más alto. Sin duda, estamos midiendo el poder de Dios por el grado de nuestra inteligencia, si no esperamos mayor reparación de la Iglesia que la de la situación presente parece ofrecernos. Sin importar cuán insignificante sea la esperanza de éxito, Dios nos manda tener buen ánimo y arrojar lejos todo temor, a fin de ceñirnos con energía para la obra. Hasta ahora, por lo menos, rindámosle honor. Confiando en su poder omnipotente, no rehusemos hacer el intento sin importar el resultado que le plazca concedernos.

En la condición presente del Imperio, vuestra Majestad Imperial, y vosotros ilustrísimos príncipes, rodeados por necesidad de varios cuidados, y distraídos por una multiplicidad de negocios, sois agitados, y en cierta manera sacudidos por la tempestad. Pero tened siempre por seguro, que esto indudablemente tiene precedencia aparte de todo lo demás. Puedo aprehender qué vigor, qué seriedad, qué urgencia, qué ardor, qué tratamiento este asunto requiere. Y estoy consciente que habrá quien no exprese su sorpresa, que en un asunto tan noble y tan ilustre yo parezca tan indiferente. Pero ¿qué podría yo hacer? Sucumbo bajo su peso y magnitud. Por esta razón nada veo mejor más que presentar el asunto en la manera más sencilla, sin adorno de palabras, ante vuestra consideración para que lo examinéis.

Primero, traed a vuestra memoria las horrendas calamidades de la Iglesia, que podrían mover aun mentes de hierro a la compasión. Más bien, poned delante de vuestros propios ojos su condición agotada y deformada, y la triste ruina que por doquiera se ve. ¿Hasta cuándo permitiréis que la prometida de Cristo, la madre de todos vosotros, permanezca así postrada y afligida —mayormente cuando ella os implora vuestra protección, y cuando los medios de alivio están en vuestra mano? Luego, considerad cuantas calamidades peores amenazan. La destrucción final no está lejos, a menos que intervengáis tan rápido como podáis. Cristo, ciertamente, va a proteger su Iglesia milagrosamente en la manera que le parezca mejor, y más allá de lo que los hombres puedan concebir; pero esto, digo, que los resultados de mayor dilación de vuestra parte será que ni aun en Alemania tendremos por lo menos la forma de una Iglesia. Mirad alrededor, y ved cuántos indicios pronostican aquella ruina (que vuestro deber es prevenir) y anuncian que está a las puertas. Estas cosas hablan tan elocuente, aun cuando yo permaneciese callado.

Tales indicios, sin embargo, no sólo deberían despertarnos por su aspecto actual; sino que también deberían recordarnos de la venganza divina. Mientras que el culto divino es corrompido por tantas opiniones falsas, y pervertido por tantas supersticiones impías y abominables, la majestad sagrada de Dios es ultrajada con insultos atroces, su sagrado Nombre es profanado, su gloria pisoteada no tanto con los pies. Antes bien, mientras que todo el mundo cristiano es abiertamente contaminado con idolatría, los hombres en vez de adorar a Dios, adoran sus propias invenciones. Miles de supersticiones reinan —supersticiones que son sólo tantos insultos abiertos contra él. El poder de Cristo ha sido casi borrado de las mentes de hombres, la esperanza de la salvación ha sido transferida de Él mismo a ceremonias huecas, frívolas e insignificantes; mientras que existe una contaminación de los sacramentos digna no menos que ser maldecida. El bautismo ha sido deformado por numerosas añadiduras, la Santa Cena ha sido prostituida con toda clase de ignominias; la religión entera se ha degenerado en algo totalmente diferente.

Si somos negligentes en remediar estos males, Dios sin duda no se olvidará de Sí mismo. El que declara que no sufrirá que Su honor de ninguna manera sea rebajado, ¿cómo podría tener en poco cuando es atropellado y destruido? El que amenaza con destrucción a todas las naciones en donde la profecía fracasó [en enmendarlas], ¿cómo dará lugar a nuestro desprecio abierto y contumaz de las profecías sin ser castigado? El que castigó una mancha leve en su Santa Cena con tanta severidad en los corintios, ¿cómo nos perdonará si nos atrevemos a contaminarla con tantas blasfemias indecibles? El que, por boca de todos sus profetas, declara y proclama armarse con venganza contra la idolatría, ¿cómo nos dejará intactos con tanta monstruosa idolatría? Ciertamente no la dejará así; pues vemos como, con espada en mano, nos constriñe y nos persigue.

La guerra de los turcos ahora ocupa las mentes de todos, y llena de alarma. Bien puede hacerlo. Resoluciones se llevan a cabo para preparar los medios de resistencia. Esto, también, se hace necesaria y prudentemente. Todos dan voces que hay necesidad de una urgencia extraordinaria. Confieso que no puede haber demasiada urgencia, a condición de que la resolución que debería ocupar el primer lugar sea la resolución de como restaurar la Iglesia a su estado adecuado, y tal que no sea ignorada, ni postergada. Aplazamientos más que suficientes ya han sido interpuestos. El combustible de la guerra turca se halla por dentro, encerrado en nuestras entrañas, y debe ser desarraigado primero, si deseamos ahuyentar con éxito la guerra misma.

Por lo cual, cuantas veces oigáis en el futuro los gritos de mal agüero — «el asunto de reformar la Iglesia debe hacerse a un lado por el momento; ya habrá tiempo suficiente para llevarlo a cabo después de que otros asuntos se hayan concluido» — recordad, potentísimo Emperador, y vosotros ilustrísimos príncipes, que el asunto sobre el cual debéis decidir es, si dejaréis a vuestra posteridad algún Imperio o ninguno. Pero, ¿por qué hablo de la posteridad? Incluso ahora, mientras vuestros propios ojos contemplan, se halla medio arruinado, y está punto de su devastación final. En cuanto a nosotros, independientemente de lo que venga, esto siempre sostendrá nuestra consciencia ante los ojos de Dios, que hemos procurado tanto promover Su gloria como el progreso de Su Iglesia; que hemos trabajado fielmente para ese fin; en una palabra, que hemos hecho lo que estaba a nuestro alcance. Pues en todos nuestros deseos, y en todos nuestros esfuerzos, no hemos tenido ningún otro objetivo. Y esto hemos determinado como lo principal, por elocuente testimonio que confirma el hecho. Y, ciertamente, entre tanto que nos sentimos seguros que amamos y hacemos la obra del Señor, también confiamos que Él mismo no descuidará lo que es suyo.

Pero sea cual fuere el resultado, nunca nos arrepentiremos de haber comenzado, y de haber llegado hasta aquí. El Espíritu Santo es un testigo fiel e infalible de nuestra doctrina. Sabemos, digo, que es la verdad eterna de Dios que predicamos. Ciertamente, deseamos (como debería ser) que nuestro ministerio fuese de provecho al mundo; pero para que esto suceda le pertenece a Dios, no a nosotros. Si (para castigar, en parte la ingratitud, y en parte la terquedad de aquellos a quienes deseamos hacerles bien) se pierde toda esperanza, y todo se va a la ruina, diré lo que a un hombre cristiano conviene decir, y lo que cualquiera que de esta santa profesión confirmaría — moriremos. Pero en la muerte también seremos vencedores, no sólo porque por ella tendremos un traslado seguro a una mejor vida, pero porque sabemos que nuestra sangre será como semilla para propagar la verdad divina que los hombres ahora desprecian.

Traductor: Joel Chairez

Extraído de : <http://www.presbiterianoreformado.org/doctrina/necesidadreformar.php>